

Selecta

An underwater photograph with a teal and blue color palette. A bright light source at the top creates a large, glowing circular area. Two divers are silhouetted against the water, swimming towards the right. The water surface is visible at the top, showing ripples and light refraction.

Chris de Wit

*En el momento
justo*

En el momento justo

Chris de Wit

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Para ti, mi amor

Prólogo

CANDELA

Mar del Plata, Argentina

«¿Quieres casarte conmigo, Candela?».

En tanto enjugaba una lágrima que caía rodando por mi mejilla, repetía en mi mente esa frase maravillosa y sonreía como una boba.

Esa noche, mi novio, Sebastián Araujo, cuando apenas había ingresado al apartamento que compartíamos desde hacía dos meses, cayó de rodillas ante mí y me hizo la gran pregunta.

Al principio me quedé helada, porque hacía solo seis meses que nos conocíamos y me tomó por completo de sorpresa. Pero, por lo visto, a Sebastián el tiempo poco le importaba y a mí, para qué negarlo, tampoco. Así que, encantada, había aceptado su propuesta porque nos queríamos con el alma.

Levanté el dedo anular de mi mano izquierda y no pude dejar de admirar el anillo de oro y platino con pequeños diamantes que lo rodeaba con elegancia. Sebastián me había asombrado también con ese regalo. Yo sabía que provenía de una familia adinerada, aunque todavía no me la había presentado, pero como el dinero nunca me había interesado demasiado y Sebastián era conocedor de ese hecho, jamás me hubiese imaginado que, algún día, iba a llevar en mi mano una joya tan valiosa como la que destellaba frente a mis

ojos. De todas maneras, lo más importante para mí era lo que ese anillo representaba: Sebastián me había elegido para pasar el resto de su vida con él.

Giré la cabeza y, sonriendo aún más, estiré la mano para acariciar el cuerpo bronceado que dormía a mi lado. Después de aceptar su propuesta, Sebastián me había levantado en brazos y me había llevado al dormitorio, donde festejamos haciendo el amor varias veces hasta que él se quedó dormido y yo, sumida en mis reflexiones en la cama.

Me detuve un momento sobre el rostro de mi prometido y me maravillé una vez más. Su cara de niño era lo que más me había atraído desde el primer instante, lo cual era un dato curioso, ya que siempre me habían gustado los chicos con facciones más masculinas. Sin embargo, más allá de su belleza angelical, lo que en realidad me había conquistado fue su generosidad para conmigo. En los meses que llevábamos juntos, Sebastián se había dedicado a brindarme su amor, como no me había ocurrido con otro muchacho. Y marcó un precedente. Por lo tanto, yo, Candela Podestá, no tardé en caer rendida a sus pies.

Volví al presente al percibir que Sebastián, adormilado, envolvía mi mano con la suya. Me acurruqué más contra él y cerré los ojos. Al instante, me quedé dormida.

Un estallido espantoso me hizo incorporar en la cama y mirar hacia todos lados despavorida. No sabía si había pasado un minuto, varios o, quizás, horas desde que me había entregado a los brazos de Morfeo.

Gritos ensordecedores pitaron en mis oídos y, aterrorizada, logré distinguir unas figuras vestidas de negro y encapuchadas que se erigían ante mí y me apuntaban con unas armas que hasta entonces yo solo había visto en las series de televisión: enormes, oscuras y mortales. Tuve miedo de orinarme encima, porque aquello era espeluznante. Y me obligué a sacudir la cabeza. ¡Debía de ser un sueño!

Mi mano ya no estaba sujeta a la de Sebastián, e intenté palpar con ella el lado de la cama donde mi novio debía estar. Pero unos dedos enormes que no

conocía se aferraron con premura a mi muñeca y me lo impidieron. En ese segundo, me di cuenta de que aquello no era un sueño, sino algo real. Unas voces gruesas bramaban y me hacían preguntas, pero mi miedo era tan irracional que lo único que podía hacer era observar sin responder. No entendía nada y mi cerebro parecía haberse desconectado de mi cuerpo. Aun así, fui capaz de llorar.

El timbre de un vozarrón penetró en mi mente:

—¿Dónde está Sebastián Araujo?

Casi sonrío ante la estúpida pregunta. ¿Acaso no era evidente que él dormía a mi lado? Pero, de repente, comprendí: la cama estaba vacía.

Levanté la mirada y comencé a llamar a Sebastián. Berreé y pataleé contra el sujeto sin rostro que me atrapó entre sus brazos desde atrás. Mientras forcejeábamos, él me repetía al oído algo que no comprendía. Luché contra su agarre no sé por cuánto tiempo, pero todo fue inútil, salvo al final, cuando enfoqué la vista en mi anillo de compromiso y logré darme cuenta de lo que su voz intentaba explicarme.

Me detuve y respiré hondo. Por primera vez desde que había despertado, fui consciente de todo a mi alrededor, en especial del ruido de las pisadas que se desplazaban de un lugar a otro del apartamento.

Y la cruda verdad me destrozó.

Sebastián había desaparecido.

Capítulo 1

CANDELA

Isla de San Andrés, Colombia

Un mes y medio después

Me miré en el espejo de la habitación y apenas pude reconocerme. Moví la cabeza de un lado a otro y no pude dejar de sorprenderme al verme tan distinta por los cambios introducidos en mi *look*. El verde claro de mis ojos había desaparecido detrás de unas lentillas marrones, y el cabello, que por lo normal llevaba liso y en la gama de los rojos, había regresado al color miel natural y, hasta esa tarde, a los bucles con los que había nacido. Alcé una de mis manos y con los dedos rocé mi pelo. Para profundizar el cambio, unas pocas horas atrás me había animado a llenarme la cabeza de rastas que caían hasta mi cintura. Me las había hecho un joven descendiente de etíopes que se ganaba la vida en la isla de esa forma, y debía reconocer que, aun dentro de mi abatimiento, me quedaban bien.

Suspiré hondo y me obligué a proseguir con lo que tenía que llevar a cabo. Odiaba con todas mis fuerzas todo aquello, pero no me quedaba otra salida.

De mi mochila, extraje los documentos y los inspeccioné una más de las tantas veces que lo había hecho con anterioridad. El pasaporte con el nuevo nombre estaba en orden, así como la visa de estadía y de trabajo en San Andrés y, por último, la tarjeta de crédito que me posibilitaría cubrir todos

mis gastos. De todas maneras, el poco efectivo que me pertenecía lo había extraído de mi caja de ahorros y lo había colocado en un sobre cerrado que traje conmigo para usarlo en la compra de artículos más personales, como ropa y elementos de aseo.

Con la documentación chequeada, salí del cuarto del hostel. Apenas era capaz de contener las lágrimas y volví a enfadarme conmigo. ¡Por Dios! No era el mejor momento para quebrarme.

Bajé por las escaleras a toda prisa y, en la calle, me dediqué a buscar un taxi. Me subí a uno y, en pocos minutos, me dejó frente a la entrada del hotel de cinco estrellas cuya dirección le había dado al chofer. Antes de ingresar al recinto, me volví para comprobar si me habían seguido, pero lo único que divisé, a pocos metros, fue una de las playas más espectaculares de la isla, la cual se extendía en toda su magnificencia frente a mí.

Dentro del edificio, aprecié una variedad de sillones de colores repletos de almohadones, distribuidos en un gigantesco salón, donde la gente, agobiada por el calor, se podía sentar o acostar a la vez que degustaba una bebida.

Varios rostros me observaron y me puse en alerta roja. Cualquiera de ellos podía ser el responsable de iniciar un verdadero desastre.

«Y te sería imposible impedirlo, Candela».

Se me hizo un nudo en la garganta con solo imaginármelo, pero me obligué a continuar.

Al llegar a la recepción, me impactó el acuario gigante que conformaba la mesa de entrada, detrás de la que me recibió una chica muy simpática.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó en español con una enorme sonrisa.

—Me llamo... Candelaria Villegas —dije con un leve tartamudeo. Todavía no me acostumbraba a mi nueva identidad—. Anoche llegué de Buenos Aires y el gerente del hotel me espera.

La sonrisa de la muchacha se ensanchó y, de súbito, tenía su mano extendida hacia mí.

—Mucho gusto, Candelaria. Soy Marina Salcedo y tengo el placer de darte la bienvenida al hotel Royal San Andrés. Si me permites, informaré a mi superior de inmediato.

—Por supuesto —susurré.

Entretanto la joven hablaba por teléfono, volví a inspeccionar a mi alrededor. El aspecto del hotel era refinado y de muy buen gusto, por lo que el dinero no debía de haber sido un impedimento en la construcción y la decoración. A un costado de la sala de recepción, se alzaba un bar donde se servían tragos de diferentes tipos que atraían a futuros clientes. Al otro, a través de unos ventanales gigantescos, logré vislumbrar una piscina abierta y, un poco más lejos, la playa que había observado desde la entrada, donde destacaban palmeras de gran altura.

De una de las mesas del bar, un hombre de traje oscuro se levantó y comenzó a extraer algo de su bolsillo. Mi corazón se precipitó, porque si yo era el objetivo, debería salir corriendo como una loca.

—Candelaria, por favor, ven conmigo.

La voz de Marina interrumpió mi paranoia. Exhalé el aire de los pulmones al darme cuenta de que el sujeto se llevaba el móvil a la oreja para hablar con alguien, mientras se dirigía hacia la puerta de salida.

Asentí y seguí a Marina. La joven acertó el paso para que me ubicase a la par y, cuando la alcancé, me miró con unos ojos de color miel que contrastaban con su melena negra, apenas ondulada.

—Me puse muy contenta cuando el gerente nos anunció tu llegada —señaló—. Si bien tenemos buzos certificados de gran experiencia, siempre es bueno contar con gente de otros países para la tarea que tendrás que llevar a cabo.

—Aprecio mucho tus palabras.

Los nervios seguían carcomiéndome por dentro. Al final del pasillo, nos detuvimos ante una puerta de madera de estilo americano.

Marina golpeó dos veces con cuidado y, al instante, un hombre en la mitad de los cuarenta surgió del otro lado.

—¡Candelaria Villegas! —exclamó con simpatía, y mi corazón se aplacó un poco—. Soy Daniel Alarcón, gerente del hotel.

Estreché su mano.

—Encantada de conocerlo.

El hombre sonrió y, con un galante gesto de su otra mano, me invitó a ingresar a su despacho.

—Adelante. —A continuación, miró a Marina—. Me gustaría que te quedaras, ya que tú serás la persona de contacto de Candelaria.

—Con todo placer —respondió la muchacha.

—Por favor, Candelaria, siéntate.

Así lo hice en tanto el hombre rodeaba el escritorio y se acomodaba en una silla de cuero que se asomaba por detrás. Marina hizo lo propio en otra ubicada a mi lado.

Observé a Alarcón. Era un hombre de muy buena presencia, con unos ojos oscuros que escaneaban cualquier cosa que se cruzase en su camino. Y yo no era la excepción. Así y todo, no me molestó su curiosidad porque, si tenía que ser sincera, mi situación era precaria y debía estar agradecida de que me diese una oportunidad.

—Usted dirá —invité con cautela.

Intentaba sentirme segura, pero tenía ganas de echar a correr hacia mi habitación del hostel y dormir hasta que mi vida cambiase por completo. Aunque eso ya había sucedido.

Miré el dedo anular de mi mano izquierda y la ausencia del anillo volvió a generarme la profunda angustia contra la que venía luchando desde hacía un mes y medio.

—Bueno, Candelaria —expresó Alarcón con firmeza—. Conozco la situación por la que has atravesado y me gustaría pedirte que te quedes tranquila, porque en San Andrés tendrás la posibilidad de empezar una vida nueva.

Aquellas palabras, que podrían haberme brindado tranquilidad, no lo

consiguieron. No confiaba en nadie, ni siquiera en quienes esperaban que lo hiciese. Necesitaba saber más.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Por qué aceptó emplearme?

El gerente sonrió.

—La persona que me llamó para explicarme de ti es alguien a quien respeto mucho. En un principio, no estaba muy convencido, pero cuando me aseguró sobre tu experticia en el buceo y en la fotografía submarina y, además, me mostró los resultados de tu trabajo, no dudé un instante en desear que trabajases para mí.

Suspiré.

—¿Así de simple?

—Mira, Candelaria. No voy a negar que en la isla hay muchos buceadores expertos que podrían llevar a cabo la misma tarea con los turistas, pero tu fotografía submarina es impecable y de una calidad tan extraordinaria que te diferencia de cualquier otro profesional.

El hombre parecía convincente, pero no me alcanzaba.

—¿Qué fotos ha visto?

—Las que has expuesto en diferentes galerías de arte.

—¿Alguna en particular que le haya gustado?

Alarcón asintió.

—La de un tiburón blanco rodeado de un gran cardumen de peces cebo que lo acompañaba como si se tratase del ser más pacífico.

Me sorprendió la rapidez de su respuesta. Y me animó un poco. Quizás era verdad que Alarcón me hubiese empleado no solo a raíz de su contacto, sino también porque mi trabajo le pareciese satisfactorio.

—Es una de mis preferidas.

El hombre asintió otra vez.

—Pero, además, tu trato con la gente ha salido a relucir en todas las

investigaciones que he realizado sobre ti. Eres muy amable y los turistas adoran bucear contigo.

Las mejillas comenzaron a arderme. Mi vida había dejado de ser mía para pasar a manos de personas de las que no tenía ni idea.

—Amo lo que hago.

El gerente sonrió.

—Por eso no he dudado en contratarte. Sé que realizarás tu tarea a la perfección.

En ese momento, me di cuenta de que, aun cuando no me fiaba por entero de ese hombre, debía aceptar lo que me ofrecía.

—Gracias por creer en mí. No lo defraudaré.

—Entonces solo queda informarte sobre los datos prácticos. Y para eso tienes a Marina.

Apenas terminó la frase, Alarcón se levantó del asiento. Marina hizo lo mismo y yo también.

—Antes de irme quiero hacerle una última pregunta.

—Por supuesto.

Respiré hondo para darme coraje.

—Si usted está al tanto de lo sucedido, es consciente de que «alguien» podría presentarse aquí y generar problemas. ¿Qué piensa de eso?

El gerente respondió con una mueca de la boca.

—Confío plenamente en que la persona de la que hablas jamás llegará a nuestro hotel.

Asentí y me despedí. En el camino, me fue imposible comprender lo que Marina me decía, porque lo único que escuchaba era mi propia letanía:

«Pero ¿quién puede garantizar que no llegue a mí?».

Capítulo 2

CANDELA

Cerré la puerta y apoyé la espalda contra la hoja de madera. Respiré profundo varias veces, hasta que me obligué a moverme. Mientras me quitaba las sandalias de taco bajo, coloqué la cartera sobre la mesa del pequeño comedor. Miré en derredor y, una vez más, intenté que el aspecto de la habitación del hostel me gustase. Pero era una misión por completo imposible.

Me saqué la chaqueta y me dirigí al refrigerador para servirme un poco de agua mineral. Prendí el ventilador de techo y, al final, me apoltroné en el sofá con un vaso en la mano. Repetí la respiración profunda, agradecida de que el día hubiese culminado bien. Conocer a mi jefe y a Marina había sido gratificante; me habían tratado con amabilidad y parecían encantados con mi trabajo. Pero no era suficiente.

Un nuevo torrente de lágrimas amenazó con derramarse a través de mis mejillas. Aún no entendía cómo podía continuar llorando, cuando creía imposible que me quedasen más lágrimas.

Sorbí un par de tragos y apoyé la cabeza contra el respaldo. Contemplé las paredes amarillentas con algunos manchones de humedad, y las puertas y ventanas, bastante desvencijadas, que me impedían encontrar el consuelo que necesitaba con desesperación. Para colmo, el golpeteo intermitente de las gotas de la ducha que caían sobre el piso del baño me recordó otro que había intentado eliminar de mi cabeza durante todo ese tiempo, sin éxito.

Cerré los ojos y volví a ver el bolígrafo ubicado entre los dedos de aquel hombre en Mar del Plata. Sin pausa, lo hacía repiquetear sobre la mesa de chapa a la que me habían sentado para que contestase un montón de preguntas:

—¿Así que su prometido la ha abandonado a su suerte?

Tragué en seco, incapaz de detener el galopar descontrolado de mi corazón.

—No... no puedo asegurarlo —respondí con dificultad.

—A la única que encontramos en el dormitorio fue a usted, señorita Podestá. Y sabemos que su novio, un par de horas antes, había ingresado al domicilio que compartían.

«¿Cómo diablos lo saben?», pensé impotente.

—¿Quizás se lo llevaron con ustedes cuando yo dormía?

El hombre rompió en una siniestra carcajada que me enfrentó al peor de mis temores.

—Usted es una mujer inteligente, Candela. Y no puede creer en algo así. Además, ¿qué sentido habría tenido que mis hombres irrumpiesen en su vivienda de la forma en que lo hicieron? Al único que queríamos atrapar era a Araujo.

—No conozco la lógica de las fuerzas policiales —respondí agotada.

El sujeto se echó hacia atrás contra el respaldar de su asiento y entrelazó las manos por detrás de la nuca.

—Sea sincera, señorita Podestá: ¿es usted consciente de quién es Sebastián Araujo?

Abrí los ojos como platos al escuchar el sonido de mi teléfono celular. Con la yema de los dedos, me quité las lágrimas y observé la pantalla. El nombre y la foto de una Marina sonriente titilaban frente a mí.

«Oh, no», susurré por dentro, pero meforcé a atender.

—Hola, Marina.

—¡Candelaria! ¿Te interrumpo?

—No. Acabo de llegar.

Quizás mis respuestas sonaban un poco cortantes, pero no deseaba hablar con nadie más ese día. Me sentía profundamente agradecida por que Marina y su jefe quisieran ayudarme, pero necesitaba con urgencia aprender a confiar otra vez. Y para eso, me hacía falta tiempo y espacio conmigo misma.

—Quería informarte de que mañana temprano tendrás un contingente de ocho personas para ti solita.

Cerré los ojos y casi me largo a llorar.

—Gracias —susurré.

—Y, al menos, hay treinta personas más que quieren bucear contigo el resto de la semana.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—No lo puedo creer.

—¡Y esto recién comienza, Candelaria! —exclamó exaltada—. A propósito, después de que regreses de la fotografía acuática, me gustaría que almorzásemos juntas. ¿Te apetece? —Aspiré hondo y creo que Marina captó mi zozobra—. Solo si tú lo deseas también, Candelaria. No quiero atolondrarte.

Me sentí una ingrata, y la contienda entre lo que quería y lo que debía hacer comenzó a pujar dentro de mí. Pero me conocía demasiado y, al final, supe lo que iba a decir:

—Claro que sí.

—Genial. —Su tono alegre provocó una leve sonrisa en mi cara—. Ahora te dejo porque me voy a preparar la comida a mi novio, que llegará del trabajo en una hora.

—¿Te encuentras en tu casa?

No sé de dónde me salieron ganas de preguntar. Quizás, en el fondo, reconocía que Marina era la primera persona que se mostraba amable y amistosa conmigo en bastante tiempo.

—En nuestro apartamento —me aclaró con una risita—. Vivo con Miguel

desde hace dos años.

—Enhorabuena.

—Gracias, Candelaria. Miguel adora la buena comida, pero yo soy un desastre para la cocina. De todos modos, trataré de impresionarlo con una cazuela de mariscos.

—Que tengas mucha suerte con el platillo.

—¡Gracias! Mañana en el almuerzo te cuento cómo salió todo.

—De acuerdo.

Cuando corté, me acurruqué aún más en el sofá y envolví mis piernas con los brazos. Detuve la mirada en el segundero del reloj colgado sobre la pared, que daba vueltas a toda velocidad. Una y otra vez. Mientras lo hacía, un calor suave inundó mi pecho. En ese segundo, y contra cualquier otro maldito pronóstico, surgió la inconcebible esperanza de que quizás, y solo quizás, algún día mi corazón empezaría a sanar.

Capítulo 3

París, Francia

Pasos pesados acercándose sorprendieron a Gato, que repasaba el papeleo frente a él. Al levantar la mirada, se encontró con su colega Benoît Feraud, quien, con dos tazas humeantes de café entre las manos y una leve sonrisa en el rostro, lo observaba.

—Adelante. Y gracias.

Benoît frunció el ceño y se acercó a la mesa, donde depositó las tazas.

—Estás entretenido, gatito.

Estiró los brazos hacia arriba en un gesto de cansancio y asintió. Hacía varias horas que se había sumergido en la lectura de los documentos de la última investigación, y la espalda le comenzaba a pasar factura.

—Nos enfrentamos a un caso interesante, Ben.

«Ben» era el apodo que Gato utilizaba para llamar a su compañero. Cuando se conocieron, hacía cinco años, el tipo de grandes espaldas le había resultado tan rudo que no le quedó más opción que reemplazar ese absurdo nombre por otro que le hiciera justicia.

«Benoît no va contigo —le había aclarado—. Me recuerda a algo religioso o de fábulas. Así que, desde hoy, para mí, serás Ben».

Este había respondido con un leve encogimiento de hombros, y el pacto había quedado sellado.

—¿Has averiguado algo más?

Gato clavó la vista en los ojos que, como estaba acostumbrado, lo observaban con indiferencia. Sin embargo, ese tío y él eran grandes amigos y se debían las vidas varias veces. Pero Ben jamás cambiaba la expresión de apatía en su rostro. La única vez que Gato lo había visto hacerlo, y por pocos días, fue cuando su perro falleció. De eso hacía un año.

—La pobre chica se ha metido en un buen embrollo.

El gigante sacudió la cabeza y extrajo un cigarro del bolsillo de su chaqueta.

—¿Te importa si fumo?

Gato se levantó del asiento de su despacho y abrió la pequeña ventana que daba a la calle.

—La última vez, casi me partes la cabeza del dolor. Estás peor que una chimenea, amigo.

La boca de Ben se deformó en una mueca.

—Es que tú con tu asquerosa vida sana provocas que tenga ganas de fumar más.

La risa de Gato retumbó contra las paredes en tanto regresaba a su asiento.

—Idiota.

El sillón frente a su escritorio crujió bajo el peso de la musculatura de su camarada, quien, luego de dar una buena calada al cigarro, volvió al tema que los había reunido:

—¿Vas a hablar de una vez?

Inclinó el cuerpo hacia delante y prendió la pantalla del ordenador. A los pocos segundos, el rostro de una joven que miraba con angustia a un hombre de aspecto normal, salvo por los ojos negros incisivos, apareció frente a ellos.

—Pobrecita... —susurró Ben.

—Lo mismo dije cuando me enteré.

—Pedro Fuentes es bastante duro a la hora de despejar incógnitas.

Gato suspiró profundo y asintió.

—Cuando golpetea con el bolígrafo sobre la mesa significa que está

cabreado.

Se quedaron en silencio sin apartar la vista de la pantalla.

—Ahora entiendo a Sebastián Araujo. —Gato se quedó esperando una aclaración de Ben, la cual no tardó en llegar—: La chica es preciosa.

«Estamos de acuerdo», pensó.

Y no solo era un ensueño, sino que, por lo que había leído en los informes, bastante reservada y muy dedicada a estudiar y a trabajar.

—Eso no fue un impedimento para Fuentes.

La risa de Ben confirmó que había entendido a qué se refería. Para el hombre en la oficina de Mar del Plata, el único objetivo de una misión era encontrar al culpable. Y no había nada que lo detuviese, ni siquiera que la muchacha emanase inocencia por los poros de la piel.

—¿Qué opinas de los vídeos y los expedientes que nos envió?

Gato tomó la taza de café y apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Que Candela Podestá es la respuesta.

Su camarada se llevó otra vez el cigarro a la boca y aspiró. Cerró los ojos con deleite y, un instante después, los abrió.

—Entonces, estás de acuerdo conmigo.

—Sí.

—¿Crees que los armenios irán tras ella?

—No me extrañaría.

Ben asintió.

—En ese caso, hay que protegerla muy bien.

—Podestá ha llegado sin inconvenientes a la isla de San Andrés y ha contactado con Daniel Alarcón, el gerente del hotel donde trabajará.

Los ojos lánguidos de Ben se agrandaron un poco.

—Esos tipos no se andarán con rodeos. Una mujer tan joven y hermosa como ella puede ser destinada a una vida miserable y sin escapatoria.

Gato, incómodo por lo que aquello suponía, se removió en el asiento.

—¿Tan seguro estás de su inocencia?

Ben se encogió de hombros.

—Hasta que no se demuestre lo contrario, sí.

—Para mí es al revés.

—No me sorprende de ti.

El olor al humo del cigarro de Ben comenzó a irritarle los ojos.

—Ya es hora de que termines con esa porquería.

Su amigo no respondió, absorto en la pantalla del ordenador. Hasta que su voz se alzó con cautela:

—Araujo cometió el primer error garrafal de su vida.

Gato asintió. Sabía a lo que se refería.

—Han caído infinidad de vidas y numerosos imperios a lo largo de la historia de la humanidad por la misma razón, Ben.

Este sacudió la cabeza, pero el mechón de cabello en la frente apenas se movió.

—Lo sé. Y él no ha sido la excepción. —Volvió a calar y, al terminar de exhalar el humo hacia arriba, concluyó—: Uno de los delincuentes más peligrosos y buscados del mundo se enamoró.

Capítulo 4

CANDELA

Después de mucho tiempo, una sensación de placer rozó mi alma gracias al grupo de hombres y mujeres de distintas edades que buceaba a mi lado. La mayoría de ellos iban equipados con cámaras compactas, como las GoPro, ideales para la fotografía acuática, nuestro principal objetivo.

Habíamos partido del hotel a las nueve en punto de la mañana y, dos horas después, seguíamos disfrutando del «mar de los siete colores», como los nativos acostumbraban a denominar al mar de San Andrés, un bendito rincón del océano Atlántico.

Sus ojos, como los míos, destellaban de deleite ante la visión de la fascinante paleta de colores desplegada delante de nosotros. La mágica combinación entre la formación coralina del suelo y los rayos de sol que atravesaban las aguas generaba una gama de tonos, desde el verde esmeralda al azul profundo, que se extendían sobre el tapiz natural en soberbias pinceladas.

La tranquilidad y la diafanidad del mar, así como su cálida temperatura, constituían las condiciones ideales para llevar a cabo la práctica deportiva y la toma de fotos. Por suerte, mis actuales protegidos contaban en su haber con varios cursos de buceo, por lo que no había sido necesario detenerme a explicar las reglas básicas de una buena sumersión.

Dos camionetas nos habían trasladado hacia Punta Padi, una zona de

arrecifes muy destacada por la presencia de una variedad de estatuas de gran tamaño ubicadas a unos ocho metros de profundidad, que varios años atrás fueron sumergidas con la intención de decorar el fondo submarino y darle un mayor atractivo. En ese instante, algunos tomaban fotos de un pulpo gigante o de malvados piratas, y otros, de caballitos de mar o de cangrejos.

Una joven chilena me señaló con la mano cardúmenes de peces que, después de superar una pequeña resistencia inicial, se acercaron a nosotros. Uno de ellos constaba de ejemplares de roncós amarillos, de entre quince y treinta centímetros de largo, que se caracterizaban por el amarillo bronce del cuerpo y las líneas azules horizontales a lo largo. Otro, de mayor tamaño, estaba constituido por los sargento mayor, que se distinguían por las bandas negras y amarillas típicas de la especie.

La cantidad de animales que nos rodeaba era tan enorme que se hacía difícil distinguir nuestras siluetas, salvo por las burbujas expulsadas de nuestros respiradores.

En medio de esa privilegiada inmensidad, recordé las veces en que Sebastián y yo habíamos buceado en Mar del Plata, y mi estómago se contrajo por el vacío que sentí.

Nos habíamos conocido en una escuela de buceo de esa localidad, donde yo impartía clases durante el verano. El grupo del que me había hecho cargo aquel día estaba integrado por diez alumnos, y Sebastián había sido el último en presentarse. Apenas lo vi, mi corazón palpité con celeridad. Su rostro lleno de picardía me resultó demasiado atrayente; daba la impresión de que recién se hubiese despertado y de que había arribado a los apurones. Unos vaqueros desgastados y una camiseta arrugada habrían lucido terribles en cualquier otro chico, pero en Sebastián realzaban su enorme atractivo. Su cuerpo era alto y rezumaba fortaleza. Ni hablar del rostro angelical en el que destacaban unos ojos grises increíbles, varias pecas y la cabellera castaña despeinada.

Para colmo, apenas se enteró de que yo sería su instructora, detuvo la mirada en mí y no la volvió a apartar, ni siquiera cuando terminé la clase. Esa

hora de reloj resultó una verdadera tortura, porque mientras yo explicaba acerca de la colocación de las máscaras de buceo, de la flotabilidad en el agua o del manejo del equipo y su control, Sebastián me desnudaba con las pupilas.

Es más, y como él mismo me lo confirmó después, nunca entendió cómo diablos había logrado bucear aquel día, porque, fascinado por desvestirme en su mente, no había escuchado ni una sola palabra de lo que había dicho.

Muchas veces le pregunté a Sebastián qué era aquello que tanto lo había atraído de mí. Porque él no solo era muy apuesto, sino que, además, poseía esa clase de personalidad que lograba conquistar a la mayoría de los mortales. Mujeres y hombres. Y si bien yo era consciente de mi atractivo físico, mi timidez y mi forma de ser introvertida me opacaban a su lado. No obstante, Sebastián siempre me explicó que yo despertaba en los hombres un deseo ardiente de protección y que, asimismo, él conmigo se sentía seguro. Con la última razón pude comprenderlo. El amor que nació en mí por Sebastián provocó que me volcase en nuestra relación al cien por ciento. Del trabajo salía corriendo hacia el apartamento, lavaba y planchaba la ropa, mantenía la limpieza y lo esperaba con la comida lista, que yo misma me empeñaba en preparar.

El único problema que a veces surgía entre nosotros era cuando me telefoneaba para avisarme que había surgido un viaje de negocios al extranjero y debía partir con urgencia.

Sabía que se dedicaba a la venta de ropa por internet y que le iba muy bien. Como casi todo mi tiempo lo dedicaba a trabajar y a estudiar, no se me ocurrió utilizar el poco rato que me quedaba libre a investigar la naturaleza de las transacciones que Sebastián llevaba a cabo, sino más bien a disfrutar de nuestra pareja. Además, una vez Sebastián me mostró su página web, activa y de muy buena calidad, y para mí había sido suficiente. En solo seis meses de noviazgo, era imposible conocer a mi novio a la perfección. Por eso, mi único cuestionamiento surgía ante sus frecuentes ausencias, cuando yo suponía que su

trabajo requería solo de un ordenador, teléfonos y contactos, que bien podían manejarse vía *online*.

Un grupo de tortugas de diferentes colores, que pasaba nadando con bastante tranquilidad a nuestro lado, me trajo al presente. Sonreí al vislumbrar un poco más adelante un grupo pequeño de peces globo con las espinas propias de la raza. Hice señas con la mano a mis acompañantes para que tuviesen cuidado y evitasen tocarlos. Adoraba a los animales y procuraba dejar muy en claro que no permitía el manoseo de sus cuerpos ni que se les ofreciese algún tipo de alimentación. Todos asintieron y continuaron con la pesquisa de otras especies para fotografiar.

Por más que intentaba evitarlo, mi cabeza seguía enfocada en Sebastián. Con un nudo en la garganta, recordé sus caricias y sus besos.

La intensidad sexual que él y yo experimentamos en nuestra relación había sido tan única que la añoraba con toda el alma. Máxime cuando, el día que alcanzamos nuestro primer orgasmo juntos, Sebastián, sudado y agitado, me confesó que me amaba:

—Nunca pensé que llegaría a sentir algo así por alguien, Cande. Me elevas al máximo y, sin embargo, no temo caer en picado, porque sé que te encontrarás allí para recogerme en tus brazos.

—No lo dudes, Seba.

—Por eso te amo, mi dulce.

Y habíamos vuelto a hacer el amor con tanta ternura y dedicación como jamás hubiese creído posible.

Las lágrimas se acumularon detrás de mis ojos y temí romper a llorar. Desde el fatídico día en que Sebastián desapareció, mis sentimientos se transformaron en un continuo sube y baja. Mi vida, plena de felicidad, de un soplo se había derrumbado por completo. Y no tenía consuelo.

«Peligro, Candela», me dije. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y eso no era bueno cuando me encontraba bajo el agua a cargo de

ocho seres humanos.

Miré mi reloj y suspiré agradecida. Habían pasado dos minutos del horario permitido de la inmersión. Con la mano, tracé una línea horizontal en medio del agua y los primeros que la vieron asintieron y comenzaron a avisar al resto.

Nuestra aventura había culminado.

Capítulo 5

CANDELA

—Me alegra muchísimo que la mañana haya sido exitosa, Candelaria. El contingente ha regresado encantado y cada uno de sus integrantes no ha hecho otra cosa más que alabar tu trato y tus cualidades profesionales.

Sonreí y serví una buena porción de ensalada griega en mi plato. Marina y yo, como habíamos acordado la noche anterior por teléfono, nos encontrábamos en el comedor para los empleados del hotel y nos servíamos comida del bufé.

—Gracias, Marina. La verdad es que la agradecida soy yo, porque todos eran buceadores con cierta experiencia y no han representado ninguna dificultad. Ya veremos cuando me toque batallar con un grupo de principiantes.

Marina parpadeó e hizo una mueca muy simpática con la boca.

—Mañana tendrás tres grupos.

—Gracias por avisarme —le dije, ansiosa por utilizar mis dotes de enseñanza—. Me sorprendió que hoy solo hubiese anotado un grupo.

—Fue con la intención de no sobrecargarte y también para ver cómo te manejabas.

Me detuve frente a la fuente de arroz y miré a mi compañera con picardía.

—¿Me estaban examinando?

Marina movió de un lado a otro su melena ondulada y brillante, con

destellos azulados.

—No fue necesario. He leído tus antecedentes y tienes un montón de práctica para tu edad.

Era cierto lo que Marina decía. Con solo veintitrés años, contaba con una amplia experiencia laboral.

—Por favor, sigue hablando, así me inflas más el ego.

Nos reímos bastante fuerte y, después de que Marina colocara un pan sobre su plato y otro en el mío, nos dirigimos a la mesa.

Al sentarnos, Marina prestó atención a mi comida.

—¿Eres vegetariana?

Negué con la cabeza.

—Pero trato de comer poca carne. Las que más me apetecen son la del pollo y la del pescado.

—Yo muero por las pastas. ¡Y no sabes las que me prepara Miguel! A este ritmo, si no empiezo a hacer ejercicio físico, a los treinta años estaré gordita.

La miré y me dije que esa chica estaba loca. Tenía un cuerpo fantástico.

—Pero, de todas formas, no podrás negarte a las que yo misma te elabore. Adoro cocinar.

Marina arqueó las cejas.

—¿Me lo dices en serio?

—Desde ya.

—¡Te tomo la palabra! —Asentí mientras me llevaba un bocado de ensalada a la boca. Apenas lo hice, cerré los párpados para disfrutar del sabor. Adoraba el queso feta y las aceitunas griegas condimentadas—. A propósito, me gustaría que me contaras un poco sobre ti.

Abrí los ojos y casi se me atraganta una aceituna. Tomé un poco de agua mineral y miré a mi interlocutora.

—Bueno —empecé—, no estoy segura, pero, de acuerdo con lo que Daniel mencionó en la entrevista, pensé que tú tenías idea de lo que me había sucedido antes de venir a la isla.

No tenía muy en claro acerca de cuánto podía contar, porque el comisario de Mar del Plata, Pedro Fuentes, había sido un verdadero desgraciado y lo único que alcancé a escuchar al final de la interrogación fue: «No diga nada que comprometa al caso». Y la verdad era que no sabía bien qué significaba aquello.

—Sí —respondió Marina—, algo sobre un terrible episodio acaecido con un novio tuyo. Pero no sé si quieres hablar sobre ello.

Me encogí de hombros.

—En realidad preferiría dejar ese tema de lado. Lo único que puedo decirte es que ese chico ya no existe en mi vida.

Se me cortó la respiración. Aún me resultaba imposible creer que eso fuese real.

Marina removi6 los tallarines con el tenedor. Mantenía la vista gacha y era evidente que pensaba en cómo continuar la charla.

—¿Puedo preguntarte, al menos, cómo te sientes al respecto? —preguntó alzando la mirada.

Inhalé aire muy profundo.

—Muy mal.

—Te agradezco tu sinceridad, Candelaria. No me conoces y quizás te parezco un poco impertinente.

Me recliné sobre el respaldo de la silla.

—No me molesta que te importe saber cómo me siento. Después de todo, somos compañeras de trabajo y querrás que todo marche de la mejor manera.

Negó con la cabeza.

—Te juro que no hay nadie mejor que Daniel para elegir a las personas que trabajarán para el hotel. Si se ha comunicado contigo y te ha ofrecido ser su empleada, sé con seguridad que es porque lo vales. —Se rascó la mejilla izquierda, quizás porque estaba un poco tensa—. Te pregunté porque me caes superbién y deseo que te encuentres a gusto con nosotros.

—De eso no tengas dudas.

Sonrió y se llevó a la boca un poco más de comida. Yo me apresuré a hacer lo mismo. Estaba segura de que Marina seguiría interrogándome. Y no me equivoqué.

—Daniel también me informó que tus padres murieron hace dos años.

Sorbí un poco de agua mineral tratando de aliviar mi estómago, que, de súbito, se contrajo ante el mero recuerdo de ellos.

—Sí. En un accidente aéreo.

Una mano de Marina se extendió sobre la mesa y tomó la mía para apretarla con cuidado.

—Pues aquí no te sentirás sola.

Sonreí.

—Te aseguro que pienso cumplir con lo que Daniel vaticinó: iniciar una nueva vida en esta isla.

Me soltó y, mirándome con sus iris de color miel, que me endulzaban el alma, exclamó:

—Entonces, para empezar, te invito a nuestro apartamento, y que Miguel te cocine algún plato que tú desees. Dime qué día y a qué hora.

Estallé en una carcajada. Marina tenía la virtud de sacar lo mejor de mí cada vez que abría la boca, y me sentí muy agradecida por ello.

—¿Qué pensará tu novio? ¡Por Dios!

—Te aseguro que estará feliz de lucir sus dotes culinarias frente a ti.

—No quiero incordiar...

—¡Pero si soy yo la que te está invitando! —exclamó—. Además, podemos ir a tomar algo a algún sitio después de comer y a bailar. Necesitas diversión. Y para eso, no hay un sitio mejor que San Andrés con sus noches febriles... ¡y mi compañía!

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Me parece que no me dejas otra opción.

—En absoluto —contestó, y me guiñó un ojo—. En serio, Cande, quiero ayudarte en lo que necesites.

Se me humedeció la visión y sonreí.

—Está bien.

Marina gritó «bravo» y aplaudió bajito.

En ese instante, pensé que Marina sería una bendición para mí, porque estaba segura de que podríamos convertirnos en muy buenas amigas.

Suspiré. Lo anhelaba con todo mi corazón.

Capítulo 6

CANDELA

Apoltronada en el sofá de mi habitación, consulté el reloj de mi móvil. Eran las seis de la tarde y aún me quedaban tres horas para descansar, bañarme y vestirme antes de partir hacia lo de Marina.

Hacía poco menos de dos semanas de la charla que ella y yo habíamos mantenido en el comedor para el personal de nuestro trabajo y, desde ese día, las cosas habían mejorado para mí. Las aventuras acuáticas con los contingentes a mi cargo habían marchado de forma impecable, y en esos días había atendido a más de cien turistas, algunos de los cuales habían asistido al curso de buceo para principiantes que yo también impartía. A estos últimos los entrenaba en las llamadas «aguas confinadas», es decir, piscinas en donde aprendían y practicaban los principios básicos para una adecuada inmersión, que los habilitaba a bucear en el mar unas horas después.

Jaime, un instructor nativo del lugar, había sido destinado por mis superiores a trabajar conmigo para ayudarme con los grupos y para familiarizarme con la isla. Además de un eximio buceador, Jaime se destacaba por conocer, más que cualquier otro, los avistamientos de corales y de la exótica fauna submarina más atractivos de la zona, lo que me permitiría alcanzar un nivel de profesionalidad superior a lo que estaba acostumbrada.

Para continuar con la racha de esa semana tan productiva, dos días atrás había recibido el llamado de Marina:

—Candelaria, quiero invitarte a cenar el sábado por la noche. Miguel hará tu comida preferida, así que no aceptaré un «no» por respuesta.

Rompí en una pequeña carcajada, feliz y emocionada por contar con mi «en vías de» amiga.

—¿Cómo puedo negarme a semejante agasajo?

Un gritito retumbó en mi oreja.

—¡Qué alegría! También vendrá a cenar un amigo de Miguel, así que ponte preciosa porque es superguapo y tenemos pensado ir a tomar algo después de la comida. Y quizás a bailar.

Los pelos se me pusieron de punta.

—Marina, por Dios. Sabes que no estoy para esa clase de planes. No deseo relacionarme con chicos por ahora, así que, no sé... quizás podrías llamar a otra de tus amigas.

—¡Ni se te ocurra! Julián es un tipazo y te aseguro que te respetará como a nadie. Es solo que, como hablamos hace unos días, necesitas diversión, querida. Tienes solo veintitrés años y ya es hora de que dejes el luto por lo de tu exnovio.

—Marina...

—No digas nada más. Tú te vienes y ya está. Te juro que nos la pasaremos genial.

Si bien no tenía un ápice de ganas de salir con el muchacho, no pude resistirme al tono de voz de Marina. Se la escuchaba tan comprometida con mi causa que al final terminé asintiendo.

—De acuerdo. Pero prométeme que será solo una salida de amigos y que no existe de tu parte ninguna otra expectativa.

—Te lo juro, Cande.

Por detrás escuché la voz de Miguel que me mandaba saludos y, a continuación, rogó a Marina que lo ayudase, porque tenía un problema en la cocina.

—¡Ya voy! —contestó ella entre risas—. Quiere que corte la cebolla

porque lagrimea como un condenado cuando le toca a él.

Me reí.

—Bueno, ve. No te olvides de retribuirle los saludos. ¿Qué llevo el sábado? ¿Algún postre?

—Ni se te ocurra. Solo ven lo más bella posible. Aunque eres tan hermosa que no te costará nada.

Mis mejillas ardieron de la vergüenza.

—Zalamera —solté en tono de broma.

—¡No miento! Bueno, cielo, nos vemos en el trabajo y seguimos charlando.

Respirando hondo, regresé al presente. Lamentablemente, lo bueno de esa semana se había visto interrumpido por un suceso ocurrido una hora y media atrás.

Estiré los brazos como un gato recién despierto y sacudí la cabeza de un lado a otro. Al recordar los hechos, me dieron ganas de meterme bajo las sábanas y tratar de olvidar el papelón que pasé. La vergüenza me agarrotaba los músculos de mi cuerpo, y las ganas de ir a lo de Marina comenzaron a mermar. ¿Sería una verdadera aguafiestas si cancelaba la invitación?

Me mordí el labio inferior al pensar en el descontento de ella si me atrevía a hacer algo así, máxime cuando me había dicho que Miguel prepararía mi plato preferido. De todos modos, quizás lo último no fuese verdad, sino un intento de persuasión.

«Ingrata», me reproché.

En ese instante, el sonido del móvil me sobresaltó, y al mirar el nombre que titilaba en la pantalla, suspiré.

—Hola, Marina.

—Cielo, te llamo para recordarte que a las nueve en punto tienes que estar aquí, ¿vale?

¿Podrían mis pensamientos haber viajado a la velocidad de la luz y ser interceptados por ella?

—Marina...

—Ni se te ocurra, Villegas.

No pude evitar soltar una risita. En el trabajo, Marina y yo nos llamábamos por el apellido como una forma de aparentar más profesionalidad ante los demás, pero entre nosotras era algo que nos causaba muchísima gracia.

—No sabes el día que tuve.

—Te advierto que, sea lo que sea lo que me cuentes, no justificaré en lo más mínimo tu posible ausencia.

Sabía que tenía razón. Y como si un rayo de iluminación cayese sobre mi conciencia, me di cuenta de que no iba a ser yo la causa que entristeciese a mi amiga.

—No te preocupes, Marina, iré a tu apartamento. Solo que he terminado en el hospital hace un rato y me he quedado un poco desinflada.

—¿¿Cómo?! —Su grito casi me dejó sorda—. Por Dios, ¿qué ocurrió?

—Nada de importancia. Ya te contaré. Por ahora confórmate con saber que tuve un percance que me condujo al consultorio de ginecología.

—Dime que estás bien.

—Sí, claro. El médico que me atendió era muy profesional y supo manejar mi timidez. Ya sabes lo patética que puedo ser.

—¿Quieres que vaya a tu casa y te dé unos masajes que te distiendan?

Me emocioné al escuchar su propuesta. En el tiempo que llevaba de conocer a Marina, me había demostrado que era una chica muy empática, siempre preocupada por los demás.

—Aprecio de verdad tu generosidad, cielo. Pero después de una ducha y descansar una media hora, estaré como nueva. No me pienso perder la hermosa velada que Miguel y tú han preparado.

La risa de Marina me alivió. Había hecho lo correcto, aunque hubiese tenido que mentir un poco.

—Te esperamos, Cande.

Capítulo 7

CANDELA

Apenas toqué a la puerta, esta se abrió. Frente a mí, la figura de Marina irradiaba tal alegría que me sentí aliviada por haber decidido ir.

—¡Estás aquí! —exclamó, y me estrechó entre sus brazos.

Al separarnos, le entregué el paquete que llevaba en las manos.

—Un poco de helado.

—¡Muchísimas gracias! —Y lo recibió con una enorme sonrisa—. Te dije que no era necesario, cabezota.

—No podía entrar a tu hogar sin algún regalito.

—Está bien. Pero ahora ven, que quiero presentarte a Miguel. Julián se ha retrasado media hora en su trabajo, pero estará por venir.

—¡Hola, Candelaria! —Una voz muy masculina me saludó, y su dueño se acercó para darme dos besos en las mejillas—. Encantado de conocerte. Soy Miguel, el novio de Marina.

Apenas le devolví el saludo, los dos me invitaron a pasar. Ya en el comedor del apartamento, le eché un vistazo a Miguel Olgún. Era alto, con el cabello oscuro, que le caía a la nuca con cierto desenfado. La barba tupida lo hacía parecer un poco mayor, aunque no creía que tuviese más de treinta y cinco años. Marina tenía veinticinco, así que existía una cierta diferencia de edad entre ambos. Pero el detalle bastante cómico en Miguel era el delantal de cocinero que llevaba puesto, con algunas manchas de salsa.

—Ella me ha hablado mucho sobre ti.

—Pobrecita tú —murmuró, y cuando observó a Marina, los ojos se le iluminaron. Ese hombre, en verdad, estaba muy enamorado.

Mientras nos reíamos, Marina le entregó el helado a su novio y se apresuró a tomar mi chaqueta y mi cartera para colocarlas en el recibidor.

—Ponte cómoda, Cande.

—Sí, por favor —se sumó Miguel, y me invitó a sentarme en un sofá de color rojo repleto de almohadones blancos—. ¿Quieres una copa de vino?

—Me encantaría.

Miguel llenó dos copas más, una para su novia y otra para él.

—Toma, amor —dijo muy solícito. Marina aceptó y se ubicó a mi lado—. Ustedes sigan conversando, que yo tengo que ir a ver la lasaña. No estoy muy habituado a hacerla de berenjenas.

Marina me miró con gracia cuando abrí los ojos como platos.

—Te dije que Miguel te haría tu comida predilecta.

—Dios, ¡gracias!

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó mi cara, y me sentí un poco culpable por las dudas que me habían asaltado antes de venir a lo de Marina. Como la cocina era abierta y el departamento no demasiado grande, podíamos conversar los tres sin ningún problema.

—Queremos que te sientas bienvenida a la isla —aseguró Marina.

Los ojos se me humedecieron, pero me obligué a sonreír. Por nada del mundo arruinaría el agasajo que esas hermosas personas me hacían.

—Estoy, en verdad, muy agradecida —asegué, y miré en derredor. Las paredes blancas y los pisos de mármol del mismo color otorgaban al ambiente amplitud y elegancia. Los ventanales eran enormes y daban a un balcón frente al mar lo suficientemente espacioso como para que cupiera una mesa redonda con cuatro sillas—. ¡Me encanta el apartamento!

—Primero lo alquilamos —explicó Miguel, quien se limpiaba las manos bajo el chorro de agua del lavabo—, pero después, y gracias a nuestros

trabajos, pudimos comprarlo en muchas cuotas.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogado. —Al contestar, un mechón de cabello le cayó en la frente. Se dirigió a la cocina y revolvió con esmero una salsa en el fuego—. Trabajo en un bufete jurídico.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Penalista.

Ante aquella respuesta, mi corazón comenzó a palpar más rápido. Mi vida se había vuelto un profundo enigma en torno a un hecho delictivo que no era mío, pero que me involucraba de todas formas y, quizás, debería haber sido más sincera con Marina. Pero como ella había mencionado que conocía algo de lo ocurrido en mi pasado, en aquel momento, preferí callar.

Como si Marina me hubiese leído la mente, me tomó la mano y me la apretó con calidez. Ese gesto bastó para que aspirase hondo y me relajase. Pero no por mucho tiempo, porque cuando el timbre sonó tres veces, volví a ponerme tensa.

De un salto, Marina se dirigió a la puerta. Por su parte, Miguel corroboró lo que me imaginaba.

—Es Julián. —Y alzó la vista hacia mí—. Es el único que toca a la puerta de esa forma.

Cuando Miguel y Marina abrieron, me apresuré a bajar los párpados. Me sentía como una intrusa en medio de la amistad de esas tres personas.

Escuché a Marina saludar al recién llegado con efusión, y Miguel hizo lo propio. El ruido del abrazo masculino con las manos fuertes palmeando las espaldas de uno y otro me resultó agradable.

—Pasa, Julián —dijo Marina—. Te quiero presentar a Candelaria, una compañera de trabajo maravillosa.

Cuando levanté la mirada, me quedé congelada. Los ojos azules más hermosos que había visto en mi vida me observaron fijamente, y la voz gruesa erizó el vello de mis brazos:

—Qué gusto verte de nuevo, señorita Villegas.

Capítulo 8

CANDELA

—*El doctor Davis la atenderá enseguida, señorita Villegas. Quédese tranquila, que todo saldrá bien.*

Envuelta en una bata verde de algodón, me encontraba recostada sobre una camilla en una de las salas del consultorio de ginecología del hospital de San Andrés. Había arribado a ese lugar a raíz de un desafortunado episodio acaecido un poco antes de la salida de mi trabajo. A eso de las dos de la tarde, me di cuenta de que la regla se me había adelantado. No me resultó sorprendente porque, en los dos últimos meses, el nivel de estrés en el que vivía era tan horrible que mi cuerpo, de alguna forma, lo manifestaba. Me apresuré a comprar tampones en la perfumería del lobby del hotel y, de ahí, me dirigí al cuarto de baño para colocarme uno. A las cuatro y media, a punto de regresar a la habitación del hostel, se produjo el percance que me condujo al hospital.

El ruido de una puerta al abrirse me sobresaltó. Cuando giré la cabeza, la figura descomunal de un hombre vestido con una chaquetilla blanca, un poco ajustada debido a las proporciones de su cuerpo, se acercaba a mí.

—Candelaria Villegas —me nombró y se detuvo. Su voz me dejó sin aliento, pero me obligué a incorporarme.

—La misma.

El tipo apenas sonrió cuando me dio la mano.

—Soy el doctor Davis y acabo de enterarme de tu problema.

Me tuteó de entrada, pero no me cayó mal. De todas maneras, tragué en seco al pensar en el verdadero incordio en que me encontraba.

—Algo muy molesto —murmuré.

Se acercó un poco más.

—Cuando intentaste cambiarte un tampón, el hilo se cortó y ha quedado retenido en tu interior. ¿Estoy en lo correcto?

—Exacto —afirmé llena de vergüenza—. Me fue imposible extraerlo, así que vine de inmediato.

—Has hecho bien. Ahora te pondrás cómoda en la camilla y abrirás las piernas.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tú... tú... —tuteé y tartamudeé a la vez que lo señalaba con el dedo índice— ¿serás quien me lo quite?

Davis miró hacia todos lados y después detuvo la mirada en mí. Sus impresionantes ojos azules imprimieron velocidad a los latidos de mi corazón.

—Que yo sepa, soy la única persona presente en este cuarto. Además de ti, por supuesto.

Tenía razón, y me dio rabia comportarme como una idiota. Al recostarme, aferré los botones de la bata, como un acto reflejo al sentirme desnuda por no llevar las bragas.

Tan pronto como el doctor Davis se colocó los guantes, cerré los ojos y levanté las piernas. Apoyé los pies sobre dos soportes de metal que sobresalían a cada lado de la camilla y quedé expuesta, en el verdadero sentido de la palabra, para la inspección.

Un calor efervescente me recorrió la espalda y se extendió hacia las mejillas. Aún con los ojos cerrados, empecé a hacer la respiración de buceo que solía ayudarme en momentos como ese. Pero mi cuerpo se tensó al percibir el sonido de una silla con ruedas que se desplazaba y se acercaba a

la camilla.

—Tranquila, Candelaria. En breve nos desharemos del pequeño «intruso».

Ni siquiera me molesté en contestar, porque lo único que deseaba era que ese maldito asunto acabase. Era consciente de que Davis intentaba ser gentil conmigo, pero yo siempre había tenido aversión a los ginecólogos, mujer o varón se tratase, a causa de mi gran timidez. Pero esta vez se incrementaba a consecuencia de lo guapo y joven que era el médico. Quizás poco más de treinta años.

Algo metálico y frío se introdujo en mi canal vaginal y, a partir de ahí, me obligué a pensar en las aguas cristalinas y cálidas del mar que había visitado ese mediodía junto a los turistas. Habían tomado montones de fotografías de pulpos, rayas y peces trompetas, sin ninguna duda, el espectáculo de la inmersión. Eso, sin olvidar los arrecifes de corales, con matices que parecían pintados por las manos del mismísimo Atlántico.

Continué recurriendo a mi memoria en tanto ignoraba el pequeño dolor que el instrumento me producía. Hasta que escuché una exclamación:

—¡Ya está, Candelaria! Hemos terminado.

El mismo sonido de las rueditas de la silla, esta vez alejándose, me obligó a abrir los ojos. Al hacerlo, contemplé la espalda de Davis, que, parado junto a un cubo de basura, arrojaba el tampón y los guantes en su interior.

Me bajé de la camilla con rapidez y busqué en mi bolso una compresa femenina.

—Muchas gracias —dije en un murmullo—. ¿Podrías, por favor, mostrarme dónde queda el cuarto de baño?

Davis me indicó una de las puertas de la habitación, en la que colgaba un cartel con las letras WC. De los nervios, ni lo había visto.

—Ahí tienes, Candelaria —respondió amable—. Ahora me retiro porque hay otros pacientes que me esperan.

—Sí, claro. Gracias de nuevo.

Antes de irse, me pareció que me miraba de una forma diferente. Sin embargo, enseguida me obligué a descartar semejante tontería.

No bien me vestí, abandoné el hospital. Tomé un taxi y llegué al hostel con la lengua fuera.

En ese instante, sentada en el sofá del apartamento de Marina y Miguel, observaba sin emitir una palabra al doctor Davis, quien esa misma tarde me había extraído el tampón de...

«Mierda», pensé, y comencé a sudar. El aire acondicionado del apartamento no era suficiente para aplacar el calor que sentía.

Todavía muda, lo vi acercarse e inclinarse para saludarme con dos besos en las mejillas.

—¡No sabía que se conocían! —exclamó Marina.

—Es que...

Me detuve. ¿Cómo explicarles que Davis, en realidad, lo primero que había conocido de mí era mi vagina? Consciente de mi incomodidad, Julián se apresuró a aclarar:

—Candelaria sufrió hace unas horas un percance que exigió que la atendiera de emergencia en el hospital.

—¿Conque era eso? —Marina me miró fijo. Había adivinado, sin ninguna duda, que se trataba de lo que le había mencionado en nuestra conversación telefónica.

—Bueno..., tampoco es un tema para ventilar por todas partes.

—Pero, Cande...

—Te juro que no fue nada grave, aunque sí un poco... vergonzoso.

Cuando Marina amagó abrir la boca, la voz de Davis volvió a salvarme.

—¿No me van a invitar con una copa de vino?

Como si hubiesen recibido la orden de un general, los dueños de la casa se pusieron en movimiento.

«Gracias», pensé para mis adentros.

—¡No sabes lo feliz que estamos de verte! —exclamó Miguel, quien llenó de vino otra copa y se la entregó a Julián.

—He estado muy ocupado, chicos. Viajar a congresos me ha estado volviendo loco. Se aprende mucho, pero también pueden volverse muy aburridos.

—¿Dónde se llevó a cabo este último? —preguntó Marina, que parecía haber olvidado por completo el incidente del hospital y buscaba una *playlist* en su teléfono, acoplado a unos pequeños altavoces de la habitación.

—En Panamá. ¡Hace un calor de mil demonios!

—¿Más que aquí?

—Sí, por ser más húmedo. Pero valió la pena porque pude contactar con algunos laboratorios americanos que me apoyarán en nuestras investigaciones sobre el cáncer de útero.

Entretanto Julián explicaba sobre su trabajo, no pude evitar observarlo un momento. Si bien la chaquetilla con la que lo había visto en el hospital le quedaba muy bien, la camisa blanca, que contrastaba con su pecho bronceado, causaba un efecto mortal. Altísimo, apostaría que más de un metro noventa, llevaba el cabello no muy largo, de color oscuro, y los ojos azules destacaban como dos diamantes. Su rostro no era hermoso ni angelical, sino más bien intimidante y muy masculino, lo cual lo volvía aún más atractivo. Al menos para mí.

Suspiré. Todo eso no lo había notado por la tarde debido a la paranoia en la que había estado sumida, pero el muchacho que se encontraba frente a mí, relajado y sin aire de doctor sabelotodo, era digno de contemplación.

Me encogí de hombros. De todas maneras, ni loca saldría con él, porque me moriría de la incomodidad. Así que cenaría y después regresaría a mi habitación.

Me di cuenta de que todos me escudriñaban en medio de un silencio sepulcral. ¿Y ahora qué había hecho? Por lo visto, esperaban una respuesta de

mi boca, y no tenía la menor idea de qué contestar.

—Perdón..., pero no estaba escuchando.

Julián sonrió, y los dientes blancos que asomaban entre los labios gruesos me resultaron peligrosos.

—Te pregunté cómo te sentías viviendo en San Andrés.

Carraspeé.

—Muy bien. El hotel donde trabajo es maravilloso y Marina es mi gran pilar.

Los ojos color miel de mi compañera centellaron.

—Me encantas, Candelaria —anunció, y miró a Julián—. Tal es así que, no hace ni dos semanas que nos conocemos, y ya estamos convirtiéndonos en muy buenas amigas.

Aquella frase me conmovió, y se lo demostré con una enorme sonrisa.

—No es difícil serlo contigo, Marina.

—¿Crees que solo es mérito mío, tesoro? —Volvió a dirigirse a Julián—: Además, no sabes cómo Cande maneja a la gente. Y las fotografías acuáticas que saca son únicas.

Quise esconderme en un armario, porque no era muy amante de los halagos.

—Dicen que tengo algo de talento —susurré.

—¿Algo de talento? —repitió Marina con los ojos bien abiertos—. Querida Cande, tengo evidencias concretas de lo magistral que eres.

—Doy fe yo también —se sumó Miguel, agachado frente al horno—. Las imágenes que Marina me mostró de tus exposiciones en diferentes galerías me dejaron impresionado.

«Wow», pensé. Parecía que, en verdad, les gustaba lo que hacía. O eran unos exagerados.

—Apreciaría mucho ver alguna de tus obras.

Las palabras de Julián me dejaron sin aliento. No quería hacer alarde de mis habilidades, sino que prefería que la gente apreciase en vivo y en directo mi trabajo.

—Algún día puedo enseñártelas.

Contesté lo primero que se me ocurrió, pero, en verdad, no tenía la menor intención de hacerlo. Julián era un tío estupendo con el que pasaría un buen rato junto a nuestros amigos, pero nada más.

Los ojos del médico me escrutaron con intensidad, como si se hubiese dado cuenta de la dirección de mis pensamientos. Un músculo de su mandíbula se movió apenas, pero enseguida se aflojó al emitir una sonrisa.

—Nada me gustaría más —replicó.

—¡Bueno! —exclamó Miguel con una fuente bastante grande entre las manos—. A la mesa, que la lasaña está lista.

Capítulo 9

CANDELA

—**N**unca me había costado tanto convencer a una mujer para que saliese conmigo.

La voz de Julián al oído sonrojó mis mejillas y suspiré. La cena había resultado muy agradable y la charla, muy amena. Como era mi costumbre, me había mantenido reservada, en tanto Julián se había mostrado muy amable e interesado en mi trabajo y en algunos viajes que había realizado alrededor del mundo cuando mis padres vivían. Pero cuando Miguel y Marina comenzaron a proponer que saliésemos a algún lugar, les comuniqué que regresaría al hostel.

En un primer momento, los tres me observaron como si me hubiese escapado de una clínica psiquiátrica, pero después intentaron hacerme cambiar de parecer. Marina y Miguel apelaron a varias razones: que era muy joven para terminar encerrada en el hostel, que debía divertirme y que, al otro día, podía descansar. Es más, Marina llegó a asegurar que le pediría a nuestro jefe, Alarcón, que me otorgase un día libre para compensar la cantidad de clientes que yo había tenido que atender en mis dos primeras semanas de trabajo. Sin embargo, no cedí.

Julián, mientras tanto, me había observado con un brillo en la mirada que se reflejaba en mis lentillas oscuras, e hice lo único que se me ocurrió: desvié la vista para no quedar sumida en el magnetismo de ese hombre. Pero lo había subestimado.

—Soy médico, Candelaria, y el cuerpo humano es algo sagrado para mí. Mi visión de él es muy diferente a la del resto de la gente. Por eso, te ruego que olvides el episodio de la tarde y me hagas el inmenso honor de aceptar mi compañía durante unas horas.

Me quedé mirándolo absorta. Davis, todo el tiempo, había sabido el verdadero motivo de negarme a salir con él.

—Por favor... No seré una compañía muy divertida.

—Te prometo que solo serán las horas que tú desees.

Había utilizado un tono de voz tan tierno que fui incapaz de resistirme. Podía ser reservada, pero jamás una maleducada.

Así que, en ese instante, y luego de haberle contestado que me quedaría un par de horas más, nos encontrábamos en un bar donde bailábamos al ritmo de una música bastante pegajosa.

—Vamos, no fui tan temible —contesté.

Sonrió.

—¡Tuve que acudir a mi honor para que aceptases!

Me eché a reír por lo bajo. Julián aprovechó ese segundo para estrecharme aún más entre sus brazos, pero, al percibir ese toque tan intenso, me tensé.

—Tranquila, dulce Candelaria —me susurró al oído—. Nunca se me ocurriría incomodarte.

Pero su cuerpo era tan alto y fuerte que conseguiría engullirme con facilidad. De todos modos, él no tenía la culpa de sus dimensiones, por lo que me obligué a ser más comprensiva.

—Discúlpame.

Su semblante se suavizó.

—Te comprendo. El haberte conocido primero como paciente ha significado un incordio para ti. En la cena, intenté llamar tu atención de todas las maneras que se me ocurrían, pero fracasé como un cretino. Me esquivabas la mirada.

Tenía razón. El problema era que el doctor no solo era muy atractivo, sino que, además, yo no quería conocer a nadie, ni siquiera como amigo.

Pero elegí callar esa última parte.

—Fue bastante asqueroso —repliqué en su lugar.

—Es mi profesión, Candelaria. Cuando la gente llega a nosotros, es porque el cuerpo manifiesta cosas extrañas. Y estamos entrenados para afrontarlo.

Asentí.

—Por eso estoy aquí y no te he mordido ni una vez.

Julián soltó una fuerte carcajada.

—Eres temible.

Sacudí la cabeza de un lado a otro. Al hacerlo, el perfume a pino silvestre llenó mis fosas nasales, y mi corazón dio un vuelco.

«Ni se te ocurra, Candela», pensé preocupada. Y me obligué a recordar que la única persona que tenía ciertos privilegios en mi nueva vida era Marina.

—No tanto —aventuré.

Su mano abarcó mi nuca y me acercó para que apoyase la mejilla contra su pecho. Pero no lo permití. En su lugar, alcé la vista y me quedé sin aliento. Julián me miraba como si fuese su golosina preferida. Comencé a temblar.

—Ey —susurró. Y me acarició el cabello con extrema suavidad.

—Perdona. No estás haciendo nada malo, pero no me gusta estar tan cerca de las personas cuando apenas las trato.

«Mentirosa», me dije. Las cosas con Sebastián habían acontecido de otra forma. Apenas nos conocimos, nos zambullimos en una relación a mil grados de temperatura. ¡Y así me había ido!

Los ojos de Julián adquirieron un tono insondable, pero enseguida recompusieron la expresión habitual.

—¿Quieres que tomemos algo? Podríamos sentarnos en el jardín y hablar sin que te sientas perturbada.

—¿No te molestaría?

Río y el mundo pareció iluminarse de nuevo.

—En absoluto. —Me tomó de la mano—. Ven. ¿Qué te gustaría beber?

Me llevó a una mesa en el exterior, rodeada de una cascada de agua y flores

de diferentes colores. Cuando le respondí que una agua tónica, se perdió entre la gente, no sin antes pedirme que lo esperara.

Miré a mi alrededor y, a lo lejos, divisé a Marina y a Miguel, quienes bailaban abrazados como dos adolescentes. Adoraba verlos juntos. Eran el claro ejemplo de un gran amor, y algo en mi interior anheló algo parecido.

«Pero primero debes sanarte, Candela», susurré por dentro. Jamás lograría entrar en otra relación si primero no ponía en paz mi alma.

Para ello, debía contestar a la pregunta que Fuentes me había planteado en Mar del Plata y que atormentaba mi existencia cada vez que abría los ojos por las mañanas: «Sea sincera, señorita Podestá: ¿es usted consciente de quién es Sebastián Araujo?».

Mi tormento se vio interrumpido por la figura enorme de Julián, que se acomodó a mi lado. Colocó el agua tónica frente a mis ojos y se llevó un vaso de cerveza a la boca.

—Le pedí al *barman* que agregara unas rodajas de limón, como te vi hacerlo en la casa de los chicos.

«*Wow*», pensé. Al mediquito no se le escapaba ningún detalle. Me sentí halagada. Fue una sensación dulce y cálida que atravesó mi columna y me evocó lo que era sentirse el centro de atención de alguien, aunque hubiese sido una mentira.

—Gracias, Julián. Está perfecto.

Se pasó las manos por el pelo oscuro, que llevaba bien recortado. Durante la cena, Julián había comentado que tenía treinta años, y, si bien por momentos parecía más joven, la mirada azul revelaba una experiencia que le sumaba algunos más.

—Soy bastante perfeccionista debido a mi profesión. Creo que todos los médicos lo somos. Por eso, muchas veces, me detengo en detalles que no todo el mundo suele captar.

—¿Como qué?

—Detecto manchitas en los lugares que son inmaculados para los demás. Si

dos azulejos de un piso de grandes dimensiones están unidos por un micromilímetro más de pasta, puedo notarlo. Recuerdo que los albañiles y los arquitectos que construyeron la casa de mis padres me detestaban.

Solté una risotada.

—Eres una molestia.

Las cejas gruesas y negras de Julián se arquearon.

—¿Señorita Villegas! ¿Qué estás insinuando?

De repente, el clima que habíamos creado era tan agradable que me atreví a ahondar un poco más.

—¿Dónde viven tus padres?

—Aquí, en San Andrés. Conformamos una familia muy unida.

No pude evitar recordar a los míos, pero esa noche tenía una hora más para divertirme y no pensaba desaprovecharla con mis amarguras.

—¿Tienes hermanos?

Un brillo amoroso asomó en sus pupilas.

—Tres. Austin, Benton y Angelina. Somos inseparables. ¿Y tú?

—Soy hija única.

Estiró la mano sobre la mesa para cubrir la mía. Permití ese gesto porque, de súbito, me sentí un poco vulnerable.

—Entonces eres la mimada de tus padres.

Se me hizo un nudo en la garganta y negué.

—Ellos murieron.

Con el rostro ensombrecido, Julián se inclinó hacia delante.

—Lo lamento, Candelaria. No fue mi intención...

—No pasa nada. Es algo que todavía estoy tratando de aceptar. No es fácil, pero la vida debe continuar.

Su mirada se detuvo en la mía, como si quisiese grabarla a fuego. Percibí sus ganas de protegerme y me confundió.

—¿Por eso viniste a la isla?

«Si supieras», pensé. Pero jamás se lo diría.

—Digamos que eso influyó también.

Comenzó a faltarme el aire, y estaba segura de que Julián captó mi incomodidad, porque soltó mi mano y cambió de tema.

—¿Te gusta San Andrés?

Exhalé. Ese hombre, una vez más, acudía a mi rescate.

—Es maravillosa.

—Muchos la llaman «la flor del Atlántico».

No tenía la menor duda de que el nombre era merecido.

—¿Has vivido siempre aquí?

Julián sorbió de su cerveza y negó.

—Apenas terminé la escuela secundaria, me fui a la Universidad de Cambridge, donde llevé a cabo mis estudios de medicina. Toda la vida me ha gustado viajar, así que cuando tuve la oportunidad de hacerlo, no lo dudé.

—¿Eres bueno para los idiomas?

—Además del español y del inglés, hablo francés, árabe, ruso y alemán de forma fluida.

«Wow», pensé. Julián debía de ser un chico muy inteligente.

—¿Y cuándo regresaste?

—Hace unos meses. Me gradué hace siete años y permanecí en Cambridge, donde hice mi residencia en ginecología. Asimismo, trabajé en una clínica privada donde me querían de forma permanente, pero mi padre, que también es médico y dueño de una clínica ginecológica de aquí, me pidió que regresase para hacerme cargo de ella. Y es lo que hice.

—¿Y cuál es tu función en el hospital donde me atendiste?

—Pertenezco al servicio de ginecología. Una vez a la semana, trabajo ahí, salvo que surja alguna urgencia o guardias que requieran más de mi tiempo, en cuyo caso asisto otros días. El resto del tiempo lo paso en la clínica.

—Eres *multitask*.

Julián rompió en una pequeña carcajada entretanto pellizcaba el mantel de la mesa. Al mirar hacia abajo, sus largas pestañas reflejaron una sombra sobre

las mejillas.

—Me gusta lo que hago. Como te pasa a ti con tu profesión.

Apenas dijo esto, levantó la mirada y me la clavó como un puñal. Directo y sin anestesia.

Contuve el aliento ante esos ojos que me hipnotizaban.

—Entiendo —contesté, y miré el reloj de mi teléfono celular. El ambiente se estaba volviendo bastante íntimo para mi gusto y lo mejor era que regresase al hostel.

Pero Julián parecía pensar otra cosa.

—Por favor, Candelaria. Me encantaría saber un poco más de ti.

Respiré hondo y su aroma me envolvió como una manta. En realidad, había sido tan cuidadoso y tierno conmigo que se lo debía. Me quedé un rato en silencio, hasta que tomé una decisión.

—Bueno... —Tragué en seco—. No hay nada demasiado excitante que contar. Nací en Mar del Plata, una ciudad balnearia de Argentina, y mi vida ha estado dedicada a mis estudios. Los llevé a cabo en la UADE[1] durante cuatro años, donde obtuve el diploma de licenciada en hotelería y turismo. Además, estoy matriculada como buceadora y como fotógrafa profesional.

—¿Estudiaste las diferentes profesiones a la vez?

—Sí. Desde niña he sido una «devoralibros».

—¿Y por qué decidiste venir a San Andrés?

Me aclaré la garganta y apreté la mandíbula. Me daba mucha rabia no responder con la verdad a Julián, cuando se había portado de maravilla conmigo, y me abrumó recordar lo que mi madre siempre me había repetido: «Las mentiras tienen patitas cortas, hija». Pero no me quedaba otra alternativa.

—Después de trabajar en diferentes partes de mi ciudad, sentí la necesidad de iniciar una nueva etapa de mi vida. Y como San Andrés reunía todos los requisitos adecuados para buscar trabajo como buceadora y fotógrafa, me aventuré. Y no me equivoqué.

Julián, muy atento a mi relato, asintió.

—¿No dejaste a nadie en Mar del Plata a quien le importases? ¿Un novio?
¿Amigos?

Empecé a hiperventilar y rogué que no me diese un ataque de pánico. Desde lo sucedido en Mar del Plata, había sufrido unos cuantos, pero tenía que tratar de que Julián no hurgase más en lugares prohibidos.

—No.

Entrecerró los ojos, como si estuviese dispuesto a destrozar cualquier muralla que elevase.

—¿Estás sola en el mundo?

—Algo así.

Inspiró profundo y las aletas de la nariz se le dilataron.

—¿Puedo preguntarte algo más, Candelaria?

—Depende...

—¿Alguien te ha hecho daño?

Los latidos de mi corazón golpeaban mi pecho como un gigante golpea una puerta.

—No quiero hablar de eso.

Y supe que era suficiente. Empecé a recoger mis cosas, pero Julián me tomó del codo para detenerme.

—Por favor, Candelaria —rogó con suavidad—. Lo siento. No debí inmiscuirme de esa forma.

Lo observé con una mezcla de pena y de rabia.

—No te preocupes, de verdad. Es simplemente que hay cosas...

—Que duelen más que las heridas abiertas —culminó por mí.

—Eso me temo.

Asintió y me soltó. Arrastró una mano por su cabello y capté la frustración en las profundidades azules.

—Te pido disculpas una vez más.

—No has hecho nada malo, Julián. Soy yo la que, a veces, se pone un poco histérica.

Mi mundo se había convertido en una verdadera mierda, pero tampoco podía pretender que los demás lo comprendiesen. Y menos implicarlos en él.

Cuando notó que sonreía y me aflojaba, la expresión de sus ojos se apaciguó.

—Seguro que con razón. —No respondí—. ¿Prefieres quedarte un rato más o deseas que te lleve al hostel?

—Es tarde. Pensé tomar un taxi.

—De ninguna manera. Seré tu chofer y te dejaré sana y salva en la puerta.

—De verdad, no hace falta...

—¿Tengo que volver a hablar del honor para persuadirte de nuevo?

Solté una risa al recordar las palabras que me habían convencido de salir con él.

—Está bien. Tú ganas.

Capítulo 10

CANDELA

Mis temores más viscerales empezaban a aplacarse por las actividades que venía desempeñando y por las amables personas que estaba conociendo.

Y ese día, sin ninguna duda, había comenzado diferente. Por primera vez desde que había llegado a la isla, al salir del hostel no rastreeé caras amenazantes por todos lados y, en su lugar, una pequeña sonrisa permanecía instalada en mi rostro.

Al arribar al hotel, un contingente de diez personas me esperaba, y partimos hacia una zona de la parte norte de la isla, llamada Bajo Bonito. Con tres botes, nos internamos en un sector del mar denominado La Rocosa, ubicado a aproximadamente cuatrocientos metros de la costa. Desde las embarcaciones, nos lanzamos a las aguas, en cuyo interior nos encontramos con un arrecife parche, de cientos de metros de extensión, donde crecía en forma masiva una gran variedad de corales y esponjas. Debido a que la profundidad de las aguas no superaba los trece metros y la llegada de la luz era intensa, el paisaje se impregnó de una luminosidad y colorido tan especiales que lo transformaron en la verdadera atracción que era.

Gracias a la topografía, repleta de cavidades, nos topamos con diferentes tipos de peces que, curiosos, nadaban muy cerca de nosotros, pero también con algas, crustáceos y anélidos, que preferían ocultarse en las aberturas.

Al igual que en otras ocasiones, los peces roncós y las margaritas eran los

leales acompañantes. Pero ese día, las morenas y las barracudas habían decidido asomar las cabezas, y no pude evitar estremecerme cuando, ante la embelesada mirada de los presentes, dos rayas de espina de grandes dimensiones surgieron nadando con una majestuosidad soberana. Como era previsible, su presencia puso en acción a los buceadores, quienes las grabaron para siempre en sus fotografías.

Aquel era mi verdadero mundo. Uno donde no tenía que esconderme de nada ni de nadie, sino que podía disfrutar de lo que me regalaba con tanta generosidad.

Mientras reflexionaba, un cardumen de peces cirujanos azules me cubrió el cuerpo, y me sentí feliz. Hacía mucho tiempo que me había olvidado de esa sensación tan poderosa y darme cuenta provocó que se me formase un nudo en la garganta. Me había acostumbrado a que los ojos se me llenasen de lágrimas por la profunda tristeza que anidaba en mi alma, pero en ese momento, los motivos eran diferentes. Uno de ellos, un muchacho llamado Julián.

Contemplé el azul verdoso de las aguas y me recordó el de sus iris. Quizás era una verdadera tonta al permitir que mi corazón, a duras penas, empezase a palpar de nuevo. Pero ¿cómo podía evitarlo? Hacía dos días que recordaba de forma permanente el final de nuestro encuentro en su camioneta. Y no es que hubiese ocurrido demasiado, pero para mí, era un pequeño comienzo.

—Gracias por ofrecerte a traerme al hostel —dije sonriente.

Si bien al principio me había sentido un poco intimidada por estar encerrada con tamaño hombre en el vehículo, su charla amena me fue tranquilizando.

—Es un placer, Candelaria —contestó con una enorme sonrisa—. Salvo Nubis, no tengo a nadie más que me espere en casa.

«¿Nubis?». Julián no había mencionado ese nombre en toda la velada.

—¿Puedo preguntar quién es?

—Mi perro. —Solté una pequeña carcajada. No sé por qué nunca habría relacionado a Julián con un can. ¡Menuda sorpresa!—. Y te juro que puede

*ser un verdadero incordio. Espero que no me haya destrozado otra alfombra.
Me reí más fuerte con solo imaginarme la escena.*

—¿Es un cachorro?

Negó con la cabeza.

—¡Qué va! Tiene seis años el muy maldito. Pero, a veces, se comporta como si tuviese meses. ¿Te gustan los perros?

—Me fascinan. Cuando pueda alquilar o comprar una casa, pienso tener uno o dos.

Julián asintió con una sonrisa y prendió la radio. Buscó una emisora y, al instante siguiente, los acordes de Shut up and dance with me se alzaron a bastante volumen. Adoraba esa canción. Nos reímos como dos chicos al tararear algunas de sus estrofas.

—No sabes el bochorno que me hizo pasar Nubis hace poco —dijo con las cejas arqueadas cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—A ver.

—Lo había llevado a correr a la playa como todas las mañanas. Pertenece a una raza llamada pastor belga Malinois, que son muy activos e incansables. Pero ese día, en lugar de continuar corriendo a mi lado, decidió meterse en el agua junto a varias personas que se bañaban y, como de costumbre, se puso a jugar con ellas. El problema es que, en medio de tanto movimiento, se le ocurrió hacer sus necesidades fisiológicas en todas sus variantes.

—¿Cómo?

Julián se echó a reír con su particular tono ronco, a la vez que ponía en marcha el vehículo.

—¡Como lo oyes! En medio de la gente, comenzaron a flotar dos pedazos de mierda de considerable tamaño. —Me sumé a sus risotadas—. Unas chicas me rompieron los tímpanos con sus gritos de asco, y Nubis, en lugar de desaparecer, se abalanzó sobre ellas para lamerles la cara.

—¡No!

—Un papelón.

El jolgorio en el interior de la camioneta duró por un buen rato, hasta que Julián detuvo el vehículo. A través de la ventanilla, el hostel parecía un gigante dormido. Y muy arruinado. Pero no me importó. Mi boca seguía extendida de un lado a otro en tanto regresaba la vista hacia la de Julián.

—Gracias. Me has hecho pasar una noche muy divertida.

—El agradecido soy yo, Candelaria.

La intensidad de su mirada me hizo sudar. Rogaba que Julián no transgrediese ninguna barrera, porque había logrado que me sintiese bien de verdad. Al intentar abrir la puerta, su voz me detuvo:

—Me encantaría volver a verte.

La dulzura de su semblante me conmovió.

—Yo...

—Cuando dé, Candelaria. No quiero presionarte.

Me impactaron sus palabras, pero fui incapaz de tomar la iniciativa. Aún no estaba preparada para nada.

—Vale —dije, y tragué en seco.

Del bolsillo de su camisa, extrajo una tarjeta y me la entregó en la mano.

—Cuando quieras, me llamas.

Observé ese pedacito de cartón, pero el silencio había ganado a las palabras. De todas maneras, antes de bajarme, tomé coraje y le di un beso en la mejilla.

Al rememorar la expresión azulina de sus ojos, no podía dejar de sobrecogerme de la misma forma en que lo hacía ante la inmensidad sagrada que nos rodeaba. Atesoraría ese recuerdo para siempre, porque, por unos instantes, había logrado conectarme conmigo misma y había dejado de temer.

La luz titilante de mi reloj marcó el final de la inmersión. Después de hacer las señas pertinentes a todos, subimos a la superficie, donde los botes nos esperaban para regresar a la orilla.

Apenas tocamos la arena, me aseguré de que mis protegidos se encontrasen

en buenas condiciones, felices por las fotos tomadas y también por la travesía. Cuando regresábamos al hotel, escuché el sonido de mi móvil.

—Hola, Marina.

—¡Cielo! —exclamó mi «en vías de» amiga, del otro lado—. Ayer domingo no quise molestarte porque era tu día de descanso, pero hoy no puedo esperar más. ¿Cómo te cayó Julián?

Contemplé mi alrededor; repartida en diferentes lugares de la camioneta, la mayoría de la gente dormitaba. Me arriesgué y, en voz muy baja, aclaré:

—Apenas dos minutos, Marina.

—Sí, por favor.

¿Qué podía decirle? ¡Dios!

—Me resultó un chico muy amable y divertido. De verdad, me la pasé muy bien. Gracias a ti y a Miguel por haberme invitado.

Un resoplido retumbó en mi oreja.

—Tesoro, no seas tan formal. Los tres estábamos felices de tenerte con nosotros. ¿No te dije yo que te hacía falta divertirse? Además, Julián es un tipazo. Y me parece que le gustaste.

«Semáforo rojo», me dije.

—Solo me interesa como amigo, Marina. No estoy para nuevos líos.

—Lo sé, y por eso no digo nada más. Pero, Candelaria, te ruego que te permitas disfrutar de la vida. Justamente porque has tenido varios golpes, uno detrás de otro, mereces encontrar un poco de paz.

—Es lo que ocurre cada vez que me sumerjo en este mar bendecido por los colores del arcoíris. No hay nada que consiga brindarme mayor tranquilidad, Marina. Te lo aseguro.

Intuí que mi respuesta no le alcanzaba.

—Sé que necesitas tiempo y te lo daremos. Pero, por favor, si Julián se acerca, no lo alejes.

Rompí en una carcajada lo más baja que pude para evitar despertar a los pasajeros.

—Eres una celestina.

—No tengo remedio. Pero... —cuando iba a interrumpirla, ella misma terminó haciéndolo—. ¡Oh, Candelaria!

—¿Qué?

—Me están llamando por el otro teléfono.

—Entonces conversamos después.

—Claro. ¡Un beso!

En ese mismo segundo, la camioneta se detuvo. El viaje había culminado y así se lo comuniqué a los demás. Mientras nos despedíamos, mi móvil comenzó a sonar de nuevo, pero no lo atendí. Esperé hasta que el último miembro del contingente me dijo adiós, y después chequeé el teléfono para averiguar quién me había llamado. Pero el número era desconocido.

De pronto, el mismo número volvió a llamar y esa vez atendí.

—Candelaria Villegas, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, mi buceadora predilecta.

Cuando oí aquella voz, contuve el aliento.

—¿Julián?

—Sí —contestó risueño—. Ya sé que te dije que te comunicases conmigo cuando lo desearas, pero durante nuestra velada omití contarte que soy muy impaciente. Y como no me llamabas, recién le pregunté a Marina cuál era tu número de teléfono para poder hacerlo yo. ¿Interrumpo algo?

Entonces Marina había colgado conmigo para atender a Julián. Una verdadera casamentera. Sonreí. Pero ¿qué podía responderle a Julián? Mi cerebro se había freído como un pollo y no podía articular ninguna palabra.

—Eh...

—¿Candelaria? ¿Estás ahí?

«Reacciona, ¡por Dios!», me dije.

—Sí.

—Menos mal. Escucha, el motivo de mi llamada es invitarte, a la salida de tu trabajo, a dar un paseo por la isla junto con Nubis. Si bien esta mañana lo

hice correr alrededor de diez kilómetros, parece que no ha sido suficiente. Entonces, se me ocurrió que podríamos ir los tres a hacer una segunda sesión. Después tomaríamos una cerveza y picaríamos algo por ahí. ¿Qué te parece?

Tragué con fuerza para humedecer mi agarrotada garganta. Lo primero que se me venía a la cabeza era responder con un rotundo «no», pero, a su vez, recordar las palabras de mi amiga me detuvo. Le debía tanto a Marina que me sentía casi en la obligación de arriesgarme.

—De acuerdo —contesté.

—¿Cuándo quedas libre?

—A las cinco y media.

Oí un suspiro profundo del otro lado.

—Gracias, preciosa. A esa hora, te pasamos a buscar.

Y colgó.

Capítulo 11

—¿Cuándo partes?

—En unas horas. Espero que el vuelo salga a tiempo, porque sabes cómo se pone el aeropuerto Charles de Gaulle cuando está colapsado de gente.

—Si hay demora, me informas de inmediato.

—Parece que estás impaciente —contestó Ben en un tono jocoso.

Gato se dirigió hacia el refrigerador para abrir una lata de cerveza y aprovechó para dejar sobre la mesa el móvil en manos libres y oír la voz de su amigo.

—¿Tienes todo en orden?

La risotada de Ben no lo tomó de sorpresa. Era consciente de lo pesado que se ponía cuando una misión comenzaba. Exigía la perfección, o lo más cercano a ella posible.

—No esperarás que te conteste a eso. Pero te diré que esa tía, Candela Podestá, es mía.

Mientras regresaba a su asiento, pensó que no le gustaba un carajo el tono risueño y posesivo de Ben, porque él también le tenía ganas a esa pobre chica. Parecían dos acosadores. Le daba tanta rabia que se aventuró a aclarar:

—No te tomes demasiadas atribuciones.

La risa de Ben le erizó los vellos de los brazos.

—Mira que te cuesta manejar tu territorialidad, cabrón.

Se aclaró la garganta.

—No te imagines nada raro. Solo deseo que se verifique que la chica es inocente y, en caso de serlo, que no salga dañada.

—Cada vez me convengo más de que la muchacha es una víctima, Gato.

—Querría estar tan seguro como tú.

La carcajada de Ben lo turbó. Su compañero conocía muy bien lo que él opinaba de Podestá. Hasta que no se demostrase lo contrario, ella era la primera sospechosa.

—Eres hueso duro de roer. A propósito, ¿has recibido algún informe sobre el paradero del grupo armenio? Porque déjame recordarte que los tipos ya deben de haber hecho trato con algunos de los jefes de la policía de ese país. Querrán su parte del dinero de los contrabandos y harán la vista gorda con lo que pueda ocurrirle a la joven. «Por la plata baila el mono», diría mi abuela.

Gato respiró hondo. Si la chica en verdad era una víctima en esa historia, entonces Ben tendría razón y el tiempo se volvería un apremio.

—No tengo ningún informe que lo corrobore, pero los hombres apostados en el país están investigando. De todas maneras, no creo que esos sujetos demoren en llegar a la isla, si es que no lo han hecho ya. Por eso, es importante que, apenas arribes a San Andrés, investigues a las personas con las que Podestá se rodea.

—¿Repasamos los nombres, por favor?

—¿Me estás jodiendo? Te entregué la lista hace cuatro días. ¡Ya deberías estar familiarizado con todos ellos!

Un resoplido retumbó en su oreja.

—Recuerdo a Marina Salcedo, Miguel no sé cuánto...

—Olguín.

—Vale. Miguel Olguín, Daniel Alarcón y... ¿cómo se llamaba el doctorcito?

Le había llegado el turno de bufar a él. Si hubiese tenido a Ben delante, le habría dado un buen puñetazo.

—Julián Davis.

—Que parece bastante interesado en la chica.

Gato se removió en el asiento. No le gustaba una mierda que Ben precisase eso porque, cada vez que veía la foto de la joven, la polla se le ponía como un cohete. Una vergüenza para un profesional como él.

—¿Y quién podría reprochárselo? Es una hermosura. —Tosió—. Por lo que escucho, sería un milagro esperar que recuerdes los nombres de los empleados del hotel donde ella trabaja, o de la gente que maneja el hostel.

—¿Y qué esperabas de mis neuronas? También deseas que recuerde los del personal de cada uno de los diferentes lugares donde Candela lleva los contingentes, los del hospital y los de la clínica donde trabaja Davis.

—Tampoco olvides a sus familiares.

—Estás loco, gatito lindo.

Suspiró.

—En fin, ¿sería mucho pedirte que durante el viaje repasases el listado y te lo aprendieras? Al menos, y para empezar, de las personas más importantes. Agregué las características peculiares que destacan a cada una de ellas, así como algunas fotos.

—No te preocupes, que el bueno de Ben te facilitará las cosas.

Por detrás de la voz de su amigo, se escuchó la de una mujer hablando en francés a través de un altavoz.

—Están anunciando el embarque del vuelo con destino a Colombia.

—Arribas y me avisas.

—Sí, papá.

Nada más colgar, se recostó contra el respaldo del sillón de cuero, apoyó las piernas sobre la mesa y las entrelazó por los tobillos. Giró el rostro y contempló a través de la ventana la estrecha calle desierta.

—Candela Podestá —repitió varias veces ese nombre—. ¿Quién diablos eres?

Capítulo 12

JULIÁN

La arena blanquísima contrastaba con el azul del mar, de unos cuantos tonos más profundos debido al anochecer. Hacía una hora había pasado a buscar a Candelaria por el hostel y marchábamos al trote. No así mi perro, que corría con la lengua fuera.

Apenas Nubis y ella se vieron, surgió entre ambos lo que yo denominaría «amor a primera vista». En los seis años que hace que conozco a mi mascota, jamás la vi actuar de manera tan mema. Rompiendo las reglas con las que lo he educado, olfateó a Candelaria con el fin de averiguar su sexo, lo cual provocó que a mi invitada se le colorearan las mejillas y a mí se me atragantara algo. Para cuando intenté detenerlo, el engendro peludo ya había comprobado que lo que tenía enfrente era una chica. Y el circo comenzó.

Primero, le ladró varias veces tratando de acaparar su atención; Nubis había entrado en modo «rey de la jungla» y yo comenzaba a ser un estorbo para él. Después, Candelaria debió acariciarlo hasta el hartazgo, en tanto susurraba palabras bonitas para evitar los insistentes y babosos lengüetazos de los que el maldito se valía para que ella no se apartase de él. Así fue hasta que, por completo enamorado, comenzó a correr.

Al observarlo, confirmé lo que siempre había sospechado: Nubis padecía de trastorno de personalidad múltiple, porque cuando alguien le gustaba demasiado, podía transformarse en un descerebrado y dejaba de actuar como

un perro para hacerlo como algo diferente, en ese caso, un petardo. Se estrelló contra todo lo que encontró a su paso sin ningún tipo de reparo. Le dio lo mismo que se tratase de un sujeto en bicicleta, una chica comiendo helado o una anciana con bastón. Pero eso no fue suficiente, sino que dio tantas vueltas a la redonda y a tal velocidad que, muy pronto, se convirtió en un borrón.

Quizás la causa fuese el perfume de Candelaria. Al pensar en ello, rememoré el famoso dicho: «Los perros se parecen a sus dueños». Estuve de acuerdo, porque la reacción de Nubis era fiel reflejo de lo que me hubiese gustado hacer cuando aspiré la fragancia de ella.

Suspiré hondo. Es cierto que tenía un buen historial con chicas de distintas partes del mundo, la mayoría de notable belleza. Es más, no podía recordar la última vez que perseguí a una, porque ellas venían gustosas a mí. Pero Candelaria era distinta. Estaba seguro de que la razón, en realidad, era su apabullante vulnerabilidad. Mi macho alfa reprimido afloraba al captar su nerviosismo o su temblor cuando me acercaba a ella. Tampoco era tan tonto como para no darme cuenta de que las lentillas en sus ojos escondían el verdadero color. Si bien parecían marrones, por debajo se asomaba otro tono difícil de definir. Por eso, el universo que Candelaria con tanto recelo ocultaba me intrigaba.

En la velada, no había sido capaz de llegar a ella, algo increíble para mis años de donjuán. No obstante, me obligué a utilizar lo más simple y lo más complejo a la vez: la paciencia. Porque estaba seguro de que sería lo único que me permitiría acercarme. Candelaria, sin ninguna duda, era una joven herida.

No me habían pasado desapercibidas sus reluctantes miradas cada vez que le prestaba atención. La intimidaba, y ese hecho me causaba mucha desazón, porque cuando detenía mis ojos en los suyos, me sentía flotar. Y no era que tuviese complejo de globo aerostático, sino que era un hombre de carne y hueso, con mucha experiencia con las mujeres, que, sin embargo, frente a ella, se sentía como un púber lleno de granos.

Me imaginé a muchas madres riéndose de mí si se enterasen de que sus oraciones habían sido escuchadas: Julián Davis, por primera vez en su vida, se encontraba desorientado.

Ante semejante revelación, no se me ocurrió una mejor idea que acudir a mi salvación: Nubis. Conocía lo carismático que resultaba con su aspecto y su andar elegante. Era un pastor belga de pelaje corto, rojo carbonado, y atraía la mirada de la gente por la «máscara» en su cara, que consistía en una zona de pelaje negro, la cual se extendía de los labios hacia los párpados y, de ahí, a las orejas. Contrastaba con el resto del cuerpo y con los ojos pardos, alertas e inquisitivos. Además, amaba a las chicas, a tal punto que casi ninguna podía resistirse a sus encantos. Entonces, no dudé de que Nubis sería el medio ideal para llegar a Candelaria. Aunque, en ese instante, me arrepentía.

—Julián, Nubis sigue corriendo en círculos. —La voz de Candelaria me regresó al presente y detuve el trote, lo mismo que ella—. Y le arroja arena a la cara a unos pobres niños.

—¡Nubis! —grité a toda voz, pero fue como si nada.

Repetí la orden tres o cuatro veces hasta que mi cuadrúpedo amigo retornó.

—¡Eh, usted! —bramó la madre, quien con una toalla limpiaba la cara de las criaturas que lloraban a gritos—. ¿Por qué no le pone una correa a su estúpido animal? ¡Mire lo que ha hecho con mis hijos!

«Juro que lo voy a matar», pensé. Lo decía en serio.

—Perdón, señora. —Me acerqué—. Mi perro se ha extralimitado y le pido disculpas. ¿Puedo hacer algo por usted y por los niños?

Cuando la mujer me miró, elegí poner mi mejor cara de tierno, que siempre me sacaba de apuros. Esa vez no fue la excepción.

—Bueno... —balbuceó con una leve sonrisa—. No fue nada serio en realidad. Mis chicos ya están bien.

—Pero, mamá... —se quejó uno de ellos.

—¡Cállate, Pedrito!

Sonreí. Al hacerlo, la mujer comenzó a mover las manos para aventarse. Ya

era mía.

Nubis se sentó a mi lado sobre las patas traseras.

—Saluda a tus nuevos amiguitos —ordené al muy desgraciado. Y gracias a Dios, me escuchó. Levantó la pata y la extendió al que llorisqueaba más.

Y volvió a hacer magia. A partir de ese momento, no solo nos reímos de sus monerías, sino que los niños se tiraron infinidad de veces encima de él para cubrirlo de abrazos y arrumacos. Lo más agradable fue escuchar las carcajadas de Candelaria. La joven reía muy poco, por lo que sus ojos brillantes provocaron una estampida en mi corazón.

Puesto que los pequeños se negaban a abandonar a Nubis, tuvimos que despedirnos varias veces, pero, al final, proseguimos la marcha. Candelaria me sorprendió al mantener a Nubis a raya cuando este se alejaba demasiado, y mi incansable compañero se mostró feliz de la vida por ello. Yo también.

Al cabo de tres cuartos de hora, sudados y doloridos, decidimos hacer una pausa en un bar del que provenía una hermosa melodía de *reggae*. Pedimos una cerveza y un agua tónica a la mesera que nos atendió. Nubis, por su parte, se recostó a los pies de Candelaria. La mano de la joven comenzó a acariciar su cuello hasta que el muy mimado, apoyando el hocico sobre las baldosas de la acera, se quedó dormido.

—Perdona el bochorno sufrido hace un rato —dije en un intento por romper el hielo. Candelaria tenía dificultad para iniciar una conversación con extraños, y yo todavía lo era.

—No te preocupes. Nubis se ganó la simpatía de todos.

Sonreímos y la contemplé como un idiota. Enseguida, la camarera se acercó con las bebidas.

—¿Desean algo de comer? —preguntó.

Alcé las cejas en actitud interrogativa.

—No sé tú... —balbuceó Candelaria.

—Me muero de hambre, así que pide lo que quieras. Yo te invito.

Abrió los ojos como platos.

—De ninguna manera.

Me incliné hacia delante y, con extremo cuidado para no asustarla, le tomé la mano.

—Por favor, acepta mi invitación.

Entrecerró los ojos y tuve miedo de que se negase. Pero, por fin, asintió con una leve sonrisa y yo respiré aliviado.

—Gracias —musitó.

Ordenamos empanadas de pescado y «rondón» isleño para compartir. Ese último plato era típico de la isla y se elaboraba a base de leche de coco, yuca, ñame, plátano, papa, pan de fruta, pescado y colita de cerdo. La albahaca era la especia principal. Seguramente habría múltiples variantes, pero el que se apreciaba en las mesas vecinas parecía delicioso.

Cuando la camarera se retiró, me recosté sobre el respaldo de silla y continué escrutando a Candelaria. Ella, en cambio, eligió fijar la vista en Nubis, que seguía dormido, esa vez de lado y con la lengua colgando hacia un costado.

—Perdona que te observe insistente, pero no puedo entender cómo una chica tan preciosa como tú esté sola. ¿Qué diablos te ha pasado, Candelaria?

—Apenas escupí las palabras, percibí su perturbación a través del color de las mejillas. Maldije por dentro—. Disculpa, soy un bocón.

Contrario a lo que esperaba, alzó la mirada y la curva de sus labios se elevó un poco.

—No te sientas mal. Soy un bicho medio raro.

Negué con la cabeza.

—No es así. Tal vez un poco enigmática. Por eso, intento descubrir un poco más sobre ti.

Cuando sacudió la cabellera, su perfume llenó mis fosas nasales.

—Mi vida no es tan divertida como la tuya, Julián.

Comprendí el mensaje. Necesitaba tiempo para abrirse a alguien y yo debía aceptarlo, aunque, como buen tozudo que era, me costaba.

—Entonces pregúntame a mí lo que quieras.

En ese segundo, la mesera regresó y colocó sobre el mantel los manjares que habíamos ordenado. Cuando nos quedamos solos, comenzamos a comer. Temí que Candelaria pasase por alto mi pedido, pero, por suerte, me equivoqué.

—¿Tu padre es inglés? Te lo pregunto porque tu apellido lo parece.

Moví la cabeza de un lado a otro mientras daba un mordisco a una empanada.

—No, pero es descendiente de ellos. Esta isla tiene una enorme influencia española, holandesa e inglesa, donde corsarios y piratas han hecho de las suyas. Mis abuelos eran de Londres y vinieron a la isla de jóvenes; aquí tuvieron dos hijos: mi tía, Mary, y mi padre, Richard. Mary se casó con un inglés, Anthony Robinson, y se mudaron a Inglaterra. En cambio, mi padre se quedó aquí y, unos años después, obtuvo el diploma de médico. En ese ínterin, conoció a mi madre, Magdalena, argentina como tú.

—¿Es médica también?

—No. Se ha dedicado a la casa y a los hijos, como en la vieja escuela. Pero es enormemente feliz. Los tres hermanos adoramos a nuestros padres, quienes han forjado un matrimonio sólido. A propósito, espero presentártelos algún día.

Cuando contemplé la expresión espantada de los iris color caramelo, me di cuenta de lo que acababa de expresar. Y me quise esconder en un agujero que llegase al centro de la Tierra. ¿Qué mierda me pasaba?

—Bueno..., quizás en alguna ocasión —respondió en un susurro—. Muchas gracias, de verdad. Cuando hablas de tus padres, me recuerdas a cómo lo hacía yo con los míos. Estábamos muy unidos.

Me repuse de mi lapsus y continué con las preguntas:

—¿Cómo se llamaban?

—Miranda y Juan... Villegas. —Le costaba mencionar a sus padres, lo cual era lógico dadas las circunstancias—. Has heredado de tu progenitor el amor

por la medicina, ¿verdad?

No me sorprendió el cambio de tema y asentí.

—En el año 2000, San Andrés fue declarada por la UNESCO Reserva de la biósfera debido a su aporte a la salud en el planeta. Mi padre, junto a otros médicos oriundos de la isla, han trabajado de forma incansable para que los estándares que una declaración de ese tipo exige se mantengan. Regenta una de las mejores clínicas ginecológicas de aquí y otras dos en Colombia. Lamentablemente, en el sector público, no siempre se alcanzan las mejores prestaciones por la falta de recursos económicos.

—Como sucede en la mayoría de los países. ¿Y tus hermanos?

—Austin y Benton son abogados del mismo gabinete donde Miguel trabaja. Angelina es nutricionista y escribe libros sobre alimentación vegetariana.

Un brillo en la mirada me demostró que le complacía lo que oía.

—Ahora comprendo que tu padre te haya solicitado regresar a su lado.

Me encogí de hombros.

—Me hubiese gustado esperar un poco más, pero en este instante me siento agradecido. No me habría perdonado el privarme de tu compañía.

Sonó un poco cursi, pero cada vez que observaba el pecho de Candelaria subir y bajar, mis neuronas se desconectaban. Eché una ojeada a mis manos y no dudé de que encajarían a la perfección en las dulces curvas que se insinuaban por debajo de la camiseta deportiva.

«Por Dios, Julián», me reprendí.

—*Wow* —expresó Candelaria. Me había excedido un poco, pero no me importó.

Y decidí explicárselo.

—Escucha. A mi edad, intento vivir de la mejor manera posible. También me esfuerzo al máximo para que las personas se encuentren saludables. —Respiré profundo—. Y tú te estarás preguntando por qué diablos te cuento esto. Pues no lo sé. Tal vez es porque quiero que sepas que, desde hace mucho tiempo, no me detengo ni un segundo. Mi trabajo ha sido mi exclusiva

prioridad y, como no tengo la menor intención de formar una familia a corto plazo, mi relación con las mujeres te imaginarás cómo ha sido: «esporádica», si quieres definirla con una palabra. Me gustan, lo pasamos genial y después cada uno se va a su casa sin ningún tipo de compromiso. Así de simple. —Me revolví el cabello con la mano—. Pero tú, Candelaria, me inspiras mucha, mejor dicho, demasiada ternura. Y no puedo evitar sentirme atraído hacia ti más de lo que estoy acostumbrado.

Se lo había dicho, y eso solo podía significar que había perdido el juicio. Y ni siquiera Nubis me podría salvar esa vez. El muy desgraciado roncaba tan alto que parecía una motosierra en acción.

Cuando Candelaria me contempló con los ojos desorbitados, los dedos de los pies se me contrajeron.

Capítulo 13

CANDELA

No podía creer lo que había escuchado de los labios de Julián. No es que yo me considerase un adefesio, pero era consciente de que Julián tendría a su disposición mujeres más bellas y con vidas mucho más simples que la mía. Además, él provenía de una familia bien avenida, con valores y fundamentos sólidos, cuyos miembros se cuidaban y apoyaban con esmero y amor. Dedicaba su vida al trabajo, a los viajes, y, como bien acababa de explicar, aceptaba de las mujeres lo que estas con generosidad le ofrecían, sin compromiso. O sea, Julián estaba en la plenitud de la vida, con un futuro brillante y repleto de promesas. En cambio yo... ¿qué podía brindarle? ¿Noches de sexo salvaje? Si era eso lo que buscaba, había tocado a la puerta equivocada. Yo no servía para algo así. Y para colmo de males, mi confianza había quedado arruinada, quizás para siempre, después de que mi novio desapareciese el mismo día que me ofreció casamiento.

Suspiré.

De todas formas, lo más importante consistía en no implicarlo en los acontecimientos temibles que me acechaban. Mi vida se había convertido en una hecatombe emocional, donde el miedo era el gran protagonista, y no la alegría que irradiaba Julián.

—Creo que el episodio con Nubis te ha hecho mal —repliqué perpleja.

Negó con énfasis.

—Adoro charlar contigo, y cuando estamos juntos, nos reímos de las mismas cosas. Entonces, se me ocurrió comentártelo para saber si a ti te sucedía lo mismo.

Se me cortó la respiración. Literal. ¿Acaso Julián esperaba que yo hablase de mi atracción hacia él? ¡Estaba loco de remate! Me obligué a inhalar o moriría de asfixia. En ese instante, comprendí que Julián, como era lógico, ignoraba que mi vida era...

—Muy compleja —culminé en voz alta.

—¿Qué?

Levanté la mirada y me topé con la suya, confusa.

—Mi existencia, Julián. Es demasiado...

—¿Y crees que la mía no lo es? —contestó sin dejarme terminar. Por lo visto, había captado mis pensamientos. Las gemas azules se tornaron más oscuras—. Tampoco es que te esté pidiendo casamiento, Candelaria.

—Lo sé. Pero si me ves como tu nuevo entretenimiento, por favor, olvídalos.

No sé cómo me atreví a decir semejante cosa, pero a esa altura de los acontecimientos, apenas si podía reconocermes.

Una vena le palpité en la frente. Estaba molesto, y era la primera vez que lo veía así.

—Sé distinguir a la gente que tengo enfrente. Solo quería expresarte mi deseo de conocernos más.

Me quedé en silencio. Me hubiese gustado hablar con mi madre en ese momento. Ella siempre tenía la respuesta justa, aunque, ante las circunstancias que me rodeaban, no estaba segura de si hubiese sido capaz de contarle algo. Tal vez habría elegido esconderme debajo de la tierra.

Frente a mi mudez, Julián se irguió en el asiento y aclaró la garganta.

—Terminemos el tema aquí, ¿te parece?

Era evidente que intentaba aflojar la tensión que se había generado entre los dos. Asentí y continuamos comiendo. Unos segundos más tarde, a Nubis se le ocurrió despertarse y, al olfatear el alimento, movió la cola con entusiasmo.

—Por favor, no le des nada o te juro que será difícil despegarlo de ti. —
Sonreí y, de inmediato, el ambiente se tornó más relajado—. Cuando regrese a casa, lo recompensaré con una porción abundante de su cena.

—Prometo que no caerá nada de mi plato.

Reímos.

—¿Cómo te la pasas en el hostel?

—La habitación es horrible, así que, apenas pueda, buscaré otro sitio donde vivir. Te juro que me deprime.

La energía apabullante de Julián regresó y, con los ojos ansiosos, aventuró:

—Creo que tengo lo que necesitas.

—A ver.

—Mi vecina, Dania, es una mujer de setenta y cinco años y se ha echado un novio de ochenta, y ambos desean vivir juntos. —Estallamos en una carcajada—. Sin embargo, para ello requiere alquilar su casita. No es grande, pero sí una preciosidad. La ha cuidado con afán, y estoy seguro de que sería ideal para ti.

Me tragué un trozo del rondón con un nudo en la garganta. Vivir al lado de Julián era una locura, pero, aun así, era factible ver el lado positivo. Residir cerca de alguien conocido me daría mayor sosiego.

Me recliné en la silla y lo miré. No sé si me equivocaba, pero detectaba cierto anhelo en su expresión. ¿Y si el precio para conseguir la tan ansiada tranquilidad era demasiado elevado? ¿Estaba dispuesta a correr un nuevo riesgo y, quizás, meterme en otro peligro?

—Déjame pensarlo —contesté.

Cuando alzó sus pestañas, hice un esfuerzo para respirar con normalidad.

—Claro.

A partir de ese instante, comimos en silencio, pero en el rostro de Julián permaneció dibujada una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 14

CANDELA

Salí de la ducha del vestuario destinado al personal del hotel y me calcé un vestido fresco de algodón. Esa tarde había buceado con un contingente de clientes más expertos en Las piedras de Carlitos. El lugar, conocido por la claridad de sus aguas, nos permitió una inmersión de casi cuarenta metros. El detalle curioso se había presentado con el avistamiento de un mero de gran tamaño, de cuya boca sobresalía la cola de un tiburón joven, convertido en su cena, y que generó un sinfín de fotografías.

Me abotoné las sandalias y puse en orden las rastas, que caían sobre mi espalda. Al contemplarme en el espejo, vislumbré las ojeras, producto de mi falta de sueño.

Suspiré. Se me hacía muy difícil dormir por la noche. Quizás porque no tenía a nadie con quién hablar francamente de todo lo que me ocurría, en los últimos días la sensación de profunda soledad había regresado otra vez. También mi paranoia y mi constante nerviosismo. Mi cerebro no se detenía y me taladraba con miles de preguntas, a las que era incapaz de brindar una mísera respuesta. Por ende, mis alteradas emociones me pasaban factura.

Entrelacé las manos detrás de mi cuello. Los únicos momentos en los que no estaba pendiente de intrusos con malas intenciones eran los que disfrutaba junto con Marina y Miguel. A mi oficialmente declarada «amiga» la veía a la hora del almuerzo o en alguna que otra invitación a su casa, donde Miguel y

ella se desvivían por mí. Y lo agradecía en el alma.

Por su parte, Julián, desde el día en que hablamos en el bar, me llamó un par de veces para invitarme a comer, aunque me había rehusado. Lo había hecho con la mayor educación posible, pero en realidad no tenía resto como para lidiar con la feroz atracción que él despertaba en mí cada vez que lo tenía enfrente. Julián era un muchacho destinado a continuar con su vida de galán, además de atender sus viajes y negocios, y no necesitaba una chica como yo, con un pasado y presente complicados.

«Joder, a veces te pasas de dramática», me reproché.

Inhalé profundo y guardé con bastante rabia las cosas en el bolso. Me lo coloqué a la espalda y salí con destino al hostel. Los días sobresaturados de trabajo aún no me habían permitido tomarme el tiempo para visitar algunas viviendas y dar con mi hogar definitivo.

Apenas pisé la acera, alguien se detuvo delante de mí. Aprecié las piernas largas y musculosas, el corazón comenzó a palpitarme más fuerte y las mejillas me ardieron.

«Julián».

Al alzar la mirada, me topé con él.

—Hola, Candelaria.

Sonreí. Era imposible no hacerlo cuando su rostro desbordaba tanto entusiasmo.

—Julián, ¡qué sorpresa! ¿Vienes a ver a Marina?

Una amplia sonrisa se desplegó en su rostro.

—No. Vengo a por ti. He hablado con mi vecina, Dania, y desea conocerte. —Los ojos se me pusieron como dos lunas. La última vez que lo vi, creía haber sido lo suficientemente clara cuando le dije que me lo pensaría. Algo en mi expresión debió de prevenirlo, porque enseguida intentó explicarse—: Solo es una charla para ver si existe la posibilidad de que Dania pueda irse de su casa y dejártela a ti.

—Pero...

—Sin compromiso, Candelaria.

Me detuve un segundo. Debía dejar de asustarme y entender que lo que me ofrecía Julián era una buena oportunidad. No perdía nada.

—Vale —contesté.

Me tomó de la mano y me arrastró hacia su camioneta estacionada en el aparcamiento del hotel.

—Estoy seguro de que Dania te adorará —recalcó mientras me abría la puerta del vehículo. Julián era un caballero con todas las letras, y me fascinaba.

Rodeó el coche y, no bien se instaló en el asiento del conductor, me miró. Al hacerlo, mi estómago dio un vuelco.

—Gracias —susurré sincera.

Una humedad insidiosa se apoderó de mis ojos. Julián colocó la palma de una mano sobre mi mejilla y la garganta se me oprimió.

—Quiero verte sonreír más a menudo, Candelaria.

Para mi espanto, una lágrima se desbordó de mis pestañas. Con la esperanza de que Julián no hubiese alcanzado a detectarla, me apresuré a limpiarla, pero sus dedos fuertes me detuvieron al coger mi muñeca con cuidado. Tragué en seco al percibir su rostro a pocos centímetros del mío.

—Y no me detendré hasta conseguirlo —concluyó.

Todo mi mundo se detuvo y, por primera vez, fui consciente de que no estaba preparada para un hombre como Julián. Quizás nunca. Su sola presencia era como un tornado para mis emociones, y ni hablar de mis acciones. Para confirmar mi atroz descubrimiento, me encontré asintiendo como una boba.

Sus pupilas me escrutaron durante lo que me pareció una eternidad, y su aliento cálido se mezcló con el mío. Tenía que hacer algo o aquello significaría otro golpe muy bajo a mi corazón.

Me aparté con prudencia y, al hacerlo, el semblante de Julián cambió. Un sutil recelo había reemplazado su brillante luz. Se acomodó en el asiento y

puso el motor en marcha.

«Es lo mejor», intenté convencerme, pero los furiosos latidos que me golpeaban el pecho se oponían a la lógica basada en mis temores.

Entretanto recorriamos las calles bordeadas de palmeras, Julián asumió el papel de guía turístico.

—La casa de Dania y la mía quedan en la localidad de San Luis, a solo unos pocos kilómetros de aquí. —Y señaló la playa paralela a la vía que transitábamos—. Esa es Cocoplumbay, ubicada frente a Cayo Rocosó, también llamado Rocky Cay, a solo doscientos metros de la costa.

—La he admirado desde la camioneta del hotel cuando llevábamos los grupos a bucear y siempre me cuesta pronunciar su nombre.

—Ya te irás familiarizando con la isla. No es muy grande, solo veintiséis kilómetros cuadrados, pero existen muchísimos sitios cuyos nombres aprenderás a memorizar. Rocky Cay es una caminata que me encantaría hacer contigo.

—¿Caminata? —repetí confusa.

La risa de Julián me contagió.

—Ese cayo, a diferencia de los otros, posee suelos rocosos erosionados por el mar y, como el agua es poco profunda, se puede acceder andando.

—¿En serio?

—Sí. Puede llegar a la cintura, o un poco más si la persona es muy baja. El tono es de un verde azulado muy especial, y la arena es tan blanca que te deslumbrará. Además, se puede apreciar un barco encallado: el Nicodemus. Es un navío un poco lúgubre, pero las escasas palmeras del cayo otorgan al paisaje un toque más divertido.

—¡Cuántos secretos! —exclamé.

—Esa zona es ideal para hacer *snorkel*. Y los numerosos cardúmenes son muy curiosos. —El ruido del vehículo al frenar me desconcentró—. Llegamos.

Giré la cabeza. A través de los árboles, divisé una impactante residencia de tres pisos, que sobresalía por su arquitectura geométrica y la gran cantidad de

ventanales.

—Preciosa —murmuré anonadada.

Al bajarnos del coche, Julián apuntó hacia la vivienda señorial:

—Ahí vivo yo. —Después hizo lo propio con otra más pequeña ubicada a unos metros—. Y esa es la de Dania.

Me sorprendió la diferencia de tamaños, pero la casita de la vecina de Julián se destacaba por su apariencia acogedora. Al acercarnos, distinguí que era de tejado alto a dos aguas y con paredes tan blancas como la de Julián. En el centro, se extendía un hermoso balcón que daba al jardín, con columnas amarillas que hacían juego con el color de las paredes traseras. La baranda, de alrededor de un metro de altura, era de madera y le confería un aire rústico. Varios árboles de mango se repartían por el césped, entre pequeños canteros con arbustos repletos de flores rojas, violetas y anaranjadas. Una verdadera delicia para la vista.

Nos detuvimos frente a la entrada. Apenas Julián tocó el timbre, una mujer de aspecto jovial, cuya piel trigueña contrastaba con la cabellera gris, nos recibió muy contenta.

—¡Julián! —exclamó, y lo abrazó.

—Como te prometí, Dania, he traído a Candelaria.

La señora dirigió la mirada hacia mí, y la dulzura que se reflejaba en ella me llegó al alma.

—Hola, querida. —Me saludó con dos besos en las mejillas—. No sabes la alegría que experimenté cuando Julián me habló de ti.

—Gracias por su atención.

Dania rompió en una carcajada.

—Por Dios, puedes tutearme y llamarme por mi nombre. —Señaló la puerta abierta con la mano—. Pasa, por favor. Quiero mostrarte mi hogar, que ojalá se transforme en el tuyo.

No bien ingresamos, me enamoré de lo que vi.

El comedor, con pisos de baldosas blancas y grises, era de color beis. Un

sofá blanco de tres cuerpos se ubicaba al lado de un extenso ventanal. Este daba a un contrabalcón con vistas al mar, donde una hamaca colgaba a lo largo. Encima del sofá, descansaban tres pinturas rupestres de diferentes coloridos con motivos aborígenes de la isla y, a un costado, dos silloncitos de mimbre y almohadones del mismo color que la pared completaban la decoración.

Una mesa con sillas de madera tapizadas en blanco hizo volar mi imaginación. Fantasear con los desayunos que podría disfrutar antes de ir a mi trabajo me generó un enorme placer. Lo mismo la hamaca, en donde descansaría escuchando música y deleitándome con las aguas turquesas.

—La cocina es una monada, ¿no te parece?

Concordé con Dania. Era abierta, y las paredes, revestidas de las mismas baldosas del piso. Observé cada rincón y comprobé que estaba equipada con los aparatos eléctricos necesarios para una chica como yo, con poco tiempo para cocinar. Y me alegré por ello.

Al llegar al dormitorio, me embelesé con tres paneles empotrados encima del cabecero de la cama, pintados a mano en diferentes tonalidades de naranjas, amarillos y marrones.

—¿Te gusta? —me preguntó Julián expectante.

¡La adoraba! El problema era que el barrio era demasiado elegante, y no creía que el precio fuese acorde a lo que sería capaz de pagar.

—Es una belleza. —Detuve la vista en la de Dania, quien me observaba con regocijo—. Pero no estoy segura de poder afrontar un coste muy elevado.

Dania negó con la cabeza.

—Eres amiga de Julián, así que me conformo con que cubras los gastos de los servicios y me mantengas la casa impecable. Nada más.

Abrí los ojos como platos.

—¿Me lo repite, por favor?

Dania y Julián estallaron en una sonora carcajada.

—Lo que escuchaste es correcto, Candelaria —confirmó Julián—. Los

turistas no siempre son los que mejor cuidan de una vivienda alquilada. Entonces, Dania prefirió confiar en mí y entregártela a ti para que te hagas cargo hasta que decida qué hacer con ella.

—Lo cual no será hasta dentro de un largo tiempo —se apresuró a agregar la mujer—. Primero mi novio, Mike, y yo deseamos viajar y conocer muchos países. Después pensaremos en la casa. ¿Estás de acuerdo?

Me quedé atónita, porque lo que Dania solicitaba equivalía al pago de la mitad de un alquiler en un barrio muchísimo más modesto. Cerré los ojos y me llené de dicha.

—Trato hecho, entonces —contesté.

Dania se acercó y me dio un abrazo. Al apartarse, lanzó un grupo de llaves hacia mí.

—Toma.

—Pero...

—Pasado mañana podrás mudarte.

Miré a Julián con los ojos llenos de lágrimas y él me devolvió el gesto con una enorme sonrisa. Estaba feliz por mí. Lo sabía.

Mientras algunas gotitas saladas se derramaban por mis mejillas, aproveché para mover los labios y, sin emitir un sonido, envié a Julián el mensaje que reflejaba la enorme felicidad que sentía:

«Gracias».

Capítulo 15

JULIÁN

—¿Qué te parece?

Ante mi pregunta, el rostro de Candelaria se iluminó como un árbol de Navidad. Y solo por eso, el dolor en la espalda y en los brazos me importaba una mierda.

Me había tomado el día libre en el hospital para ayudarla a mudarse, pero primero había debido trasladar las pertenencias de Dania a su nuevo hogar.

Cuando Candelaria y ella se pusieron de acuerdo con el alquiler, mi alegría había sido tal que me había ofrecido como voluntario para llevar a cabo la mudanza. La situación económica de Dania no era mala, pero tampoco demasiado fluida, por lo que me pareció de buen vecino y amigo ahorrarle ese pago. Lo que no imaginé fue la cantidad de cosas que Dania había empacado, máxime cuando dejaba la casa amueblada por completo. Pero mi amiga tenía muchísimas cosas, entre ropa, adornos y libros, que debían de ser lo suficientemente importantes como para desearlas en la casa de su novio.

Por su parte, Candelaria, con solo una pequeña maleta en la mano, al toparse con la montaña de armatostes empacados, se apiadó de mí y se sumó a la cruzada de ir y venir en mi camioneta para ayudarme.

Lo gracioso fue que, en cuanto terminamos, me pidió permiso para traer a Nubis a la casita.

—*¿En serio? —le pregunté.*

—*Claro. Él merece formar parte de este día.*

Y antes de que pudiese responder, se dirigió en busca de mi perro. Nubis, feliz de la vida y después de olfatear la casa y los muebles removidos, se echó a dormir en el balcón.

—Bellísimo, Julián.

La respuesta de Candelaria me regresó al presente. Al contemplar las comisuras de su boca alzarse en una ancha sonrisa, supe que había recibido el mejor regalo.

Una muchacha tan dulce y especial como ella merecía disfrutar de su nueva morada gozando de las delicias del lugar que la había recibido con los brazos abiertos. Y para eso, unos cuarenta minutos atrás, mientras Dania y Candelaria charlaban sobre el origen de los cuadros que colgaban encima del sofá, aproveché para encargar comida a un restaurante cuya especialidad eran platos típicos de San Andrés y, también, para preparar la mesa.

Me esmeré en poner la mejor vajilla que descubrí en uno de los muebles del comedor y coloqué, en el centro del mantel, un jarrón de cristal con flores de diferentes colores y tamaños que corté del jardín.

—Ese es mi muchacho —dijo Dania a Candelaria con orgullo, en tanto me señalaba con la mano.

—Muchísimas gracias, Julián. De verdad.

Por el tono ronco de la voz de Candelaria, me di cuenta de que se había emocionado. Me acerqué a ella sin apartar los ojos de los suyos. Su permanente expresión melancólica, los transformaban en un arma de fuego contra mí. Me desnudaban el alma a tal punto que olvidaba cómo comportarme. Contuve el aliento. No permitiría que nada ni nadie se interpusiese en mi camino, porque solo quería estar cerca de ella.

Al detenerme a su lado, alcé la mano y coloqué un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Bienvenida a San Andrés, Candelaria —murmuré, y arrastré la mano

hacia su mejilla, que ardía.

No sé durante cuánto tiempo nos quedamos observándonos, pero una tos seca que parecía evitar una carcajada cortó el hechizo.

—¡Chicos! No sé ustedes, pero yo me muero de hambre.

Haciendo un esfuerzo, giré el rostro hacia el de Dania, que sonreía de oreja a oreja.

Asentí y me obligué a hablar:

—Queridas y maravillosas damas, disfrutemos de la cena.

Mis palabras fueron el preámbulo a una noche mágica repleta de brindis por las nuevas circunstancias que repercutían en todos.

Y yo...

«¡Dios!». Apenas si alcanzaba a respirar con Candelaria sentada a mi lado. Era algo por completo desconocido para mí y me costaba reconocerme. Mi corazón jamás había palpitado de forma tan desorbitada por nadie, y me enojaba. Yo no estaba dispuesto a permanecer al lado de ninguna mujer, y Candelaria necesitaba un hombre que le diese estabilidad y seguridad. Entonces... ¿por qué diablos, en vez de apartarme de ella, anhelaba tenerla cerca? ¡Y la había convertido en mi vecina!

Sin ninguna duda, era un verdadero hijo de puta.

«¿Qué vas a hacer ahora, Julián?».

El sonido del timbre interrumpió mis jodidos pensamientos. Candelaria se levantó y, al verla caminar con su porte tan femenino, me removí en la silla. Sus caderas se balanceaban de un lado a otro, de forma tan sensual como las de una leona, e hiperventilé. No sabía si ella era consciente de sus atributos, pero yo empecé a sudar y mi entrepierna me dolió.

La mano de Dania sobre la mía desvió mi atención.

—Esa chica es una monada —murmuró en un volumen de voz que solo yo pude escuchar—. Y por lo que puedo apreciar, no soy la única que opina lo mismo.

A Dios gracias no hizo falta que contestase, porque unas voces divertidas

me rescataron del crucial momento.

—¡Julián! ¡Dania! —exclamó Marina. Miguel, a su lado, llevaba una botella de *champagne* en cada mano—. ¿Cómo no íbamos a venir? —prosiguió, y miró a Candelaria con una sonrisa deslumbrante.

Esta la imitó y, al hacerlo, me quedé mudo. El brillo de su mirada y de su boca era tan fascinante que me embelesó. No encontraba las palabras para explicar aquello que ascendía por mi espalda. Impotente, sacudí la cabeza de un lado a otro.

Era injusto. Me encontraba babeando por una mocosa como si fuese un adolescente. Bueno, tampoco es que fuese un viejo, pero siete años era una diferencia importante, y nos encontrábamos en dos plataformas de existencia separadas por expectativas y sueños muy distintos. Aunque... ¿qué mierda sabía yo de los sueños de Candelaria? Para ser sincero, ella no se había explayado demasiado porque, estaba seguro, escondía varios secretos. Y me moría por descubrirlos, aun cuando el riesgo era elevado.

Si llegaba a meterme en su vida, podía quedar pegado como una estampilla a un sobre, y eso era impensable. Salvo mi profesión y mi familia, el resto era pasajero.

En ese segundo, los ojos de Candelaria se detuvieron en los míos.

Y caí al vacío otra vez.

Capítulo 16

CANDELA

— ¡Arriba, abajo, al centro y pa'dentro!

Miguel, Marina, Julián y yo bebimos de un solo trago un chupito cada uno y estallamos en carcajadas. No sabía cuántas veces habíamos repetido el brindis, pero me quedaba el consuelo de que lo habíamos comenzado cuando el novio de Dania la recogió en su coche y se marcharon felices.

La bebida la había hecho Miguel, y se basaba en vodka y pimienta turca. Al tragar el último, una leve regurgitada me supo a ácido y me indicó que debía detener la ingesta de alcohol.

—No puedo más —avisé.

Unos gritos de desacuerdo se sumaron a las risas y sacudí la cabeza. Todo a mi alrededor comenzó a girar y no pude evitar las arcadas.

«Qué asquerosidad», pensé.

Por el rabillo del ojo, advertí la figura de Julián levantarse y extenderse en su más de metro noventa de estatura. Alcé la barbilla pero, borracha como estaba, supe enseguida que me sería imposible aguantar en esa posición durante mucho tiempo.

—¿Puedesssss sentarte de nuevo... ¡hic!/? —preguntó Miguel, quien desde hacía un buen rato arrastraba las «s» e intentaba que se le pasase el hipo. Le agradecí mentalmente la petición, porque, de otro modo, tendría que emitir las mismas palabras y no estaba segura de ser capaz.

—Voy a poner... un poco de música.

Parpadeé. Al menos Julián no arrastraba tanto las palabras como Miguel. Miré por encima de mi hombro y busqué la silueta grácil de mi amiga.

—¿Dónde... —respiré hondo deseando que la voz me saliese lo menos nasal posible— está Marina?

Miguel trató de enfocar la vista, pero en cambio, se desplomó hacia adelante y terminó con la mejilla apoyada sobre la mesa.

—Creo que... ¡hic! ¡Mierrrrrda! Este hipo... me... tiene de loss huevoss.

—¿Decías? —insistí.

—Digo que... Mariiina... tiene la cara enterrada en... ¡hic!... mis pelotas.

Bajé la mirada y, en efecto, la cabellera de Marina se enredaba entre los pantalones de Miguel.

—¡Por Dios! —Tosí—. Muévela un poco... para que pueda... respirar.

—La señorita tiene razón.

La voz de Julián me produjo taquicardia y, al contemplarlo, me quedé con los labios entreabiertos. Ese chico estaba como un tren. El cuerpo era enorme y tan marcado que me pregunté cómo se percibiría la textura de su piel y de sus músculos bajo las yemas de mis dedos.

Tragué varias veces. La baba iba a chorrear de mi boca en cualquier momento y me moriría del espanto si daba un espectáculo tan bochornoso.

—Creo... que mejor me voy a dormir.

El semblante de Julián se transformó.

—Miguel —llamó a su amigo sin desviar la vista de mí. De un movimiento, extrajo del bolsillo del pantalón una especie de tarjeta de crédito y se la entregó—. Marina y tú necesitan dormir. Regresen a mi casa y dispongan de la habitación para invitados. Aquí está la llave. —«¿Eso es una llave?», me repetí asombrada. «¡Joder!»—. Y por favor, llévate a Nubis contigo.

Miguel asintió. Intentó levantarse, pero, al hacerlo, un ruido seco retumbó en el piso.

—¡Dios... mío! ¡Mari...na! —tartamudeé otra vez, y me juré por lo más

sagrado que no me emborracharía nunca más de esa forma.

Al darse cuenta de a quién había derribado, Miguel emitió un quejido de angustia, que se escuchó por toda la habitación.

—¡Auch! —se quejó su novia.

Julián se apresuró a ayudarla a incorporarse, porque, por más que Miguel procuraba hacerlo, terminaba despatarrado en la silla.

—Perdddddón, tessssoro —suplicó Miguel sin dejar de gimotear.

Marina, parada al lado de Julián, comenzó a mover el torso de un lado a otro en busca de equilibrio a la vez que se sujetaba la cabeza. Pegué un pequeño grito de advertencia, temerosa de que volviese a caer, pero las manos de Julián la aferraron de los brazos.

—¡Nubis!

La voz gruesa y ronca de Julián me confirmó que no estaba tan ebrio como nosotros. Y su efecto fue automático. Nubis se acercó de prisa y, sentándose sobre los cuartos traseros, miró a su dueño como si esperase instrucciones.

—Quiero... un perrrr... rro —murmuré.

Nubis y su lealtad me enamoraban. Julián sonrió, pero enseguida ordenó a su mascota:

—Cuida de ellos.

Me eché un poco para atrás, impactada. ¿Acaso el médico esperaba que su animalito entendiese lo que le había solicitado? Para mi asombro, Nubis se puso a la par de Miguel y Marina y caminó junto a ellos hacia la salida.

«Mierda», me dije.

Mi vecino se quedó parado, observando la marcha de nuestros amigos durante un instante, hasta que se giró y cerró la puerta con traba. ¿Pensaba quedarse a dormir aquí? Debía de estar rematadamente loco.

Antes de poder ordenar mis pensamientos y expulsarlos por la boca, se oyó a través de las ventanas abiertas el chillido ahogado de Marina entre los ladridos de Nubis. Y a continuación, la voz de Miguel:

—¡Laaa tengo! ¡Noo sefff preocupen!

La risa de Julián atrajo mi atención. Me estudiaba con ferocidad, y me derretí. Literal. Pero también me sentí acechada, por lo que di un paso hacia atrás.

Julián avanzó.

—Creo que...

—Sh —susurró. ¿En qué momento habíamos empezado a jugar al gato y al ratón? Levanté la mano como para mantener la distancia entre ambos, pero Julián me aferró la muñeca con los dedos y la acercó a su pecho—. No quiero que desaparezcas.

Tenía su rostro tan cerca del mío que respirábamos el mismo aire. En tanto me comía con los ojos, un calor ascendió por mi espalda y me obligó a soltarme y dar otro paso hacia atrás. Esa vez, choqué contra la pared y supe que había quedado atrapada. Inhalé hondo. Como me imaginaba, Julián no se detuvo y acorraló mi cuerpo con el suyo. Su respiración contra mi oreja me trajo a la realidad: estaba metida en una verdadera locura.

El pánico me invadió y me estremecí. «¿Quizás debería darle un buen puñetazo?». Antes de responderme a mí misma, Julián enmarcó con extrema dulzura mis mejillas con las manos y se acercó. Me contemplaba como si anhelase imprimir mis facciones en su memoria y, en ese segundo, supe que me tenía a su merced. Hipnotizada. Fascinada. Y rematadamente loca.

Se inclinó hacia mí. Si yo no hacía algo, mi perdición estaría garantizada.

—Julián, yo...

—No hables —ordenó suplicante.

Cuando iba a reaccionar, se escucharon dos golpes a la puerta.

—¡Ju...lián! —exclamó Miguel con la voz gangosa por detrás de la madera.

Las facciones de Julián se volvieron pétreas.

—¿QUÉ?

—Mientraaaff intentaba abrifff tu maldiiiita casa, Nubis me ha meado los zzzzapatos.

—¡Un verdaderoo azco! —Esa era Marina, todavía muy achispada.

—Y ze meee cayó la tarrjeta en algún lugar, pero no la encuentrro. ¿Quieref salir... y ayudarme?

Me esforcé por separarme, pero Julián me tenía atrapada contra la pared y no se movía. Apoyó las manos a cada lado de mi rostro y acercó sus labios a los míos.

—Candelaria...

Al oír mi nombre en un murmullo y percibir el calor que emanaba del cuerpo enorme pegado al mío, como dos papeles mojados, algo dentro de mí se sacudió. Julián podría besarme y yo...

—¡Juliánmmn! —El grito de Miguel interrumpió la dirección de mis pensamientos.

Las fosas nasales de mi verdugo se dilataron y el pecho se le hinchó como un fuelle. Bajó la mirada a mis labios y la mantuvo ahí por un buen rato, hasta que, con un suspiro de resignación, apartó el cuerpo con cautela.

—Ya voy —contestó elevando un poco la voz, sin dejar de escrutarme—. Me marcho, pero, por favor, no escapes más.

Tragué en seco.

—Lo mejor sería que...

—Buenas noches, Candelaria.

Sin dejarme culminar la frase, Julián se giró y, mientras desaparecía a través de la puerta, el corazón se me estrujó. Y una pregunta me martilló la cabeza:

«¿Cómo diablos saldrás de esta, Candela?».

Capítulo 17

CANDELA

Con Marina a mi lado, sorbí un trago de mi jugo de piña en la playa Cocoplumbay.

Después de haber desayunado los cuatro juntos en mi casa, habíamos partido, junto con Nubis, en la camioneta de Julián, con un montón de bártulos y comida para pasar el día, incluida una majestuosa lancha adosada a la parte posterior y dos paracaídas en su interior.

Apenas arribamos, Miguel y Julián se dedicaron a la lancha, con la que pensaban practicar *parasailing*, y, ante mi asombro, insistieron en que Nubis se quedase con ellos. Marina y yo, después de declinar la amable invitación, nos acomodamos en unas tumbonas al lado del agua para disfrutar del sol.

Y en esa estábamos cuando un extraño, cuyo semblante apenas pude distinguir cegada por la luz, me entregó en la mano mi móvil, que, por lo visto y en un descuido, se me había caído en la arena. Ante mi agradecimiento, el hombre inclinó apenas la cabeza y se retiró sin pronunciar una palabra.

Volví a beber de mi jugo.

—¡Ahí vienen! —avisó Marina señalando a la distancia con el dedo índice.

Giré el rostro. Con Miguel al volante y Nubis sentado en el asiento del copiloto, la lancha se acercaba a toda velocidad, remolcando un paracaídas de múltiples colores con Julián sujeto a él.

La carcajada de Marina me contagió.

—¡Se complementan tan bien esos tres!

Asentí, por completo de acuerdo. A Julián y a Miguel les gustaba el vértigo y los desafíos, tal como sus vidas reflejaban, y Nubis era el compañero perfecto para sus andanzas. En ese segundo, descubrí que Julián, a unos noventa metros de altura, aferraba con la mano un soporte para *selfies*, seguramente con la intención de tomar fotografías del sublime paisaje desplegado ante él.

—Miguel y Julián son tal para cual. Cuco y Caco.

—¿Qué? —pregunté a Marina, confundida por sus palabras.

—Mi madre denominaba así a dos personas que se parecían mucho. Sonaba divertido y, cada vez que salía de su boca, mi padre y yo nos desternillábamos de la risa.

Temí que regresase la nostalgia al recordar a mis padres, pero me repuse enseguida. Disfrutaría de ese día, tal como me había prometido.

—Cuéntame más sobre lo que está pasando entre Julián y tú. —La expresión de mi cara debió de ser muy elocuente, porque Marina se apresuró a agregar —: Por favor, amiga, no te cierres.

Me encogí de hombros.

—Te juro que nada, Marina. Solo somos amigos.

—Te come con la mirada, Cande. Y cuando él está distraído, tú no te quedas atrás. —Las mejillas me ardieron y no por el sol—. El desayuno fue muy revelador y confirmó mis sospechas.

Respiré profundo al recordar lo ocurrido en mi casa:

Dormía a pierna suelta hasta que el sonido del timbre, que todavía me era desconocido, me despertó. A causa de la terrible borrachera de la noche anterior y el insomnio en el que había caído después de que Julián se hubiese despedido de mí, había logrado descansar, como mucho, un par de horas.

Con la cabeza, que me daba vueltas, y con una acidez en el estómago, que me pedía a gritos un buen desayuno con leche, pan y huevos, me levanté a

tientas. Al llegar a la puerta y mirarme en el espejo del recibidor, sentí ganas de gritar. Tenía los ojos hinchados y la boca seca; una palidez mortal y mis rastas... espantosas. Ninguna caía de la manera en que tenía que hacerlo; es más, estaba convencida de que si dos pollitos hubiesen saltado sobre mi cabeza, estos no habrían dudado en confundir semejante maraña con su nido.

Chequeé la camiseta desteñida que usaba para dormir. La imagen de una chica muy sensual se difuminaba en una leyenda escrita: «Si te muerdo... serás tú quien me pague los implantes». Y me pareció terrible.

El timbre volvió a romperme los tímpanos y me mareó.

—Ya voy —dije con voz ronca.

Resignada a mi suerte, abrí. Ante mí, Miguel, Marina y Julián, con unas bolsas en las manos, me observaban sonrientes. Y salvo Julián, los otros dos no tenían un aspecto mucho mejor que el mío, lo cual era un consuelo.

Clavé la vista en el piso porque Julián, a pesar de mi aspecto, seguía empeñado en escudriñarme como la ocasión anterior, y no le daría el gusto. Ya demasiada tortura había padecido al intentar olvidarlo, lo cual fue posible cuando caí en los brazos de Morfeo a la madrugada.

—Buen día, cariño —exclamó Marina, y me dio dos besos en las mejillas—. Te traemos el desayuno.

Me refregué la cara con las manos y los invité a entrar.

—Muchas gracias. —Aclaré mi garganta para que mi voz no sonara a lija—. Pónganse cómodos, que me voy a dar una ducha.

Cuando me retiraba, Julián elevó un poco la voz para que lo oyese:

—Como me temía. Recién despierta, también eres encantadora.

Me volví y me sonrió. ¿Estaba loco? Nunca me había sentido más espantapájaros que en ese instante.

—Algo debió de caerte mal anoche. —Y me dirigí al cuarto de baño. La carcajada de él me acompañó durante todo el trayecto, pero antes de desaparecer por detrás de la puerta, solicité—: Por favor, ¿pueden traer a

Nubis?

—A la orden —contestó Julián.

Después de bañarme, y ya bastante despejada, me puse un vestido fresco que me realzaba las curvas. Lo último que deseaba era atraer más la atención de Julián, pero tampoco podía hacer mucho para ocultar lo que la naturaleza me había otorgado con tanta generosidad.

Al salir de la habitación, escuché que alguien contenía la respiración. Y supe de quién se trataba. El azul de los iris de Julián, como el de una tormenta de verano, se volvió más profundo, y no ayudó que los entrecerrara, porque se volvieron tan felinos que me sentí como un ciervo a punto de ser cazado.

—Estás preciosa.

Su voz me subyugó por completo, pero, por suerte, Nubis salió a mi rescate. Se acercó a mí para saludarme y se refregó contra mi cuerpo como un osito de peluche. Adoraba a ese maldito. Era tan encantador y dulce que se me había metido dentro de la piel.

«Como el dueño».

Al escuchar mi voz interior, sacudí la cabeza. No podía ser tan tonta. Ese camino no estaba listo para ser transitado por mi alma. Aún no. Menos con un tipo como Julián. Él era... simplemente demasiado bueno para ser real. Y yo estaba rota. Quizás sin posibilidad de reconstruirme jamás.

—Lávate las manos y siéntate, cielo —dijo Marina, que, junto con Miguel, exprimían unas frutas. Mi amiga se había puesto en plan maternal y me resultó divertido.

—Bueno, mamá.

Pero antes de hacerlo, acaricié un poco más el suave pelaje de Nubis y lo tomé de los cachetes para detenerme en su semblante precioso, que destilaba confianza y lealtad. Sonriendo, me aproximé y mi fiel amigo me embadurnó la nariz y la boca con varios lametazos.

—Candelaria, deja a ese traidor que me meó los zapatos anoche y vente

con nosotros.

Rompí en una pequeña carcajada ante el comentario de Miguel. Me lavé las manos en la cocina y me senté a la mesa, donde abundaban huevos estrellados, rebanadas de pan integral, leche y dos jarras de vidrio con jugo de frutas natural. No bien lo hice, Julián me sirvió café con leche y un poco de jugo, como a mí me gustaba. Al agradecerle, sonrió de forma tan amplia que todo a mi alrededor se detuvo. Nos quedamos inmersos en uno y otro, como si el mundo alrededor hubiese desaparecido. Y no fui consciente de nada más.

Hasta ese momento, en que la voz de Marina me regresó al presente:

—¿Dónde estás?

La miré y contraje la boca.

—No me jodas, Marina.

Río de nuevo. Cuando lo hacía, era difícil no imitarla.

—Es que Julián te gusta y no lo quieres admitir.

Fruncí el ceño.

—Mira, tampoco es que niegue que está como un tren de carga y todos los vagones que quieras sumarle, pero de ahí a que me interese en otro aspecto... Está muy lejos de mis posibilidades.

—No entiendo.

—Creo que es muy evidente. —Los ojos de Marina destellaron confusión, y me di cuenta de que debía ser más clara—. A ver. Julián es el ideal de cualquier mujer. Entonces, ¿por qué voy a mentirte y decirte que no me atrae? ¿Qué chica osaría hacerlo? Pero...

—Y aquí surge tu despliegue de sabiduría —ironizó Marina.

Sacudí la cabeza.

—No estoy lista para nada que tenga que ver con Julián, salvo gozar de su amistad.

Mi amiga se incorporó.

—Pero está interesado en ti, Candelaria.

Negué con énfasis.

—Soy su nueva atracción. Además, ¿qué puedo hacer yo? ¿Tener un montón de sexo con él?

—Esa sería una de las alternativas. Y no estaría nada mal.

—No puedo. No me sale. Nunca fui así. Y Julián me dejó muy claro que no tendrá nada estable con ninguna mujer en mucho tiempo. O algo así.

—Quizás tú tampoco necesites estabilidad en este momento, Cande. Pero sí a alguien que te haga sentir valorada.

Me revolví en el asiento.

—¿Y crees que tener una aventura me ayudaría?

—¿Por qué no?

Moví la cabeza de un lado a otro.

—Sería lanzarme de cabeza a un juego demasiado peligroso. Y en vez de sentirme valorada, como tú dices, terminaría destrozada. —Inspiré muy profundo ante esa posibilidad y supe que no podría reponerme a algo así—. No quiero sufrir más.

Ante la seriedad de mi voz, Marina me tomó de las manos y me las apretó con calidez.

—Entonces quiero pedirte algo.

—¿Qué? —susurré.

—Cuéntame de tu exnovio, Candelaria. Sería un avance. Llevas su recuerdo tan aferrado a ti que no te permite continuar con tu vida.

—Hay mucho que no sabes y que pondría en peligro...

Me detuve, apabullada. No debía revelar nada más.

—¿Qué?

—No me hagas caso.

—Entonces dime algo de ese chico. Ni siquiera sé su nombre.

Inhalé con frustración, porque sabía que Marina tenía razón. Y dentro de mí admití que necesitaba explicarle algunas cosas; después de todo, ella era una de las responsables de que mi vida comenzara a ser mejor.

—Sebastián. Sebastián Araujo.

—¿Estaban enamorados?

Los ojos se me humedecieron.

—Yo, locamente.

—¿Y él?

Me mordí el labio inferior.

—Hay dos caras de Sebastián. Las descubrí ante las circunstancias que provocaron mi arribo a la isla.

»Por un lado, tenemos al Sebastián que me enamoró de entrada. Si tuviese que darte una respuesta basada en ese chico al que disfruté y adoré, te diría que sí, que me amaba tanto o más que yo a él. Pero es la única imagen que tengo de Sebastián, ¿te das cuenta? —Marina asintió con los ojos cuajados de lágrimas. Ella captaba mi terrible desazón—. Jamás sospeché que existiese otro costado de él que pudiese herirme. No percibí ninguna señal, Marina. Ninguna. Sebastián vivía preocupado por mí. Me mimaba como a una princesa y su mundo era yo. O era lo que creía. Porque aquí surge el otro Sebastián.

Me detuve con un nudo en la garganta y respiré muy hondo para proseguir:

—Una noche, ocurrió el maldito y trágico episodio que no sé cómo olvidaré. —Mis lágrimas cayeron sin control y Marina me acompañó sin soltarme las manos—. Mientras Sebastián y yo dormíamos, la policía allanó nuestro apartamento exigiendo a gritos conocer el paradero de mi novio. Al principio no comprendí lo que eso significaba, pero cuando me despabilé, me enfrenté a una realidad que nunca seré capaz de comprender. Nunca, Marina. Porque Sebastián, simplemente, había desaparecido.

Sollozamos por lo bajo, tratando de que nadie se diese cuenta. Hasta que, en un murmullo muy bajo, Marina me preguntó:

—¿Pero cómo es posible?

—Los hombres revisaron todo, incluso debajo de los pisos y detrás de las paredes.

—¿No encontraste alguna nota de él?

Sacudí la cabeza de un lado a otro y bajé los hombros, derrotada.

—Dos agentes me llevaron detenida, en tanto el resto del equipo seguía dando vueltas al apartamento. Si existió algún mensaje de Sebastián, no me enteré.

El suspiro de Marina me conmovió.

—¿Crees... que está muerto, Cande?

Me reí en medio de mi estremecimiento.

—No lo sé.

—Pero...

Algo en mi interior comenzó a resquebrajarse y me obligué a parar.

—Por favor, no más.

Mi amiga asintió con énfasis a la vez que se enjugaba las lágrimas con los dedos.

—Perdón, Cande. Perdón. —Se levantó de la reposera y me abrazó con fuerza—. Te prometo que te cuidaremos.

Al apartarse un poco, me miró con una sonrisa tan dulce que mi corazón palpité de nuevo.

—Seamos amigas. Es lo único que te pido.

—¡Pero es que ya lo somos! —exclamó con la nariz moqueando.

Mi sonrisa alcanzó mis ojos.

—Solo quería estar segura. Porque para mí también es así.

Las cejas de Marina se arquearon y su voz sonó más ronca de lo habitual:

—Cande, Julián es un buen chico. Sé lo que te preocupa y entiendo que él pueda generar inseguridades. Pero si te ha elegido, te ruego que no lo deseches. Es muy bueno, y me consta que Miguel lo adora. No sabes lo que sufrió cuando Julián se fue a estudiar a Cambridge. Encima, parecía decidido a quedarse, hasta que, gracias a Dios, su padre le rogó que regresara. Miguel agradece todas las mañanas a una virgen en la que cree por haber recuperado a su gran amigo.

—No dudo de los valores y de la bondad que alberga, Marina. Pero es

bastante donjuán y, en ese terreno, no voy a meterme. Por eso quiero disfrutar de su amistad.

La cabellera de Marina apenas se sacudió al asentir con la cabeza.

—Igual déjame decirte que hasta el mismo Miguel está asombrado por cómo Julián se comporta contigo. Me asegura que nunca lo ha visto de esa forma con una chica. Ustedes apenas se conocen, pero tú sabes que el corazón, cuando palpita por alguien de verdad, pocas veces se equivoca. Entonces, no descarto que nuestro amigo, por primera vez en su vida, se esté enfrentando al hecho de que exista una mujer que le importe. Y quizás esa mujer seas tú.

Capítulo 18

CANDELA

Sentados en el sofá de mi nueva casita, Julián y yo disfrutábamos de unos chocolates que él me había traído de regalo.

—¿Tengo alguna posibilidad, Candelaria?

Lo miré confundida.

—¿A qué te refieres?

—A ti. A nosotros.

Respiré profundo. El cazador Davis había regresado. Me sentía un poco apabullada porque, desde la charla de hacía unos días con Marina, mi vaivén emocional se había debilitado de forma alarmante, y como Julián me enlazaba con anhelos imposibles, su pregunta amenazaba con sacarme de mis casillas. No me gustaban los conflictos verbales, pero esa vez la sangre podía llegar a punto de hervor, y yo explotaría como un volcán.

—Escucha, Julián. Voy a ser muy clara contigo. —Se acomodó en la silla, pero sus músculos en tensión no me pasaron desapercibidos—. Lo que buscas en mí está muerto. De verdad. No quiero que nadie, ni siquiera tú, ahonde en lugares prohibidos. Como te dije hace poco más de una semana, si me ves como tu nuevo entretenimiento, por favor, olvídale. No soy una chica a la que le guste follarse a un chico al que apenas conoce. —Joder, ni yo me reconocía por la manera en que mis palabras fluían. Mi lengua parecía conectada a una pila Duracell. ¿Desde cuándo me había convertido en uno de esos conejitos?

—. Así que la respuesta a tu pregunta es y será siempre «no». Adoro el sexo, pero dentro de una relación. ¿Que soy como la insufrible Susanita de las historias de *Mafalda*? ¡Pues sí! Y a mucha honra.

—Candelaria...

—No me interrumpas. —Respiré hondo—. Todos en esta isla, ¡hasta mis clientes!, están empecinados con que encuentre a alguien para divertirme, porque tengo veintitrés años y, según ellos, debería estar pasándomela genial. Pero ¿sabes qué? La experiencia de la que vengo me dejó destruida. Sí, así como lo escuchas. DES-TRUI-DA. Y no permitiré que me tildes de dramática, porque las heridas que me quedaron son jodidas de cerrar. —Sacudí la cabeza de un lado a otro—. Quizás nunca lo hagan. Entonces, ¿qué bicho te ha picado para estar empecinado en una chica como yo?

—Candelaria...

Pero aún no había culminado.

—Si me has visto cara de estúpida, entonces puedes irte por donde viniste. No me apetece tener a ningún varón a la redonda con ganas de comerme como si fuese un postre. Por lo tanto, confórmate con mi amistad. No hay lugar para más. «Basta», «finito», «*stop*», pon las palabras que más te gusten. —Me señalé a mí misma con el dedo—. Este envase vacío está intentando llenarse con algo de amor a pesar de los agujeros que lo atraviesan. Tarea titánica, ¿no? Entonces...

—¡Candelaria!

—¿QUÉ?

Con un brillo salvaje en la mirada, Julián se abalanzó sobre mí y atacó mis labios como si fuesen la única fuente de alimento en el universo.

Agrandé los ojos e intenté resistirme un poco, pero Julián no me lo permitió. Aferrándose la cara con las manos, profundizó el beso y me acosó hasta lograr que abriese la boca para hacer de la suya mi morada.

Rodeé sus muñecas con las manos en un pobre intento de que me soltase, pero el huracán Davis ya me había elegido y descargaba toda su furia contra

mí. Para mi perdición, gemí de gusto. Cuando Julián escuchó ese sonido, se prendió fuego.

Me besó como un poseído, o un muerto de hambre, o un alienígena. No sé, pero de lo que estaba segura era de que si no hacía algo pronto, caería subyugada a su poder. En un último intento de sensatez, lo tomé de los cabellos y tiré de ellos con fuerza hacia atrás, pero, con un ágil movimiento de la cabeza, Julián logró desprenderse. Sin perder tiempo, se puso de pie y me llevó con él. Y lo que siguió fue mi acabose.

Se agachó, y envolviendo mi cintura con los brazos, me levantó y me incrustó contra la pared. Algo similar a lo que había sucedido la noche de la borrachera, pero esta vez con su boca cubriendo la mía y gruñendo como un desesperado.

Furiosa conmigo misma, me dije que tendría que gritarle o patearle, pero sus labios eran increíbles. Y el abrazo descomunal. De esos que llevaba necesitando desde hacía tiempo.

—No resisto más —susurró, y me volvió a besar. Profundo y con una ternura atroz.

El pecho esculpido presionó mis senos, y mis barreras se resquebrajaron.

Como si hubiese captado mi debilidad, Julián atacó con la lengua cada rincón de mi interior. El perfume a pino llenó mis fosas nasales y creí morir. Pero antes de hacerlo, decidí disfrutar. Era humana, después de todo.

Enterré los dedos en la cabellera sedosa, y Julián empujó mi rostro hacia delante para fusionar nuestros labios en una alquimia de estrellas. O de infinidad de galaxias.

El sonido de nuestras respiraciones descontroladas me pareció el más bello. Y me sumí en su magia. No sé durante cuánto tiempo nos besamos, quizás una eternidad, pero ya no podía detenerme. Hacía tiempo que no me sentía viva y si la única droga posible para seguir estándolo eran esos besos, entonces no los evitaría. Me pertenecían, aunque solo fuese por un instante.

Expulsé el aire cuando caí despatarrada en el sofá y el cuerpo masculino

cubrió el mío. Sus manos me exploraron por todas partes, y donde la boca encontraba un rastro de mi piel, la besaba con ardor. Me encendí como una bengala.

«Clic».

Al oír el ruido del broche de mi sujetador, la hipnosis se rompió en millones de fragmentos.

Y dije lo último que quería escuchar:

—Detente, por favor.

—Déjame sentirte, Cande —murmuró.

—No puedo.

Se apartó un poco y, con una ternura que jamás había visto en un chico, me acarició la mejilla. Recorrió mi rostro con la mirada cargada de preguntas, pero se mantuvo en silencio. Seguía acostado sobre mí, pero no me ahogaba. Con los dedos, apartó mi cabellera a los costados y acomodó un mechón rebelde de pelo por detrás de mi oreja.

—Eres tan hermosa.

—No quiero...

—Sh —me interrumpió, y acercó el rostro—. He sido precipitado y me enoja porque sé que necesitas tiempo.

—Entonces deja de actuar como si yo fuese un trofeo de caza.

No le gustó un carajo lo que dije, pero no tenía más defensa que las palabras. Porque mi cuerpo acababa de demostrar que era un traidor.

Capítulo 19

JULIÁN

Fruncí el ceño, bastante molesto. ¿Estaba loca esta mujer? Ella no era un trofeo de caza, sino el mismísimo cielo.

—¡Por Dios! No soy ningún acosador.

Me empujó el pecho y, si bien al principio tuve ganas de impedirselo, porque odiaba alejarme de su calidez, al final me aparté y le permití incorporarse. Se acomodó de inmediato la ropa.

—Ya no sé cómo explicarte las cosas, Julián.

Su desazón me desarmó y me di cuenta de que debía intentar razonar con ella de otra forma.

—Mira, Candelaria, no he sido un ejemplo de estabilidad con una mujer, pero tampoco quiero negar lo que me está pasando. Y me gustaría descubrirlo contigo.

—Es que...

—Solo quiero que lleguemos a un acuerdo.

—¡Seamos amigos!

Puse los ojos en blanco. Era terca, pero yo más.

—Vale. Si eso es suficiente para ti, entonces lo aceptaré. Pero si nace algo más entre nosotros, no lo niegues.

—Julián, por Dios, no tengo energía para nada.

La miré, impotente, pero no me dejé amedrentar.

—Y yo nunca he propuesto algo similar a otra chica.

Se mordió el labio inferior, preocupada. Odiaba presionarla, pero esa muchacha tenía algo que me impedía claudicar.

—No puedo prometerte nada.

—Soy consciente de que necesitas aprender a confiar de nuevo en alguien. Por eso, estoy dispuesto a jugármela por esa pequeña luz que se encendió en nuestro camino. La que surgió cuando te conocí.

Sus ojos húmedos provocaron un vuelco en mi corazón.

—No quiero salir herida otra vez.

—¡Es lo último que deseo! Por eso me gustaría acompañarte y ver qué nos depara nuestro porvenir. Incluso me adaptaré a tu ritmo. Y si un día decidimos que no encajamos, entonces cada uno tomará el camino que le plazca.

Entrecerró los ojos mientras se volvía para mirar hacia la pared.

—Lo haces parecer demasiado simple —murmuró.

Me acerqué y le tomé la barbilla para dirigir su atención hacia mí. Percibí su inseguridad y, de repente, quise transformarme en su príncipe valiente.

—¿Crees que eres la única que tiene miedo de salir hecha trizas?

Bajé la mirada y me detuve en sus labios rosados, que se entreabrieron. Solo ese gesto prendió una llama entre mis piernas.

—¡Es una locura! No podemos estar hablando de un futuro que, lo más probable, jamás exista.

—Yo, en cambio, te propongo que lo construyamos juntos.

Me escudriñó con detenimiento. Mi chica estaba entrando en modo «guerrera».

—¿Estarías dispuesto a comenzar una relación?

Me acerqué, dejando un par de centímetros entre nosotros, con la esperanza de que comprendiese lo que sucedía en mi interior.

—Si me hubieses hecho esta pregunta hace unas semanas, te hubiese contestado que no. Pero hoy en día veo las cosas bastante diferentes.

Capté el recelo en su semblante. No me creía una mierda, y me daba mucha

rabia.

—No quiero ser tu conejillo de Indias.

—Nunca lo permitiría.

—Pienso que lo mejor...

—¿Serás una gallina toda tu vida?

Oí con claridad la furia que se encendió en su interior y no tuve dudas de que si hubiese tenido un arma en las manos, me habría disparado.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, maldito? —siseó; la punta de su nariz rozaba la mía.

Me obligué a no sonreír para evitar enfadarla más. Pero si no claudicaba pronto, me la iba a comer a besos.

—Acepta el desafío, Cande. Puede ayudarte a sobrellevar tus monstruos interiores.

—O acrecentarlos.

—El intento sería válido. De otra manera, corres el riesgo de quedarte encerrada en tu caparazón y acostumbrarte.

—¿Por qué diablos te quieres sumar?

—Porque me importas. Me haces sentir un anhelo que desconocía y me colmas de una energía que me impulsa a querer dar vueltas al mundo en motocicleta, a esquiar en una cadena interminable de montañas abruptas o a tirarme de un avión con un paracaídas que no sé si se abrirá. Pero no me importa. Solo tú me conectas con mi parte más auténtica.

—¡Apenas me conoces!

Suspiré. Ya no sabía qué más decir para que me creyese.

—¿Y qué, Cande? La química entre un hombre y una mujer que se gustan es muy poderosa. ¿Por qué desoírla? —Me puse de cuclillas frente a ella y la miré fijo con un ardor que amenazaba con consumirme por entero—. Solo te pido que me des una oportunidad. —Por primera vez noté una pequeña vulnerabilidad en sus pupilas que no debía desaprovechar. Y dije lo que nunca imaginé que sería capaz—: Por favor.

Agachó la cabeza y las rastas acompañaron su movimiento al caer por sus hombros como cintas de color miel. Permaneció así un buen rato, hasta que al final clavó los ojos felinos en los míos:

—Jamás se te ocurra mentirme, Julián.

Al darme cuenta de lo que su respuesta significaba, me obligué a ingresar el aire a mis pulmones.

Y sonreí. Sonreí de verdad.

Capítulo 20

El sonido del móvil interrumpió la atención del hombre, focalizada en unos papeles apoyados sobre su escritorio. Estiró la mano y atendió:

—Ben.

—Gato.

—Me han llegado varios informes sobre los movimientos que has detectado en la isla.

—Pues, como esperábamos, anoche arribaron dos hombres que pertenecen a la gente que nos preocupa.

Gato suspiró. No eran buenas noticias, pero siempre habían estado preparados para cuando llegase ese momento.

—¿Y los tipos del otro lado?

—Nada.

Se recostó sobre el respaldo del asiento y arrastró las manos por su cabellera.

—Estoy seguro de que muy pronto darán señales.

—Conuerdo contigo. Al menos, me quedo tranquilo de que el doctorcito protege a la chica, o es lo que parece. —Gato refunfuñó—. Si yo estuviese en su lugar, no me apartaría ni un instante de semejante criatura.

Odiaba que su amigo se refiriese a la joven de esa manera. Parecía que todos los hombres involucrados en esta historia se sentían atraídos por ella.

—Deja de babear, ¿quieres?

La risa de Ben lo enardeció aún más.

—Estás celoso de Davis, admítelo.

Expulsó el aire de los pulmones. Ben era un verdadero idiota. Bromeaba con él, pues sabía que aquello lo fastidiaba.

—Centrémonos en lo que nos importa.

—Sí, papá. Pues como te indiqué en el informe, la chica y el médico parecen haber llegado a algún acuerdo. Van a todas partes juntos en sus ratos libres.

—No hace falta que me repitas todo.

—Ese perro loco con el que salen a correr por la playa casi todas las noches es genial. Estoy evaluando seriamente comprarme uno de la misma raza para mí.

—Volvamos al punto, Ben. ¿Qué más has averiguado?

—Las mafias armenia y rusa transportaron los cargamentos de San Petersburgo y Moscú a Beirut. Allí hubo una reunión con la gente de las aduanas y las piezas ingresaron sin problema.

—¿Qué contrabandeaban en concreto?

—Huevos Fabergé.

No le sorprendió la respuesta. Esos objetos ejercían una fascinación entre los coleccionistas de arte del mundo. Habían sido diseñados por Peter Carl Fabergé para la familia imperial rusa entre los años 1885 y 1917; cada año, para las Pascuas, el zar Alejandro III regalaba un huevo a su esposa, María Fiódorovna, una tradición entre los esposos.

Después de la caída del zar, esas joyas de inconmensurable fastuosidad se esparcieron por el planeta y, para las personas que las apreciaban, encontrarlas se había transformado en una verdadera odisea, porque solo existían algunas decenas de ellas. En la actualidad, el valor de un huevo Fabergé podía rondar los veinte millones de euros.

—En mitad del operativo —prosiguió Ben—, apareció un coche con varios hombres muy bien vestidos que hablaron con los jefes. Al cabo de un rato, dos

sujetos partieron al aeropuerto de Beirut para tomar un vuelo con destino a Colombia.

—Sin ninguna duda, los participantes de este juego comienzan a desplazarse. De Bogotá a la isla se tarda poco más de una hora en avión, y no sabemos si Podestá es consciente de lo que se está cocinando por detrás.

—El micrófono que instalé en su móvil cuando ella se encontraba en la playa servirá de mucho.

Ben le había explicado que, aquel día, la joven, cegada por el reflejo del sol, apenas había reparado en él cuando le había devuelto el teléfono. El aparato jamás había caído en la arena, sino que Ben, famoso por su andar imperceptible a pesar del tamaño de su cuerpo, lo había extraído del bolso de la muchacha mientras esta conversaba con su amiga, y había colocado un microchip en su interior, que les permitiría identificar su paradero.

Era una de las bondades de ese grandote, capaz de llevar a cabo cualquier artilugio sin despertar sospechas. El jefe de ambos afirmaba que Ben era como un fantasma, porque la gente se daba cuenta de su presencia solo si él lo permitía.

A su vez, Ben y Gato habían llegado a un acuerdo con la compañía telefónica, que les permitiría escuchar las conversaciones y leer los mensajes de texto de la joven. Una orden de un juez hubiese sido suficiente para que la policía también tuviese acceso a esa indagación, pero Ben y él tenían su propia manera de operar y no querían involucrar a demasiadas personas en el caso. En un mundo plagado de hombres territoriales, esas medidas eran necesarias.

—Estoy de acuerdo —contestó Gato regresando al tema—. Confío en que podamos registrar la información más importante.

—Podestá es una dulce palomita y la gran perjudicada por el modo de actuar de esos malditos.

Un poco nervioso, Gato se aclaró la garganta. No se atrevía a imaginar el lío que se armaría si la chica era inocente y salía herida.

—Por eso debes extremar la vigilancia. Será interesante observar qué ocurre si los tipos contactan con ella.

—O los otros.

—¿Podría estar trabajando con los dos bandos?

—Sigues dudando de su inocencia, pero yo no. Su forma de proceder no se parece en nada a la de una agente encubierta, Gato. Vive con la mirada perdida y triste. Lo único que la hace sonreír es su trabajo, su amiga, el perro metiche y su dueño. No hay mucho más que eso.

—Entonces es tu gran misión demostrarlo.

—No te quepa la menor duda. Yo estoy abocado a mi Candela.

Capítulo 21

CANDELA

—**P**or fin has aceptado entrar en mi casa.

Me quedé muda. La mandíbula se me había desencajado y tenía la boca abierta como un pez. Contuve el aire en tanto contemplaba lo que yo llamaría el «palacio» de Julián. Porque lo que tenía ante mí no podía relacionarlo con una casa. Aunque se podía ingresar por una puerta de entrada, Julián había elegido hacerlo por la parte de atrás. Y juro que entendí el porqué.

Una galería realizada en madera, de al menos cinco metros de altura, me dio la bienvenida. Los delgados listones del techo se entretejían para conformar un entramado que descansaba sobre unos pilotes, que se incrustaban en el piso de parqué. Este se extendía hasta el acceso a la casa, que se completaba con unas puertas corredizas de vidrio y unos ventanales de unos quince metros de largo. A nuestro lado, una enorme piscina iluminada en su interior nos invitaba a sumergirnos apenas se presentase la ocasión.

Al llegar al comedor, me quedé absorta. Nunca en mi vida había visto uno tan grande, y la sensación se acrecentaba por los pisos blancos de mármol de Carrara. A un lado, una mesa de madera para unas veinte personas se completaba con sillas tapizadas en beis. Del otro lado, tres sofás de varios cuerpos rodeaban una mesita de salón en la que destacaba un jarrón de cristal con flores de varios colores. Y sobre las paredes, unos cuadros que representaban la vida en la isla.

Pero lo más impactante era la vista: a continuación de la majestuosa galería y la piscina, se apreciaban unos jardines cuidados en forma impecable, los que, al cabo de unos metros, culminaban en el mar.

No pude evitar un silbido de admiración.

—¡Dios mío! Adoras el agua.

La risa de Julián me subyugó.

—Exacto. Y me siento muy honrado de tenerte en mi morada. —Estiró la mano hacia mí—. Ven, quiero que te pongas cómoda.

Cuando se la tomé, mi cuerpo vibró. Hacía dos semanas que habíamos llegado a un acuerdo: después de aquel beso explosivo que nos habíamos dado, nos limitaríamos a pasar tiempo juntos, sin urgencias ni intentos de incursiones íntimas. Y, hasta el momento, se había portado como un caballero, lo cual me permitía descubrirlo en sus diferentes facetas. En cambio, Marina estaba bastante molesta conmigo porque me advertía que Julián podría cansarse. Me generaba bastante angustia porque mi ser aún funcionaba en *slow motion*.

Si con Sebastián las cosas habían marchado en forma apresurada, con Julián bregaba por que fuese al revés, sobre todo porque me encontraba a la defensiva de forma permanente. Pero, gracias a Dios, Julián no me había presionado más.

Poco a poco, comenzaba a añorarlo. Era muy compañero, estaba presente todo el tiempo que nuestros trabajos lo permitían. Más de una vez se quedó dormido en el sofá de mi casita. No entendía por qué no regresaba a la suya cuando yo no significaba una gran diversión. Pero él aseguraba que le agradaba mi compañía.

Habíamos salido muchas veces a correr junto con Nubis y, debo reconocer, aquello había sido entrañable. A su vez, comíamos en mi casa casi todas las noches. Al terminar de lavar los platos, nos sentábamos en la galería y, con Nubis durmiendo a mis pies, Julián y yo dialogábamos durante horas.

Era un hombre fascinante. Me contaba de su familia, en especial de sus

hermanos, a los que amaba de manera incondicional. No es que quisiera menos a sus padres, pero cada vez que mencionaba algo sobre ellos, lo hacía con mayor solemnidad.

Así, mis encuentros con Julián y Nubis, la amistad con Marina y el cariño de Miguel me hacían olvidar el verdadero motivo que me había traído a la isla. Y me sentía agradecida. Incluso antes de dormirme, había empezado a rezar las plegarias que mi madre me había enseñado de niña y que yo había dejado de invocar cuando mi padre y ella fallecieron. Sus muertes me habían llevado a renegar de mi confianza en un Dios bondadoso porque, en realidad, Él me había quitado todo.

Sin embargo, muy despacio, empezaba a dejar de lado mi consternación y, para mi asombro, me encontré agradeciendo de nuevo. Parecía que Dios tenía ganas de ayudarme.

—¡Ey!, ¿estás aquí?

Las palabras dulces de Julián interrumpieron mis pensamientos. Sonreí.

—Claro, es que estoy impactada con tu palacio.

—No lo es, Cande. Tendrías que ver otras viviendas de la isla.

Cuando nos sentamos en uno de los sofás, me soltó la mano.

—¿Deseas cenar algo?

—Lo que tú quieras.

—Me gustaría festejar que estás en mi casa. Conozco un restaurante cuya dueña adora crear platos con sabores nativos y un toque de comida caribeña. Si no me equivoco, querrías algo con marisco. ¿Qué te parece?

Rompí en una carcajada y la mirada de Julián se cubrió de destellos de luz.

—Es una idea estupenda.

—Hacen unas brochetas de langosta a la parrilla con vegetales, papas rústicas, plátano maduro y guacamole que son deliciosas.

—Perfecto.

—Entonces, te dejo un instante para hablar por teléfono.

Entretanto Julián se retiraba a ordenar la comida, me levanté y chasqué los

dedos para atraer la atención de Nubis, quien me siguió de inmediato.

—¿Me acompañas a un paseo por el jardín, jovencito?

Nubis respondió con un ladrido y moviendo la cola a toda velocidad.

No bien salimos, me detuve un instante para contemplar el imponente espectáculo que brindaba el contrafrente de la casa, iluminado por un montón de farolas encendidas. Y para disfrutarlo aún más, tomé una pequeña pelota y la lancé hacia diferentes direcciones para que mi amiguito la trajese. Nubis era alocado y corría como un bólido. A veces saltaba en el aire y la atrapaba en pleno vuelo. Otras, caía rodando en el césped, lo cual me provocaba unas risotadas que debían de escucharse por todo el vecindario.

No sé por cuánto tiempo nos mantuvimos en movimiento. Nubis era incansable. En un momento, vino corriendo hacia mí y se lanzó como un niño buscando consuelo en los brazos de su madre. Pero mi compañero no se encontraba triste, sino descontrolado y feliz. Del impulso, caímos al suelo en una maraña de brazos, piernas y patas peludas, lo cual provocó que Nubis se volviese más majareta.

Carcajé como hacía años no lo hacía. Despatarrada en la hierba, lo observé correr en círculos y por encima de mí, como si se creyese gimnasta. Yo no paraba de reír hasta que una sombra a mi lado me hizo girar la cabeza. Al hacerlo, me encontré con Julián, quien, con una sonrisa de oreja a oreja, me contemplaba anhelante. Conocía esa expresión, la había visto poco antes de que me besase la última vez.

Me levanté y, de un impulso, fui hacia él. De puntillas, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé. Como nunca había tomado la iniciativa, lo tomé desprevenido, pero la alegría que albergaba se la debía a él.

Alcané a escuchar su gruñido bajo antes de que me abrazase como un pulpo. Me estrechaba con tanta fuerza que temí perder la capacidad de respirar. También porque me besaba como un hambriento. Encendiéndome como un fuego artificial, abrí la boca todavía más y permití que su lengua conquistase la mía. Esa noche no ofrecería resistencias, sino que me dejaría

fluir.

Sus manos me aferraron las rastas para inclinarme la cabeza, y sus labios cubrieron mi garganta de besos. Me obligó a caminar hacia atrás hasta que choqué la espalda contra un árbol. Con toda su envergadura, mucho más grande que la mía, Julián me aplastó y percibí su excitación. Pero él no era el único. Yo me encontraba mojada. Muy mojada.

—¡Dios! —jadeó, y me devoró otra vez.

Envolví mis brazos en torno a su cuerpo, como si fuese una boa constrictora. No me importaba demostrarle que comenzaba a considerarlo mi salvador.

Nos apretujamos tanto que nadie habría adivinado dónde empezaba uno y terminaba el otro. Sus labios arrasaban los míos y sus manos me abarcaron los pechos. En otra ocasión, lo hubiese pateado, pero en esta resollé de gusto.

Arqué la espalda y, ante mi entrega, Julián bajó el tirante de mi vestido y dejó al descubierto uno de mis senos. Noté su mirada hambrienta y, emitiendo un gemido, atacó mi desnudez. Me retorció ante la lengua húmeda, que recorría ansiosa cada rincón de mi piel. Esa caricia abrió las compuertas de un recinto sagrado, muerto en mí desde hacía tiempo, a la vida. Y me entregué como una esclava. Por un rato, Julián sería mi dueño, y me importaba una mierda si alguna vez me había rebelado contra algo así.

Revolví su cabello y me contorsioné con frenesí. Julián se apresuró a bajarme la ropa a la cintura y mis pechos quedaron expuestos al calor del anochecer.

Con las pupilas dilatadas, tragó en seco.

—Eres preciosa, Cande —susurró inclinándose sobre mis pezones.

Observé desde arriba su cabellera, que acompañaba el movimiento de la boca, la cual se desplazaba de un lado a otro, como si no supiese a cuál de mis pechos atender mejor. Me adoraba con ganas, pero, a la vez, con delicadeza. Julián tenía experiencia y mucha condescendencia con una mujer.

Cuando una de sus manos encontró mi centro femenino, gemimos los dos.

Abrí las piernas para darle más espacio. Excitada, lo tomé de las mejillas y levanté su rostro. Con sus labios mojados y entreabiertos, me resultó el hombre más atractivo del mundo. Los ojos azules me miraban como si yo fuese el último resto de oxígeno de un buzo sumergido a cien metros de profundidad. Y nos volvimos a lanzar como dos salvajes uno sobre otro. Esta vez, la que lo besó como una desatada fui yo. Me retrepé al cuerpo de Julián, por temor a que me abandonase en medio de ese naufragio.

Porque así me sentía. Perdida. Pero, contra todo pronóstico, sonreí.

Capítulo 22

JULIÁN

Un ruido chillón rompió la burbuja de pasión en la que permanecíamos encerrados. Nubis comenzó a ladrar, lo que me recordó que, de vez en cuando, el muy loquillo podía ser guardián.

Nos miramos, incapaces de soltarnos, como dos cuerdas anudadas. Mi pecho aplastaba los succulentos senos que hacía solo un minuto había degustado como un goloso. Respirábamos como si hubiésemos corrido una maratón, pero el sonido insistente produjo lo impensable: que nos separásemos. Al hacerlo, Candelaria acomodó su ropa.

—Julián, debe de ser la comida —balbuceó apenas, con las mejillas ardiendo. Mis ojos la escudriñaban sin pestañar, como si perteneciesen a una estatua—. ¡Julián! —insistió con un tono de voz más alto.

Furioso, exhalé un bufido. Si esto me pasaba cuando nos besábamos, no quería ni imaginar cómo me comportaría cuando la tuviese en mis brazos y llegásemos hasta el final.

—Ven conmigo.

Estiré la mano y tomé la suya. Regresamos a la casa y, mientras Nubis seguía ladrando frente a la puerta de calle, solicité a Candelaria que me esperase. Como ella había sospechado, se trataba de un muchacho de piel soleada y sonrisa amplia que me entregó la comida. Después de darle una buena propina, se retiró muy agradecido.

Cuando me dirigía al comedor con las bolsas, vi a Candelaria preparar la mesa con esmero, y algo en mi interior se resquebrajó. Esa muchacha me llevaba de los vientos, y era algo nuevo para mí.

Carraspeé al percibir que mi garganta se había quedado seca.

—Las langostas. —Levanté los brazos mostrando los paquetes.

—Menos mal que habías dejado los platos y los cubiertos sobre la mesada de la cocina. En esta casa, todo es tan grande y tan numeroso que no sé cuánto habría demorado en ubicarlos.

Sonreí y, cuando vi que ella hacía lo mismo, no pude evitar recrearme en su boca amplia y pulposa, que me recordaba al sol asomándose después de una terrible tormenta. Entonces, me encontré diciendo una estupidez:

—Tengo que comprarme una mesa más chica. Esta monstruosidad no es cómoda.

Entretanto Candelaria me ayudaba a colocar las fuentes de comida sobre el mantel, me preguntó:

—¿Por qué es tan grande?

—En realidad, esta casa la heredé de mi abuelo. Era un empresario muy rico que contaba con varias propiedades y en su testamento nos dejó una a cada nieto. Los muebles son los que él compró antes de morir. Había reformado esta casa porque era la que más le gustaba, pero nunca llegó a ocuparla debido a que murió.

—Lo siento, Julián.

—No te preocupes. Mi abuelo vivió de la mejor manera y terminó sus días igual. Murió de un infarto masivo y ni siquiera se enteró. Como soy apegado a las tradiciones y a los vínculos de la familia, preferí conservar el mobiliario tal cual como él lo había dejado. Tampoco estoy casado, y no hay una mujer que desee hacer ningún cambio al respecto. Además, cuando tenemos reunión de la asociación médica de la isla, venimos aquí por el gran espacio.

Candelaria asintió y, a continuación, nos sentamos a la mesa.

—¿Y la comida de Nubis?

—Él cena al final. No olvides que debe seguir reconociéndome como el macho alfa, por lo que recibirá su porción después de que yo haya terminado. Es lo que habría ocurrido en la naturaleza si él hubiese pertenecido a una jauría. Por eso, es bueno respetar las normas que los animales seguirían en su hábitat natural.

—Vale.

—Por Dios, ¡qué desatento soy! ¿Aceptarías tomar un vino blanco y frío con la langosta?

—Me encantaría.

Me levanté y busqué la bebida en el refrigerador. No bien regresé, nos dedicamos a degustar los platos con inmenso gusto. La chef del restaurante se había esmerado en el sabor y la consistencia de los alimentos, a tal punto que varias veces escuché un sonido de placer por parte de Candelaria, que me erizó la piel.

Durante el resto de la velada, me concentré en llenar su copa con la firme intención de lograr que se relajara. Esa noche debía ser para los dos y no pensaba desaprovechar la oportunidad. No la quería anteponiendo sus defensas, sino que era hora de que ella confiase en mí y en lo que teníamos. En las últimas semanas, habíamos compartido muchos momentos agradables, en los que no sé cómo logré controlarme para no abalanzarme sobre ella. Sin embargo, respetar el tiempo que Candelaria requería comenzaba a rendir sus frutos.

Apenas terminamos, le di a Nubis su ración de comida y después volví a la mesa para proseguir con nuestro diálogo.

—¿En qué trabajaba tu abuelo? —me preguntó.

—Era proveedor mayorista de medicamentos. Su especialidad era la exportación.

—Así que, salvo tus hermanos, todo queda en familia. Me refiero a que son varias generaciones dedicadas, de alguna manera, a la medicina.

—Exacto. ¿Y los tuyos, Cande?

—Tengo un recuerdo bastante vago de ellos, porque los cuatro murieron jóvenes. Lo mismo que mis padres.

—Lo lamento.

—No te preocupes.

Noté que sonreía con facilidad y me dio mucho ánimo, porque estaba seguro de que el vino comenzaba a hacer efecto. Por Dios que la cuidaría, pero necesitaba que se abriese a mí.

—¿Qué es ese ruido? —quiso saber.

Cuando me di cuenta, era demasiado tarde. Nubis se había tirado un gas y el ambiente olería muy mal en unos segundos.

—¿Traigo las máscaras?

Me observó con los ojos como platos y temí haber dicho algo que la hubiese incomodado. Pero para mi asombro, estalló en una sonora carcajada y comenzó a toser mientras se apretaba la nariz. Aliviado, la acompañé. Yo era feliz cuando ella también lo era.

Reímos durante un rato frente a un Nubis que nos observaba curioso. Yo no podía apartar la vista de los ojos almendrados de Candelaria, repletos de pestañas largas y tupidas que los hacían más soñadores. Y ella tampoco se quedó atrás. Nos quedamos observándonos en silencio, mi corazón golpeando como un pico contra las rocas. Y de pronto, me encontré preguntando sobre aquello que me molestaba desde el día en que la conocí:

—Quisiera que me contaras sobre tu exnovio. —Frunció el ceño y la mandíbula se le desencajó. Estaba por entrar en modo «guerrera» una vez más, así que me obligué a levantar la mano—. Lo que te apetezca, Cande. Hace dos semanas que te espero y preciso comprender mejor lo que nos separa.

Se levantó como un resorte y comenzó a recoger la vajilla.

—Mañana viene una mujer que me ayudará con la limpieza, Candelaria.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, colocando los platos y los cubiertos en el lavavajillas, como si no hubiese oído mis últimas palabras.

Me acerqué a ella. Su mirada turbia me estrujó el corazón.

—Tranquila —susurré, y tomé su rostro entre mis manos—. A veces me resultas un enigma, Cande, y no sé a qué atenerme. Por eso, ansío compartir lo que te aqueja y te entristece. Además, expresarlo te ayudará. Y quiero ser quien te escuche.

Frunció los labios al tiempo que sus ojos se humedecían. ¡Joder!

—Contarte lo que me pides implica que, de alguna manera, yo lo haya entendido. Pero no es así, Julián. Tengo muchos interrogantes en mi cabeza que no sé si alguna vez encontrarán una respuesta.

La conduje hacia el sofá para estar más cómodos. Aquello podía durar un minuto o quizás horas. Sentados uno al lado del otro, entrecrucé los dedos con los de ella. Quería que se sintiese segura.

—Podemos buscarlas juntos.

—No lo sé.

Era tal su desazón que se me partió el alma. Siempre me había considerado un tipo duro al extremo, pero esa chica me llegaba al corazón como nadie. Era frágil, pero a la vez temeraria. Quizás ella no lo sabía, pero yo sí. Eso la volvía honorable ante mis ojos e infinitamente deseable.

Suspirando, la acerqué a mí y ataqué su boca para demostrárselo de la única manera que conocía.

Capítulo 23

CANDELA

Los labios de Julián eran el paraíso. Por Dios, ¡cómo besaban! Su brazo me tenía atrapada contra su hombro y lo único que yo quería era quedarme en ese cálido lugar, donde podría descansar y disfrutar de ese hombre que había llegado a mi vida para ponerla patas arriba.

Me enrosqué contra él y me dejé llevar. No quería nada que me recordase a Sebastián, al contrario, necesitaba olvidar. Entendía el punto de vista de Julián, pero me costaba muchísimo compartir lo que me daba tanto miedo.

No sé cómo, pero terminamos acostados sobre el sofá, con su cuerpo enorme cubriendo el mío. Enredé los brazos por detrás de su nuca y lo acerqué más. Deseaba que me enguliese. El vino me había vuelto más osada, y lo agradecía. Creo que Julián comprendió mi mensaje, porque comenzó a devorarme la boca, es más, percibí el sabor metálico de la sangre y no me molestó, porque esas gotitas eran el recordatorio de la pasión que existía entre los dos.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura y traté de eliminar cualquier espacio entre su cuerpo y el mío; las manos ansiosas volvían a bajar los tirantes del vestido y dejaban mis pechos al desnudo. El azul de sus ojos se transformó en un gris huracanado cuando los contempló plenos y clamando a gritos por ser atendidos. Con un gruñido que parecía más un gemido, Julián se echó sobre mí como un animal salvaje, para llevarse primero uno y después el

otro a la boca. El latigazo que sentí en la espalda provocó que la arquease con fuerza, sin importarme si me partía al medio.

Aquel desenfreno me conectaba con un lado mío casi demente, que me transmitía vida. Le revolví el pelo mientras los labios y la lengua seguían haciendo prodigios con mis senos y choqué mis caderas con las suyas. En un movimiento abrupto, me giró y me colocó boca abajo para lamermela espalda, desde el cuello a la cintura, y los vellos de mi cuerpo se erizaron.

Respirando con dificultad, estiré las manos y me aferré al extremo del sofá. Con urgencia, Julián levantó la parte baja del vestido y amasó mis nalgas firmes, producto del entrenamiento que llevaba a cabo para bucear, y de ahí, se desplazó con cuidado al centro de mi femineidad.

Un sollozo de placer estalló en mi garganta y alcé la cabeza. Una mano de Julián se posó sobre mi boca y, con prisa, dos dedos la abrieron para ingresar en su interior. Arqueé el cuello hacia atrás y se los chupé como si fuesen caramelos. La otra seguía abocada a torturar mi lugar más secreto. Con anhelo, los labios de Julián recorrieron mi cuello, y al oír la respiración agitada, me excité todavía más. Su mano abandonó mi boca y cuando se colmó de uno de mis senos, me sentí morir. Mi cuerpo colapsó y estalló.

Grité casi sin cordura en una explosión donde liberé mi rabia, mi frustración y mi congoja de meses y, quizás, de años. Julián me estrujó contra su pecho al tiempo que sus dientes jugaban con el lóbulo de mi oreja.

—Sí, amor. Ven conmigo —me susurró.

No sé qué magia poseían las caricias y la voz de Julián, pero lograron que las compuertas de mis miserias se abrieran. Y me largué a llorar.

Capítulo 24

CANDELA

Julián se sentó y, dándome la vuelta, me colocó sobre su regazo. Acomodó mi vestido con cuidado y depositó una mano en mi nuca mientras me mecía como a una niña pequeña.

—Llora, mi dulce, llora. Aquí estoy. No te detengas.

El susurro de su voz tuvo el efecto de una patada dada con furia, porque me obligó a expulsar la oscuridad que me ahogaba. Rompí en sollozos tan fuertes que Julián gimió y me estrechó con mayor vigor. Escuchar el palpitar de su corazón y aspirar el aroma a pino de su piel me conectaron con un sentido de seguridad que me abrumó. Sin duda, ese hombre tenía un poder que me resultaba temerario. Pero ese día no me preocuparía más.

No sé cuánto tiempo permanecí acurrucada contra él. Con una mano, me acariciaba la cabellera, el cuello y la espalda, a la vez que su boca me salpicaba de besos la mejilla y la punta de la nariz.

—Perdón —balbuceé con la voz ahogada por su camisa.

Tomándome de las mejillas, alzó mi rostro.

—No se te ocurra pedir disculpas, Cande. Yo deseo que me tomes en cuenta, que confíes en mí. Que me uses. Porque sé que estás herida y quiero protegerte.

Entre las lágrimas, que seguían empecinadas en desbordarse de mis ojos, asentí. Y supe que había llegado el momento de la verdad. Se lo debía.

—Se llama Sebastián Araujo —musité muy bajo. Ladeó la cabeza y, sin dejar de sostenerme la cara, su expresión me instó a continuar—. Lo conocí hace nueve meses y medio en un curso de buceo que yo impartía.

Y en la siguiente hora, le conté sobre él y la relación que habíamos mantenido. Julián, poco a poco, se había apartado de mí para quedar recostado contra el respaldo del sofá, y así darme lugar a que le refiriese sobre mi pasado.

Destaqué lo atento y amoroso que Sebastián había sido conmigo, así como lo rápido que creció nuestro vínculo, a tal punto que, a los pocos meses, nos encontrábamos viviendo juntos. También le expliqué que, si bien me había parecido vivir en un cuento de hadas, había intuido que algo no encajaba del todo bien. Como, por ejemplo, el hecho de que Sebastián manejaba un negocio de ropa por internet, pero los viajes al exterior eran asiduos, muchas veces de un minuto a otro, para atender a unos clientes.

Además, me sorprendía el lujo en el que se movía y los regalos con los que intentaba complacerme después de alguna de sus ausencias. Como su familia era acaudalada, había interpretado que el gusto por la riqueza se debía a que había crecido rodeado de ella.

Al final, concluí mi relato con la propuesta de matrimonio de Sebastián y la consiguiente actuación policial que me enfrentó a la drástica realidad de su desaparición y de su verdadera identidad.

—¿Nunca sospechaste que era un contrabandista?

Negué con énfasis.

—Jamás, y bien naif que he resultado. En tanto yo corría de un lado a otro para cumplir con mis estudios y con mi trabajo, con el apartamento y los deseos de Sebastián, él se lucraba con la delincuencia.

Al mismo tiempo que hablaba, Julián me acariciaba el dorso de la mano con los dedos.

—¿Lo amabas?

—Con toda mi alma.

La acérrima línea de su mandíbula me demostró que mi respuesta no le gustó. Pero jamás negaría lo que me había unido a mi exnovio.

—¿Lo amas aún?

—No lo sé. —Percibí un rastro de pesar en su semblante, pero desapareció enseguida—. Para sobrevivir he debido congelar mi corazón, pero si mañana Sebastián apareciese delante de mí, quizás comenzaría a palpitar otra vez. De todos modos...

—¿Existe la posibilidad de que esté muerto?

Me interrumpió, como si no quisiese ahondar en ese punto.

—No sé qué habrá sido de él, pero hasta que no se demuestre lo contrario, estaré de acuerdo con la policía en que está vivo. Recuerdo que aquella noche nos fuimos a la cama a la misma hora y me quedé dormida entre sus brazos. — Me dio vergüenza explicar eso, pero quería ser clara—. Y aunque alguien lo hubiese drogado, arrastrar su cuerpo hubiese sido suficiente para que yo me despertase. Por eso, estoy casi segura de que Sebastián debió de irse por sus propios medios.

—¿Tienes idea de por qué?

Negué con tristeza. Esa pregunta taladraba mi corazón desde el truculento episodio.

—No. Tampoco sé si cuando llegó a casa, antes de que me propusiese matrimonio, él estaba al tanto de que las fuerzas especiales irrumpirían en nuestro apartamento.

—No tendría mucha lógica que lo hubiese sabido.

—Es verdad, pero tampoco puedo descartarlo.

Inhaló hondo y contrajo la mandíbula.

—¿Y cómo convives con el dilema de no saber si estás de luto por alguien que nunca más pertenecerá a tu vida o por la desazón que te provoca el que te haya abandonado a tu suerte?

Sus palabras me atravesaron como una espada, y no pude evitar la humedad en mis ojos otra vez.

—No convivo con él, sino que lo ignoro.

—¿Y por qué viniste a San Andrés?

—Porque la policía quería protegerme. Pedro Fuentes, el duro agente de Mar del Plata, me recalcó que yo estaba en peligro. Al principio no entendía bien el porqué, pero después no tuve más remedio que comprender la terrible locura en la que estaba metida. Sebastián tiene muchos enemigos, y Fuentes está seguro de que estos pueden utilizarme a mí para atraparlo a él.

—Entonces, ¿supone que Sebastián regresará a buscarte?

Asentí.

—De todas maneras, no creo en ello, porque si mi exnovio eligió irse sin mí, ha de ser porque quería continuar con su vida solo.

Los iris azules detenidos con tanta intensidad sobre los míos me hicieron tragar saliva y humedecerme los labios.

—¿Te hubieses escapado con Sebastián si hubieses estado al tanto de quién era en realidad?

—No.

—Pero antes dijiste que tu corazón podría volver a latir por él si lo tuvieses frente a ti.

Respiré hondo.

—Sí, pero no me dejaste culminar mi explicación. Al conocer la vida paralela de Sebastián, me sería imposible seguir construyendo un futuro con él sobre una realidad alternativa. Por más que mi corazón clamase por el suyo, no dejaría de ser un delincuente.

—Quizás a Sebastián no le importe tu opinión. En ese caso, no me asombraría que quisiese recuperarte. Entonces entiendo que la policía te haya enviado aquí.

Me encogí de hombros. Aquel tema me desarmaba.

—Yo no estaba en la mejor situación para discutir con ellos, Julián. Me sentía tan confundida y destruida que me limitaba a aceptar lo que me imponían. Fuentes y su gente me dieron un dinero para que yo pudiese viajar a

la isla y comenzar de nuevo. De todas formas, muchos policías sospechaban que yo era cómplice de Sebastián, pero ante mi contundente negación, parece que se inclinaron a creer en mi inocencia.

Julián se mantuvo en silencio durante un buen rato, y comprendí que había llegado el momento crucial. Después de lo que había confesado, tenía serias dudas de que él quisiese proseguir a mi lado. ¿Quién tendría ganas de meterse en semejante lío? Entonces, tomé yo la decisión.

—Mira, Julián, creo que lo mejor será que dejemos lo nues...

—Ni se te ocurra —me interrumpió enfadado.

—Pero...

Se acercó a mí y me volvió a abrazar como si creyese que me fuese a escapar. ¿Cómo podría?

—Más que nunca quiero una relación contigo, Candelaria. Me niego a aceptar que pases por este calvario sola; es más, podemos afrontar juntos lo que sea.

—¡Pero debes pensar en tu familia y en ti! Recién ahora, cuando te relataba lo sucedido, me iba dando cuenta del terrible peligro al que te exponía y... moriría si te ocurriese algo.

Se apartó un poco y me miró, como si quisiese grabar mis rasgos en sus retinas. Y al instante siguiente, me atacó la boca.

Lo recibí con un gemido y me aferré a su figura como si un abismo, debajo de mis pies, se hubiese abierto y Julián fuese el único capaz de salvarme de caer. Sus manos y su boca tallaron cada pedazo de mi piel y dieron forma a mi entrega. Sin barreras, sin miedos.

Por fin.

Capítulo 25

JULIÁN

El quejido de placer de Candelaria fue mi perdición. Se lo demostré adorando sus senos plenos con las manos y las aureolas rosadas que los coronaban, con la lengua. Sollozó, mi sangre se enardeció como si hirviese sobre una caldera y succioné con mayor voracidad. Me sentía colmado y expandido como jamás con otra mujer.

Mis dedos jugaron con su intimidad y, al percibirla mojada, me volví loco. Sus gemidos al oído y el cuerpo arqueado me instaron a penetrarlo. No podía más.

Me ubiqué entre sus muslos y, excitado como si me hubiese transformado en un demonio, atrapé su boca. Candelaria se lanzó a una lucha mortal con mi pelo, la cual me encantó. Sin dejar de besarnos, nos miramos con detenimiento e, incapaz de definirla con palabras, una insólita sensación me inundó el pecho, próxima a mi corazón, algo diferente de lo que conocía hasta ese instante y que estalló en mi interior.

Apabullado y preso en sus ojos caramelo, comencé a penetrarla con cuidado. Abrumado por la calidez de lo que revoloteaba en mi interior y de lo que mi masculinidad descubría, cerré los ojos. El sudor me caía por las sienes al tratar de controlarme y evitar dañarla. Pero Candelaria respondió yendo a mi encuentro y me envalentoné. Continué ingresando, consumido por el ardor que su canal tan estrecho me provocaba. Para mi mayor goce,

ella levantó las caderas y me permitió arribar a la gloria de saberme hundido hasta el fondo de su alma.

—Por favor, cielo. Dime si te hago daño —susurré, y para mi sorpresa, suplicó:

—No me dejes, Julián.

Capté unos sollozos bajos que, después de un rato, identifiqué como míos.

—Nunca, Cande...

Y embestí enfebrecido, sin tregua ni remisión. ¡Dios! No tenía suficiente de ella.

Al oír mis palabras, Candelaria abrió más las piernas y, en ese segundo, un calor infernal ascendió por mis entrañas. Pronto iba a estallar. Redoblé el ritmo de mis estocadas y sobé los senos redondos que se agitaban frente a mí, invitándome a degustarlos. Me incliné y los engullí como un muerto de hambre.

Ante mi ataque desesperado, Candelaria me rasguñó la espalda y, retorciéndose como si algo muy profundo en ella amenazase con estallar, se mojó los labios con la lengua y gritó de placer. Sin perder tiempo, yo me incorporé y, echando la cabeza hacia atrás, emití un bramido ahogado al unirme a su orgasmo.

El frío húmedo en mi mano me regresó al presente. Bajé la vista y me encontré a Nubis refregando el hocico entre mis dedos. Inhalé una buena bocanada de aire.

—Nubis, estoy perdido —susurré a mi amigo, que me miraba con tal intensidad como si supiese que me encontraba en problemas.

Después de pasar la noche más increíble de mi vida, me había levantado más temprano que Candelaria y preparaba un buen desayuno para los dos. La bebida había causado estragos en nosotros, aunque no impidió que me esmerase en mantener despierta al objeto de mis sueños. No sé cuántas veces

hicimos el amor, porque mi cuerpo había necesitado nutrirse de ella a cada rato.

Estaba azorado por mi reacción. Esa chica era como una droga. Adoraba el perfume de su piel, la cabellera repleta de rastas, su sonrisa, los ojos cubiertos por esas lentillas horribles... ¡Joder! No quería ni imaginar lo que estaba surgiendo como un volcán dentro de mí, porque me daba terror. Podía afrontar cualquier cosa en mi trabajo: salvar vidas, enfrentar la muerte, capear el dolor, pero esa muchachita me tenía agarrado de los huevos y se apropiaba de mi control, lo que me resultaba muy peligroso para mi futuro. Siempre fui un tipo metódico y acostumbrado a manejar las cosas a mi manera; no había nada que yo no planease y considerase, milímetro a milímetro, con antelación. Pero Candelaria, con su vida hecha polvo, me hacía babear peor que Nubis. Y me asustaba porque no sabía a lo que tendría que enfrentarme.

Sin embargo, no podía alejarme de ella. La anhelaba con todas mis fuerzas.

En un primer momento, su fragilidad me había conmovido, pero a medida que conocía más su manera de ser, comencé a admirarla. Su esencia luchadora me abrumaba. Era valiente y persistente. Y añoraba su presencia junto a mí, aun cuando mi parte más salvaje me pidiese a gritos no comprometerme.

En ese instante, sonó el timbre del portero automático. Fruncí el ceño, porque no había invitado a nadie. Me apresuré a mirar a través de la pantallita de televisión y los rostros de Marina y Miguel aparecieron con los ojos clavados en el visor. Sonreí. Ellos conocían el sistema y sabían que las cámaras de seguridad los estarían filmando. Me apresuré a presionar el botón de apertura y al segundo estaban ingresando en la galería de la entrada. Saqué más huevos del frigorífico; seguro de que habrían venido sin comer.

—¿Estás en la cocina? —gritó Miguel, y escuché sus pasos junto con los de Marina.

—Sí. Llegan justo para el desayuno.

Al verlos aparecer, me llamaron la atención sus rostros adustos.

—¿Qué les pasa? ¿No durmieron bien?

—¿No te enteraste? —preguntó Miguel entretanto Marina intentaba comunicarse con alguien por su móvil. Me preocupé.

—¿A qué te refieres?

—Ha habido un tiroteo terrible durante la madrugada en el extremo sur de la isla. —Me quedé pasmado con la información—. Fue algo gordo, Julián. Parece que dos bandas enemigas de narcotraficantes se enfrentaron en la calle y, como resultado, hay alrededor de cuatro muertos y un fuego que los bomberos están aplacando.

Empalidecí.

—No sabía nada. Cada vez atiendo menos guardias a causa de los problemas económicos y de la falta de recursos en el hospital.

—¿Sabes si Cande está en su casa? —preguntó Marina con el ceño fruncido—. Fuimos a la suya, pero no nos atendió; la estoy llamando a su móvil y me deriva al buzón de mensajes.

Tendría que hacer frente a la situación. Candelaria había quedado desfallecida no solo a causa del vino, sino de la tremenda actividad física a la que la obligué durante la noche. Yo me encontraba destruido también. No estaba acostumbrado a que las mujeres soportasen mi fuerte ritmo sexual, pero Candelaria no se había amilanado y había estado a la altura de las circunstancias, lo que me provocaba una mayor adicción a ella.

—Está aquí.

Los ojos de Marina y Miguel se agrandaron y brillaron con satisfacción. Pero los de ella cambiaron de expresión un segundo después.

—Julián... —susurró, y me di cuenta de lo que vendría a continuación.

—No te preocupes —me adelanté—. No tengo intención de herirla.

—Sabes que su corazón está hecho trizas y no creo que soporte otra traición.

—¿Y desde cuándo tienes esa opinión de mí?

—Marina... —murmuró Miguel con una ceja arqueada.

—No hace falta que me protejas —le advertí a mi amigo sin dejar de mirar

a Marina—. Siempre me he manejado de frente con las mujeres y no he hecho ninguna excepción con Candelaria. Hemos hablado muy claro y queremos intentarlo. Yo, más que nadie.

Ya está. Lo había hecho oficial y no me arrepentía.

La pareja me observó durante un rato sin emitir una palabra, hasta que Marina sonrió. Y Miguel hizo lo propio. Esos dos estaban sincronizados por engranajes que encajaban entre sí de una forma única.

—¿Hola?

La voz somnolienta de Candelaria atrajo la atención de los tres y de Nubis, que se apoltronó a su lado. Y mi corazón se detuvo. Contemplé las rastas, que caían salvajes por sus hombros; los ojos rasgados, más de lo normal, así como sus labios, henchidos por los besos con que los reverencié durante toda la noche. Y no tuve la menor duda de que Candelaria era la mujer recién levantada más fascinante que había visto en mi vida.

«¡Dios!», gemí por dentro, y mi masculinidad se irguió como un piñón. Incómodo, me acomodé mi pantalón de pijama, que, menos mal, era bastante amplio.

—¡Cielo! —exclamó Marina, y se dirigió hacia Candelaria para abrazarla.

Por suerte se había puesto una camiseta mía que le llegaba a mitad de los muslos y no había aparecido delante de todos en su magnífica desnudez. No solo me hubiese puesto territorial como un toro con Miguel, sino que mi sirena hubiese muerto de timidez.

«Mi sirena», repetí en mi mente. ¿Desde cuándo me había vuelto poético? Mejor sería no contestar.

Después de que los tres se saludaran, Marina y Miguel se apartaron, en tanto Candelaria se rascó la cabeza con los dedos y hacía un esfuerzo por abrir un poco más los ojos.

—¿De qué hablaban? —murmuró apenas.

—De un tiroteo que hubo en la isla y que culminó con algunos muertos. La policía y los paramédicos están impactados porque no es común que ocurra

algo así en este paraíso.

Candelaria abrió los ojos ante las palabras de mi amigo y enseguida los detuvo en los míos con una expresión que comprendí de inmediato. Me aproximé a ella y la abracé muy fuerte. No me pasó desapercibida la tensión de su cuerpo, seguro que acrecentada por la presencia de Marina y Miguel.

—Fue una batalla entre narcotraficantes, así que no tengas miedo. Y ya saben sobre nosotros —le susurré al oído. Apenas terminé de decir aquello, la noté laxa entre mis brazos. Le di un beso en la mejilla y la tomé de la mano—. Ven, vamos a desayunar. Ustedes también se quedan, ¿no?

Marina y Miguel asintieron encantados.

A partir de ahí, me dediqué a preparar huevos revueltos, que Candelaria adoraba. Los mezclé con un poco de nata y al final los decoré con trocitos de hojas de cebolla verde. Miguel me ayudó a tostar pan y a exprimir unos pomelos rosados. Por su parte, las chicas, sentadas a la mesa, con Nubis apoyado sobre los pies de Cande, hablaban cada vez más entretenidas.

Cuando todo estuvo listo, los cuatro procedimos a llenarnos el estómago. Al cabo de una media hora, mi teléfono móvil comenzó a sonar. Me apresuré a tomarlo y, cuando vi la pantalla, supe que debería salir a trabajar.

Y maldije por lo bajo.

Capítulo 26

CANDELA

Después de ducharme y cambiarme de ropa, Marina y yo salimos a caminar con Nubis por la playa.

Julián había tenido que partir hacia el hospital por una emergencia. Al principio imaginé que se trataría de algo relacionado con el tiroteo y los muertos que había dejado como saldo, pero Julián me recordó que él era médico ginecólogo y no forense. Su presencia había sido requerida para atender a una joven de dieciséis años que había llegado al hospital casi desangrada a raíz de un aborto mal hecho. Me estremecí al pensar en la cantidad de casos de ese tipo que debía de haber en el mundo, pero, al menos, estaba segura de que la muchachita había caído en muy buenas manos y que Julián la salvaría.

A su vez, Miguel había retornado al apartamento para culminar con una entrega de expedientes, no sin antes prometerle a Marina que pasaría a buscarla por la casa de Julián ni bien terminase.

—Estoy muy contenta, Cande —dijo Marina, y me obligó a detenerme—. Julián será lo mejor para ti.

Yo no estaba tan convencida como Marina. No porque no creyese que Julián fuese un chico maravilloso, sino que conocía sus ansias de libertad, y mi propio futuro se presentaba demasiado incierto.

—Estamos viendo en qué se transforma nuestra relación, Maru. Tampoco

creas que estamos cien por cien seguros de esto.

—¿Y quién puede estarlo en un principio? Miguel y yo atravesamos por varias fases antes de darnos cuenta de que éramos el uno para el otro.

—Pero mi situación es atípica. Ni siquiera sé si continuaré viviendo en la isla dentro de unos meses.

Me observó afligida.

—¿Cómo? Yo pensé que tenías muy claro el quedarte aquí.

—En primera instancia sí. Pero si mi caso se resuelve, no descarto vivir en otro sitio.

A medida que hablaba, me preguntaba qué diría Marina si se enterase de la falsedad de mi identidad y de mi imagen. Era algo que me daba vueltas desde hacía un tiempo en la cabeza y lo que más me mortificaba era seguir callándolo ante Julián. Pero nada podía hacer, ya que la policía me había prohibido ponerme en evidencia hasta que se dispusiese lo contrario. Candelaria Villegas debía seguir existiendo.

Suspiré y me agaché para recoger un trozo pequeño de madera de la arena y lo arrojé hacia el mar.

—Me muero si me dejas —balbuceó Marina, y sus palabras me conmovieron. Le pasé el brazo por el hombro y la acerqué a mí.

—Te juro que tú, junto con Julián y Miguel, son mi gran prioridad. Incluso más que mi trabajo. —Nubis ladró en ese segundo, mirándome con intensidad con la madera entre sus patas delanteras—. ¡Tú también, bombón!

La brisa suave revolvió nuestros cabellos.

—Nada te faltará, Cande. Yo me encargaré de Daniel y le exigiré que jamás ose despedirte.

—Eres un tesoro —afirmé echándome a reír.

—Estoy segura de que podrás llevar una hermosa vida en San Andrés. Ojalá que al lado de Julián, pero si no es así, habrá muchos hombres dispuestos a estar contigo. Y yo siempre te cuidaré. Te lo prometo.

Al oír a mi amiga, una lágrima se deslizó por mi mejilla. En tan poco

tiempo, ella se había convertido en un ser entrañable para mí y quería corresponder a semejante regalo.

—Pues es mutuo, Maru. Y te prometo que no me iré de la isla sin tu consentimiento.

Nos estrechamos muy fuerte, con Nubis saltando a nuestro alrededor. Antes de reanudar la marcha, Marina me miró con gracia.

—Por favor, Cande, confiesa. ¿Julián y tú ya lo han hecho?

—¡Dios mío, Marina!

—No te desvíes del tema y dime, ¡por favor!

La expresión de su mirada era tan elocuente que no pude resistirme. Después de todo, lo que había ocurrido entre Julián y yo había sido mágico.

—Fue... salvaje. Y a la vez muy tierno.

El grito de Marina me rompió el tímpano.

—Sabía que Julián sería como un león. ¡Miguel y él se parecen muchísimo!

—Virgen santa, no empezarás a contarme acerca de las bondades de tu novio. ¡No quiero saberlo! —chillé tapándome los oídos con las manos.

Marina me aferró de los hombros.

—¡Estoy tan feliz, Cande! ¡De verdad!

—Yo también.

—Por fin empezarás a despedirte de Sebastián.

Al escuchar su nombre, un vacío se acumuló en la boca de mi estómago. Rogaba a Dios que la hipótesis de la policía fuese un error y jamás me encontrase con él de nuevo. No deseaba que estuviese muerto, pero tampoco quería sentir más dolor. Enfrentarme cara a cara con él significaría exponerme demasiado y no lo iba a permitir. A duras penas, mi proceso de sanación se había iniciado, y era lo más importante para mí.

—Ya he comenzado a hacerlo, Maru.

—Lo sé. Y la presencia de Julián ayudará a que lo olvides.

—Quizás. Pero tampoco quiero depender de él. Necesito que todo lo relacionado con mi exnovio se esfume porque así lo he decidido yo. No me

conformaría con menos.

Los iris dorados refulgieron.

—Te juro que te admiro, amiga. Si me sucediese lo mismo a mí, no sé si sería tan sabia.

—Te aseguro que no lo soy. Pero no existe otra alternativa más que continuar. Mi trabajo me entretiene: soy una privilegiada al pasarme muchas horas de la semana en contacto con paisajes submarinos imponentes y con gente maravillosa. Además, los tengo a ustedes. Hasta he vuelto a orar, cosa que no hacía desde que mis padres murieron.

—¿Y qué pides?

—Nada. Solo agradezco.

—¡*Wow!* Hace siglos que no lo hago.

—Pues tampoco es que empezara a hacerlo hace mucho. Cuando estás tan desesperada, tienes que aferrarte a lo que te permita respirar. Y la oración me ayuda a lograrlo.

—Estás del tomate, Cande.

Estallamos en una carcajada.

De repente, el reflejo de una luz me llamó la atención. Me topé con un hombre enorme, rubio, que miraba a través de unos prismáticos en nuestra dirección. Me tensé.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué?

Me puse de espaldas al tipo y obligué a Marina a hacer lo mismo.

—Quizás estoy paranoica, pero hay un sujeto gigante que nos está espiando con unos binoculares. —Marina intentó girar el rostro, pero yo se lo impedí—. ¡Ni se te ocurra!

—Podría ser alguien obnubilado con el paisaje. Es muy normal por aquí.

Observé por encima de mi hombro y, efectivamente, el individuo parecía entretenido en el mar.

—De todas maneras, vayámonos. No me da muy buena espina todo esto.

Con un grito, llamé a Nubis, que jugaba en el agua, y en un instante, venía a la carrera hacia nosotros.

Marina y yo empezamos a desandar el camino y, cuando estábamos por doblar a la esquina, volví el rostro. El hombre había desaparecido.

Capítulo 27

CANDELA

—¿Ves que no era nada?

Marina tenía razón: había malinterpretado una situación recurrente en la isla. Me había puesto histérica, cuando en realidad se trataba de un turista que, como muchos, pasaría las horas admirando el paisaje natural de ensueño. Debía relajarme y aprender a equilibrar mis miedos y suposiciones.

Hacia poco más de dos meses que vivía ahí y no podía irme mejor. La policía de Mar del Plata aún no había contactado conmigo y eso me daba esperanzas, porque de existir algún problema, me hubiese avisado.

—Discúlpame, Maru. Soy una pesada.

Antes de que mi amiga pudiese responder, su móvil sonó.

—¿Amor? —preguntó al atender. Debía de ser Miguel. Asintió con la cabeza—. Cande y yo estamos regresando de la playa. Sacamos a pasear a Nubis y, en unos quince minutos, estaremos arribando a la casa de Julián.

Entretanto Marina terminaba de dar los últimos detalles a Miguel, aproveché a verificar que la tarjeta de entrada al inmueble se encontraba en el bolsillo de mi pantalón. Al tantearla con los dedos, me relajé por completo.

—¿Debes irte? —pregunté no bien cortó.

Marina se encogió de hombros.

—Miguel recibió el llamado de uno de los abogados del estudio y le ha avisado que la evaluación del expediente en el que tenía que trabajar hoy se ha

pasado para dentro de dos semanas. Ha decidido posponer el trabajo para mañana y viene en camino hacia aquí. ¿Quieres que preparemos alguna comida y esperamos a que regrese Julián para cenar?

Sonreí.

—Me parece estupendo.

En tanto seguíamos caminando, contemplé a Nubis, que corría por delante con mayor cuidado. Yo venía poniendo énfasis en que mi amiguito aprendiese a manejarse con más calma. Todas las tardes me dedicaba a ello, y Nubis, a veces, daba indicios de querer comportarse como un perro más educado y no como el atolondrado que era. En algunas ocasiones, y en broma, le reproché a Julián la falta de disciplina de nuestro adorado can, pero él me respondía siempre con un encogimiento de hombros. Terminaba riéndome porque la verdad era que yo no pretendía cambiar a Nubis, solo mejorar un poquito sus modales.

—Te entiendo, tesoro —dijo Marina reanudando la conversación que el llamado de Miguel había interrumpido—. Si yo hubiese atravesado lo mismo que tú, estaría paranoica. Así que no te preocupes. Lo importante es que Julián y tú están juntos y que se disfruten. Prométemelo, Cande.

Asentí. Marina era uno de mis grandes soportes y admiraba su visión positiva.

—Te juro que pondré lo mejor de mí.

—Ese pasado tuyo debe evaporarse.

—Es lo que más deseo. Así como que Sebastián, esté donde esté, se encuentre bien.

Marina arqueó las cejas.

—¿Seguirías deseándole lo mejor si te enterases de que está vivo? Porque de estarlo, revelaría que es un verdadero hijo de puta.

Me tomé unos segundos para contestar con la mayor honestidad posible.

—Saber que Sebastián es un delincuente provoca que no desee volver a verlo jamás. Pero eso no quita lo amoroso y atento que fue conmigo mientras

estuvo a mi lado. Es una ambivalencia difícil de manejar, y no espero que la comprendas. Los sentimientos no se eligen ni se pueden gobernar tan bien, amiga. Y es lo que me pasa cuando pienso en Sebastián.

—Pero...

—Maru, la última imagen que tengo de nosotros dos es acostados juntos en la cama, después de hacer el amor no sé cuántas veces, planeando un futuro como esposos con una enorme sonrisa en nuestras bocas.

Al recordar esa escena, los ojos se me cuajaron de lágrimas. Quizás nunca podría olvidarla porque había sido la más feliz de mi vida. Pero también la que me arrastró a la peor de mis desdichas.

—No sabes cuánto te admiro —afirmó Marina.

Me sequé las lágrimas con los dedos.

—Deja de adularme, por favor.

Cuando mi amiga iba a contestar, el ruido de una frenada nos llamó la atención. Una camioneta Van, de color negro y sin matrícula, se detuvo a nuestro lado. Seis tipos encapuchados y vestidos del mismo tono se bajaron a toda velocidad. Se dirigían hacia nosotras.

Mi instinto de supervivencia se desencadenó y tomé a Marina de la mano:

—¡Corramos! —Pero mi amiga parecía anestesiada, y debía hacer algo para que reaccionase—. ¡Maldita sea, Maru! ¡Mueve esas piernas de una vez si quieres salvar tu pellejo!

Bramé con tanta fuerza que conseguí mi propósito. Comenzamos a correr a toda velocidad, pero los atacantes debían de ser atletas, porque en un suspiro nos alcanzaron. Dos de ellos sujetaron a Marina, quien se revolvía como una enajenada, y para impedir que gritase, uno le tapó la boca con la mano. A su vez, dos gigantes se echaron sobre mí y me aferraron de los brazos.

—¡Nubis! —intenté llamar, pero el sonido de mi voz salió amortiguado por una mordaza que me colocaron entre los dientes.

Luché como una enferma, pero los malhechores me arrastraron hacia las puertas traseras de la camioneta, abiertas de par en par. Desesperada, logré

girar el rostro hacia Marina, quien lloraba y estiraba los brazos hacia mí. Me consoló darme cuenta de que la retenían contra la pared y no parecían tener la intención de llevarla con nosotros.

Berreé y pataleé, tratando de desestabilizar a mis dos agresores, pero eran tan macizos que me resultó imposible escapar de su agarre. Cuando vislumbré el interior del vehículo, logré patear en los testículos a uno de los desgraciados, quien me soltó de inmediato. Libre de su amarre, levanté las piernas con fuerza y, apoyando las plantas de los pies en el saliente trasero de la camioneta, empujé hacia atrás a mi otro enemigo. Pero este no era ningún novato y, de un movimiento, me arrojó sobre su hombro. En esa humillante posición, poco era capaz de hacer, pero imaginarme acostada e inmovilizada de espaldas sobre el piso de la Van provocó que la furia que me embargaba se transformase en un miedo despiadado. Chillé.

En medio de la reyerta, escuché la frenada de otro vehículo y unos alaridos masculinos que se mezclaban con gruñidos.

«Nubis».

¡Era él! Levanté la vista y observé a mi duende perruno mutar en una fiera aguerrida. Sacudía la cabeza aferrado a las piernas de uno de los malhechores, quien aullaba como un loco. Y junto a él, Miguel peleaba a puñetazos contra otros dos.

De súbito y de la nada, surgió un sujeto encapuchado, cuyo tamaño y complexión me recordó al individuo de los binoculares, quien se sumó a la escaramuza.

Yo no iba a ser menos: me sacudí como una desquiciada entre el ruido de los tortazos, pero ello no impidió que mi carcelero me arrojase al piso del coche. Sin darle tiempo a que se abalanzara sobre mí, me incorporé y me lancé hacia los asientos delanteros con la intención de escapar. Pero no llegué a tiempo porque las manos fuertes me retuvieron de la cintura. Tratando de huir de los grilletes de acero, me retorcí como una lunática.

—¡Candelaria! ¡Soy yo!

Sin dejar de forcejear, miré por encima de mi hombro y me topé con dos gemas azules que brillaban de aflicción.

—¿Julián? —balbuceé.

Asintió con un leve cabeceo. Al darme cuenta de lo que eso significaba, mi cuerpo colapsó y me sumergí en una profunda oscuridad.

Capítulo 28

CANDELA

Julián, cargado conmigo en sus brazos, cerró la puerta de su dormitorio con el pie. Acabábamos de regresar de la clínica de su padre —quien, gracias a Dios, se encontraba de viaje—, y mis intentos para que me permitiese caminar habían sido infructuosos. Julián se comportaba como un macho alfa y no había forma de sacarlo de ese estado.

Por su parte, Miguel y Marina permanecían en la casa, apoltronados en uno de los sofás del comedor, con Nubis acostado a sus pies.

Como mi amiga no había sufrido desmayo ni contusiones, no había sido necesario hacerle un chequeo médico. De todas formas, Julián le prometió a Miguel que cualquier cosa que Marina necesitase, él se encargaría de proporcionárselo. Por mi parte, hubiese deseado acompañarla en ese momento, pero no quería discutir más con mi caballero andante.

En el dormitorio, Julián se sentó a lo largo de la cama y, colocándome sobre su regazo, me abrazó con extrema ternura. Temblaba, aunque se esforzaba para que yo no lo notase.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó al oído.

—No.

—Nunca permitiré que te hagan daño, Cande.

Me estrechó con más fuerza y apoyé la mejilla sobre su pecho. El sube y baja de su respiración comenzó a sedarme.

—Avisé a mi primo sobre lo acontecido —prosiguió con voz suave—, y me aseguró que se hará cargo del caso.

Asentí sin emitir una palabra. Julián se refería a Alberto Robinson, hijo de los tíos de Julián, Mary y Anthony, de los que alguna vez me había hablado. Alberto vivía en la isla desde hacía unos ocho años y era uno de los mejores policías de San Andrés.

Suspiré y recordé, por un instante, mi incursión de ese día en el consultorio, donde Julián, con la ayuda de un producto que colocó debajo de mi nariz, me obligó a despertar. Al abrir los ojos, me topé con su sonrisa, que me dejaba sin aliento, y me realizó los análisis de rutina, que un médico forense amigo de Alberto había solicitado. Julián me explicó que el conocido de Alberto no solo confiaba en él y en sus dotes como ginecólogo, sino también como médico generalista, por lo que aceptaría su informe sin problema.

Cuando todos estuvieron de acuerdo con que me encontraba físicamente bien, salvo por el golpe psicológico, retornamos a la vivienda de Julián.

Regresé al presente al percibir que las lágrimas amenazaban con desbordarse de mis ojos e hice un esfuerzo por impedirlo. Estaba harta de llorar.

La mano de Julián viajaba con suavidad de mi pelo a mi espalda, de mi cuello a mis mejillas. Parecía tocarme para asegurarse de que no me había esfumado.

—Gracias —susurré.

—Por Dios, Cande. Jamás olvidaré el terror que sentí cuando creí que te perdía.

Turbada por el episodio, no supe qué contestar.

—Yo...

—Tendrás que prepararte, cielo, porque Alberto vendrá en unas horas para tomarte una declaración. Además de confiar en mi pericia médica, nos permitió regresar a casa en vez de ir a la comisaría porque sabe que conmigo estás en buenas manos. Así que, no bien termine con el peritaje del lugar del

hecho, se presentará aquí.

—Está bien.

Inhaló muy profundo.

—Casi me muero del susto, joder.

Su voz ronca parecía la de un demonio, pero al pensar en que Julián había impedido mi muerte, lo abracé muy fuerte.

—Y yo —murmuré sobre su camisa, en la que distinguí algunas gotas de sangre.

Todo el episodio estaba impregnado de una oscura intencionalidad y comprenderlo provocó un profundo pánico en mí. Alcé el rostro para encontrarme con el semblante de Julián en toda su magnificencia. Me aferré las mejillas con las manos, en un intento de que no apartase la mirada, y al contemplar la suya repleta de aflicción, me derrumbé. Las lágrimas se salieron de control y cayeron por mis mejillas.

Oí un gemido antes de que la boca de Julián atrapase la mía. Nos besamos como si no hubiese un mañana; me entregué con todo el terror, la incertidumbre y la impotencia que fluían en cada una de mis células, en busca de lo maravilloso que me unía a él.

Me recostó sobre las sábanas y cubrió mi cuerpo con el suyo. Con urgencia y de un solo movimiento, se quitó la camiseta y yo hice lo mismo con la mía. A partir de ahí, sus manos y sus labios inmortalizaron un nuevo comienzo sobre cada rincón de mi piel, un resurgir de las personas que éramos y de la pareja que conformábamos.

Abrí la boca para absorber su energía de vida, tan exultante y apabullante como si fuese la medicina que necesitaba para sobrevivir. Y aunque había luchado hasta los huesos para no volver a sentir algo importante por un hombre, en ese momento, me importaba un bledo. Julián era mi gran salvador y, más allá del resultado final de nuestra relación, seguiría siéndolo por el resto de mi existencia.

Como desafortunados, caímos de la cama y rodamos sobre la alfombra hasta

que dos lámparas se estrellaron contra el piso. No teníamos suficiente uno del otro, como si estar al borde de un abismo nos hubiese conectado a una fuente de poder que nos obligaba a reconstruirnos.

Al sentir sus labios rindiendo culto a mis pechos y sus manos al resto de mi anatomía, gemí. Me incorporé y palpé su miembro engrosado, dispuesta a recibir y dar lo mejor de mí, aun a costa de quedar vacía. Le debía la vida.

Entretejí los dedos en la suave cabellera y tironeé un poco de ella. Julián respondió y, envolviendo mis rastas en un puño, me obligó a echar la cabeza hacia atrás para exponer mi garganta. Quizás sufría de algún síndrome de vampiro, pero yo estaba presta a regalarle mi sangre.

—Aquí estás, mi amor.

Un pequeño mordisco me enajenó y, sollozando de placer, abrí más las piernas. Sus dedos acariciaron mi centro empapado, mientras con el brazo libre me envolvió la cintura para curvarme y volver a engullir mis pechos.

Sacudí la cabellera como si con ello pudiese atemperar al huracán Davis que, en realidad, era lo último que deseaba. Adoraba lo que ese hombre me provocaba, porque era justo lo que necesitaba.

—Sí. Y aquí me quedo —murmuré casi desfallecida.

Nuestras respiraciones se tornaron salvajes. Julián nos reclinó hasta que mi cabeza quedó apoyada sobre la alfombra y él se acomodó mejor sobre mí. Me contempló con tal anhelo que me abrió en canal.

—Repítelo.

Recorrí con las pupilas su rostro encendido, repleto de sudor.

—Que aquí me quedo.

Como si esas palabras hubiesen estado acopladas a un enchufe interno de Julián, fui testigo de su transformación en un hombre con un apetito feroz. Me besó enardecido, y yo no me quedé atrás. Tomé sus nalgas fuertes entre mis manos y él me acarició la cavidad mojada hasta introducir primero un dedo y después el otro. Al percibir mi incendio interior, gimoteé. Julián reemplazó los dedos por su miembro erguido y, de una estocada, se enterró hasta el fondo

de mi alma.

Arqueé la espalda y grité de satisfacción. Me devoró enloquecido, embistiendo a un ritmo creciente e incansable. Cuando ya no podía más, aparté los labios e inhalé profundo. De su cabellera empapada, unas cuantas gotitas cayeron sobre mis pechos.

—Voy a morir —resolló.

—¡Ni se te ocurra!

Las sacudidas me obligaron a cerrar los párpados y a entregarme por completo a esa pasión arrolladora y, sin dejar de tocarnos, estallamos al unísono en medio de gritos de éxtasis.

Julián cayó rendido sobre mis pechos, con los ojos soñolientos y los labios entreabiertos. Permanecimos abrazados durante un buen rato hasta regresar a la calma. Me sentía plena, consciente de que no existía un lugar más perfecto para mí que esa cálida morada.

Y cuando menos lo esperaba, Julián alzó el rostro y otra vez me atacó la boca.

Capítulo 29

CANDELA

Reunidos en el comedor, Marina, Miguel, Julián y yo tomábamos un café. Recién duchados luego de revolcarnos por media habitación, habíamos salido tomados de la mano para hablar con nuestros amigos. Ambos tenían las mejillas coloradas y las ropas bastante desarregladas, por lo que sospechaba que habían incurrido en algo parecido a nosotros. Parecía una locura, pero muchas personas, después de atravesar un momento con una tremenda explosión de adrenalina, se encendían como fieras. Al igual que nosotros.

Nubis, por su parte, jugaba con su pelota y parecía ajeno a lo sucedido y a haberse convertido en nuestro héroe. Me acerqué una vez más y lo besé. No tenía forma de detener las lágrimas porque el miedo seguía apoderado de mí, pero me había resignado.

—Gracias, mi dulce —susurré contra su pelaje, y mi amiguito movió la cola como si comprendiese.

Al regresar al sofá, los brazos cálidos de Julián me esperaban. Me apoltroné entre ellos y respiré profundo. Cobijada y cuidada, comencé a calmarme.

Entretanto reflexionaba, su voz se alzó:

—Debemos hablar.

—Por Dios, sí —acordó Miguel, que estrechaba a Marina, tan conmovida como yo.

De a poco, vencí el pánico y comencé a narrar el episodio. Marina suplió algunas frases, pero en general las dos estuvimos de acuerdo con lo que expusimos.

—¿Y cómo te sumaste a la pelea? —preguntó Julián a Miguel.

El novio de Marina se revolvió el pelo, nervioso.

—Cuando venía a buscar a Marina a tu casa, me topé con la batalla que esos hijos de puta libraban contra nuestras mujeres. Al ver a la mía llorar y gritar, creí morir y me lancé como una bestia contra ellos. —Me observó compungido—. Te pido perdón, Candelaria, pero no pude elegir entre Marina y tú. Ella es mi vida.

—Dios mío, Miguel, no se te ocurra disculparte. Proteger a Marina era lo único que esperaba de ti.

Al escuchar mis palabras, el semblante torturado del novio de mi amiga se aplacó. Marina lo abrazó y le dio un beso en la boca.

—Gracias —contestó Miguel al retomar la conversación—. No sé de dónde salió la capacidad *superdog* de tu perro, Julián, pero en tanto él se encargaba de uno de los maleantes, yo logré reducir a otro. En ese ínterin, cuando pensaba en qué diablos hacer para moler a golpes a los otros cuatro, surgió de la nada un individuo encapuchado, de complexión imponente, que me ayudó a dejar grogui a otros dos. Y después llegaste tú.

Julián asintió y me estrechó más fuerte.

—La emergencia en el hospital la resolví con rapidez. Al regresar a casa, me encontré con la reyerta y, al darme cuenta de que era un intento de secuestro de Cande, perdí cualquier vestigio de cordura. Así que entiendo tu malestar, amigo. —Sonreí con orgullo a Julián. En medio de semejante lío, los muchachos nos demostraban sus sentimientos—. Y, como tú, Miguel, no tengo la menor idea de quién era el encapuchado que te ayudó.

—Se fue no bien apareciste en escena —agregó este.

—Estoy segura de que cuando vio que la situación estaba bajo control, se retiró.

Después de depositar un tierno beso en la mejilla de Marina, Miguel me miró:

—Pero ¿quién lo mandó? y ¿por qué llevaba el rostro oculto?

—Tendremos que esperar al interrogatorio de la policía —contestó Julián antes de que yo pudiese hacerlo.

—¿Y qué pasó con los sujetos? —pregunté apoyando la cabeza sobre el pecho fuerte de Julián. Escuchar el palpar de su corazón obraba el milagro que necesitaba. Suspiré profundo.

—Mientras Miguel y yo las llevábamos al coche, la policía hizo su aparición. Pero los maleantes lograron subir al suyo y huir a toda velocidad.

—¿Nadie tomó el número de la matrícula?

Frustrado, Julián negó con la cabeza ante la pregunta de Marina.

—La furgoneta tenía una placa negra que cubría el número y cuando se encontraba a gran distancia, alcancé a ver que desaparecía y lo dejaba al descubierto. Pero me resultó imposible distinguirlo. ¡Una verdadera mierda!

—¿La policía los siguió?

Julián meneó la cabeza una vez más.

—Llegaron en un solo patrullero, así que priorizaron nuestro bienestar.

Tragué en seco. Joder.

De repente, Miguel y Marina me observaron fijo. Un escalofrío ascendió por mi espalda y supe que no me gustaría lo que vendría a continuación.

—¿Tienes idea de por qué querían secuestrarte, Candelaria?

Me aclaré la garganta, tratando de ganar tiempo para saber qué contestarle a Miguel. Lo que le había contado a Julián la noche anterior no debía salir de mi boca. Sorbí por la nariz y me acurruqué más contra el pecho de él. Sus brazos me envolvieron como una manta.

—No —susurré al final.

El semblante de Miguel cambió y no tuve duda de que, ante mí, comenzaba a operar el abogado penalista. Marina conocía algunos hechos de mi vida y no podía culparla si su novio también estaba al tanto de ellos.

—¿Crees que tiene que ver con lo ocurrido en tu ciudad natal?

—Miguel...

La voz ronca de Julián era una advertencia.

—¡Por Dios! —exclamó Miguel—. Mi mujer estuvo expuesta a unos criminales que iban tras la tuya y no voy a parar hasta descubrir quiénes son.

—Eso no te da derecho a molestarla con tus interrogatorios. ¡Déjala respirar! Cuando Alberto llegue, hará las preguntas pertinentes.

Miguel se levantó como un resorte del sofá y pensé que muy pronto se abalanzaría sobre Julián.

—¿Quién la está molestando, por Dios? —bramó. Marina intentaba aferrar a Miguel de los brazos, pero él era muy fuerte y le resultaba imposible—. En este instante, esos tipos saben que Candelaria tiene amigos que la protegen y, por ende, más que nunca irán tras cualquiera de nosotros. No me importa que se metan conmigo, Julián, pero con Marina es diferente. No lo voy a permitir.

Julián se incorporó y lo encaró.

—¡Lo entiendo, viejo! Pero yo tampoco voy a tolerar que apabulles a Candel...

No quise escuchar más. Me sentía fatal porque dos amigos que se amaban desde la infancia discutían por mi culpa. Además, comprendía el punto de vista de Miguel. Amaba a Marina con locura y tenía miedo.

Me enjuagué las lágrimas con los dedos, en un acto que confirmaba la decisión que acababa de tomar. Y que Dios nos ayudase.

—¡Basta! —troné, y logré mi cometido. Miré fijo a Miguel—. Desconozco quiénes son esas personas, pero estoy dispuesta a revelar lo que sé a la policía y a ustedes. Asimismo, responderé a cada una de las preguntas que quieran hacerme. Julián está al tanto de casi toda mi historia, pero no por completo. —Respiré hondo—. Por eso, tengo una cuenta pendiente. Es mi manera de demostrarles que deseo con toda mi alma que confíen en mí.

Miguel arqueó las cejas, desconfiado. Debía de creer que había perdido la chaveta.

—¿Candelaria? —preguntó Marina en voz muy baja. La expresión de su rostro me dio coraje. A gritos, me decía que me apoyaría a costa de lo que fuese.

Me puse de pie, y con la vista nublada, murmuré:

—Mi verdadero nombre es Candela Podestá. Por exigencia de la policía de Mar del Plata, cambié mi identidad para poder comenzar una nueva vida en la isla. Mi exnovio, Sebastián Araujo, es un criminal buscado por la Interpol y el M16 porque, según me explicaron, es muy peligroso. El policía a cargo de mi caso, Pedro Fuentes, sostiene que Sebastián no está muerto y teme que, en algún momento, venga a por mí. A su vez, existe un agravante: la posibilidad de que enemigos de Sebastián estén intentando apresarlos haciéndolo primero conmigo. Por eso, Fuentes me entregó un dinero y un pasaje a San Andrés para que empezase una nueva vida, y es él quien se comunicó con Daniel Alarcón para que me facilitase un trabajo.

Las lágrimas me caían a torrentes mientras los tres rostros me observaban con diferentes expresiones. Estaba jugándome el futuro, pero no me ocultaría más de las personas que me habían abierto los brazos con tanta generosidad. En sus manos, dejaría la decisión de mi lugar en sus vidas.

Al quitarme las lentillas, escuché cómo todos, incluido Julián, contenían el aliento. El color verde que toda la vida la gente me había admirado, y que yo detestaba porque era la causa de que Sebastián hubiese puesto su mirada en mí, quedó en evidencia.

—Las rastas me las hice cuando llegué a la isla. Así que, como verán, soy una falsa producción de la verdadera Candela.

—¿Y con qué nombre exponías tus fotografías en las galerías? —quiso saber Miguel.

—Utilizaba las iniciales C.P. De todas formas, no acudí en persona a ninguna de ellas, porque dejaba las ventas en manos de la gente encargada y jamás me defraudaron.

Miguel empezó a caminar de un lado a otro, con el rostro enjuto. Cuando

miré a Julián, lo que vi en sus ojos me desarmó: un anhelo diferente y desconocido. Pero sus labios conformaban una línea que evidenciaba su malestar. Por su parte, Marina estaba pendiente de Miguel y muy preocupada.

De súbito, una sensación de apabullante vulnerabilidad me devastó. Comenzó a faltarme el aire y mi cuerpo tembló. Me encontraba próxima a un ataque de pánico. La culpabilidad que se apoderó de mí al darme cuenta de que yo era la responsable de que las personas a las que había aprendido a querer se encontrasen en peligro me llevó a tomar una última decisión.

—No saben cuánto siento haberlos involucrado en esta mierda —murmuré, y me quité las lágrimas con el dorso de la mano—. Juro por mis padres que nadie más volverá a correr peligro por mi culpa. A partir de este instante, considérenme fuera de sus vidas.

Agaché la mirada y salí corriendo.

Capítulo 30

CANDELA

Llorando como una loca, me dirigí a toda prisa hacia mi casa. Mi vida se había derrumbado y no tenía consuelo.

—¡Candela!

El grito de Julián a mi espalda llamándome por mi verdadero nombre me obligó a avanzar más rápido porque era la última persona que quería a mi lado en ese instante. Estaba teniendo un ataque de pánico y necesitaba afrontarlo sola.

Grité por lo bajo la desazón que me estrujaba el alma. Mi vida estaba repleta de mentiras a las que me había habituado, pero que los demás no tenían por qué aceptar. Y era lo razonable. Por eso, ser testigo del cambio en los semblantes de Julián, Miguel y Marina a medida que descubría mi verdadera identidad me enfrentó a la terrible verdad de que, en realidad, no los había cuidado como se merecían. Y me sentí morir.

Tan pronto como pisé la galería de mi casa, saqué las llaves del bolsillo del pantalón y las inserté en la cerradura. Al abrir la puerta, me lancé al interior, pero al intentar cerrarla, una parte del cuerpo de Julián se introdujo en la rendija que quedaba.

—¡Por Dios, Candela! ¡Soy yo!

Furiosa y dolida, hice fuerza con las piernas y con las manos sobre la hoja de madera, pero ese hombre era demasiado fuerte para mí. Se impulsó con

vigor hacia delante y terminé perdiendo el equilibrio. En un segundo, Julián entró como un ciclón y, en un remolino de brazos y piernas, me sujetó contra sí.

—¡Vete! —Planté las manos en su pecho y comencé a empujarlo—. ¡Déjame sola!

Pero por más que intenté liberarme, Julián no se movió. Era como un muro de ladrillos irrompibles.

—No, amor.

—¡Sal de mi casa!

—Ni loco.

Intenté morderle el hombro, pero Julián me alzó en brazos y me llevó a toda velocidad al dormitorio. Cuando me arrojó sobre la cama, rodé hacia el borde, pero antes de alcanzarlo, Julián se abalanzó sobre mí y su enorme peso me dejó sin aire.

Forcejeé furiosa y asustada a la vez, pero sabía que era inútil. Al momento siguiente, me aferraba de las muñecas por encima de mi cabeza.

—¿Pero quién te crees que eres? —bramé dolida.

—El hombre que piensa cuidarte.

Lo miré levantando las cejas en tanto él me escudriñaba con intensidad. Inhalé con fuerza el aire que parecía querer abandonar mi cuerpo y temblé. Sus labios rozaron los míos y, de repente, fui consciente de sus palabras.

Un espasmo siguió a otro y, de súbito, lloraba a lágrima viva. Julián me abrazó con ternura y aquello fue mi perdición.

Capítulo 31

JULIÁN

No podía dejar de contemplarla. La recién descubierta Candela Podestá, con ojos verdes como el jade, me dejaba sin respiración. Situarle frente a nosotros y descubrir su temido secreto, sola y por propia decisión, me reveló, con la fuerza de una cachetada bien dada, que Candela era una chica repleta de un coraje y de una lealtad por las personas a las que había decidido amar que me estremeció. En ningún momento, ni siquiera cuando se encontraba más vulnerable, le tembló el pulso. Todos nosotros estábamos por encima de sus propios temores, incluso de sus sueños y propósitos.

Su generosidad me abrumó, así como su honestidad y su humildad. Y me volví loco. Toda ella, aun sin proponérselo, me escupía a la cara que yo, recién a mis treinta años, quizás, y solo quizás, podría ser merecedor de una mujer como ella.

Y desesperado, le hice el amor en su dormitorio. No por completo, porque la percibí demasiado frágil. La llené de mimos de manera minuciosa, guiado por lo que palpitaba en mi corazón. Esa chica se estaba metiendo sin tapujos debajo de mi piel, y no podía evitarlo. Tampoco es que quisiese, porque cuando la vi llena de furia y desazón, dispuesta a desaparecer de la faz de la tierra para cuidar de los que quería, me di cuenta de que jamás se lo permitiría. Me pasé las siguientes horas luchando, entre besos y caricias, para que comprendiese que, a mi lado, ella siempre estaría protegida.

Los dedos de Candela apretaron mi mano y regresé al presente, aunque me costó. No era fácil darme cuenta de que la llegada de la joven a mi vida ponía en evidencia niveles de descubrimientos, que me estaban sacudiendo.

Inhalé hondo. Nos encontrábamos en el comedor de mi vivienda con mi primo Alberto, que escuchaba atento lo que ella relataba. Miguel me había mandado un mensaje de texto anunciando que, como Marina y él ya habían prestado declaración ante Alberto, se retiraban a su apartamento, y que después hablaríamos.

Comprendía la intranquilidad de mi amigo, pero él tendría que aceptar que Candela iba a permanecer a mi lado más allá del peligro que nos acechase. Y estaba seguro de que Marina le plantearía lo mismo, porque adoraba a su compañera y ese cariño era mutuo.

—Bueno, Candela. Gracias por toda la información que me has brindado —dijo Alberto, y se levantó del sillón—. Te sugiero que en público sigas haciéndote llamar Candelaria Villegas. Marina y Miguel también están avisados.

—Así será.

Alberto asintió. A continuación, confirmó que los delincuentes habían escapado sin dejar rastro.

—¿Crees que son individuos locales? —preguntó Candela mientras lo acompañábamos hacia el vestíbulo.

—No puedo responderte en este instante. De todas maneras, investigaremos los nombres de las personas que han ingresado a través del aeropuerto y por barco, para tratar de detectar cualquier cosa que nos ayude. Pero nos llevará unos días. Por eso, te ruego que vayas acompañada a todas partes y con el teléfono encendido.

—Te lo prometo.

Alberto tomó su chaqueta y se detuvo frente a la puerta.

—Un gusto, primo. —Nos dimos un abrazo.

—Gracias por haberte acercado y evitarnos la ida a la comisaría.

—No es nada. —Se dirigió a Candela—. Julián te dará mi número de teléfono para que me llames cuando me necesites. Por favor, cuídate mucho. Es la primera vez que veo esa cara de tonto en mi primo.

Sonrió, y lo quise matar. Pero como conocía el humor irónico de Alberto, preferí ignorarlo. Los cachetes de Candela, en cambio, se pusieron colorados. Así y todo, ella se acercó y le dio un rápido beso en la mejilla que provocó una sonrisa de oreja a oreja de mi primo. Candela había permanecido sin las lentillas durante todo el interrogatorio, por lo que los iris verdes, en contraste con la cabellera más oscura, la convertían en una mujer exótica y muy deseable. Y Alberto no había permanecido inmune a su encanto natural.

Mierda. Esa muchacha atraía a los hombres como la miel a las abejas, pero yo estaba dispuesto a pelear con la espada y el escudo para eliminarlos a todos.

Apenas cerramos la puerta y nos quedamos solos, salimos al jardín tomados de la mano. Nubis comenzó a correr tras unas palomas que se habían posado sobre una mesa.

Nos acercamos a una hamaca de tela que había traído del Paraguay, la cual colgaba aferrada por los extremos a unos troncos de palmeras de gran envergadura, y nos recostamos. Reímos mucho, porque acomodarse en pleno vaivén no fue fácil, pero al final pudimos conseguirlo. Con el cuerpo pegado al mío como una segunda piel, la abracé.

—Tengo miedo, Julián.

—Yo también, cielo. —Le besé la frente—. Quiero que te vengas a vivir a mi casa, al menos hasta que este episodio se resuelva. No dormiría tranquilo pensando que estás sola.

Alzó la cabeza y me perdí en su rostro.

—No quiero que por culpa de lo ocurrido lo nuestro vaya demasiado rápido, Julián.

Me acomodé mejor, y eso significó que nos columpiásemos un poco más.

—Te repito que será hasta que encuentren a los malhechores.

Candela me abrazó más fuerte.

—¿Y si no lo hacen? Además, si esa gente llega a enterarse de que estoy viviendo aquí, serían capaces de atentar contra tu persona. Y no soportaría vivir con ello.

Besé sus párpados, conmovido. Ella siempre se preocupaba por mí y me derretía.

—Tengo un sistema de alarma de tecnología avanzada, Cande. Y Nubis, como habrás podido comprobar, cuando desactiva el modo «petardo» y activa el de «rey león», defiende y protege a los suyos como si de verdad fuese el rey de la jungla.

—Pero...

—Conseguiré un vehículo para que te desplaces por la isla sin quedar expuesta.

—Dios, Julián. Yo pagaré...

—¿Podemos dejar de hablar de cuentas, Cande? —Detuvo sus ojos sobre mí y me quedé sin aliento. Pero yo era porfiado—. Mi único objetivo es cuidarte. Y cada vez que salgas al mar con un contingente de turistas, deberás asegurarte de que las personas del grupo sean en realidad quienes dicen ser. Si tienes alguna duda, no te moverás de tu trabajo y nos llamarás de inmediato a Alberto y a mí. ¿De acuerdo?

Candela asintió y se mantuvo en silencio, hasta que susurró:

—¿Crees que Sebastián me está buscando?

Respiré hondo.

—Es probable, Cande.

—Tú lo has dicho, Julián. «Probable». No estamos por completo seguros. Entonces, si esas personas no pertenecen al grupo de Sebastián, ¿ante quién crees que responden?

«Buena pregunta», pensé.

—La policía investigará todas las probabilidades, cielo.

Cuando levantó la vista al cielo, contemplé absorto las pestañas oscuras

que bordeaban los ojos como si hubiesen sido pintados por un crayón. Irradiaban una mezcla tan arrebatadora de ternura y tristeza que despertaron en mí un deseo de posesión que me abrumó. No estaba acostumbrado y me resultaba nuevo.

Apoyé la frente sobre la de ella. Pero su cabeza no se detenía.

—¿Y por qué Sebastián recurriría al secuestro? No tiene sentido.

—Supongo que si sospecha que estás amparada por la policía, acercarse a ti podría costarle muy caro.

Frunció el ceño.

—¿Por qué no me llamó al móvil?

—Sabrá que está intervenido.

Suspiró y sacudió la cabeza. Permaneció callada un rato, y yo aproveché para besarle las mejillas y las comisuras de la boca.

—¿Y si está muerto?

Apenas alcancé a escucharla, pero fui consciente de sus lágrimas.

—La policía no ha hallado su cadáver, amor.

Al escucharme decir esa palabra, suavizó la expresión de su semblante y murmuró:

—Podrían haberlo lanzado al mar, o enterrado en algún lugar del planeta, Julián. Si era tan peligroso como la policía me explicó, tendría muchos enemigos.

Asentí acariciando su cabellera llena de rastras.

—Muchas respuestas surgirán con el transcurso de la investigación.

Con los labios barrí las lágrimas, que caían lánguidas, y cuando llegué a su boca, me apropié de ella como un ladrón que encuentra el más preciado de los tesoros. No quería a ningún otro hombre más que yo en su mente. Ni en su corazón.

Capítulo 32

—**C**uéntame —ordenó Gato a Ben.

—¿Te llegó el informe que me solicitaste?

Suspiró. El grandote arrogante, después de erigirse como «el salvador de Podestá», se oía como un pavo real.

—Sí, lo leí. Pero eres tan escueto con tus palabras que prefiero que me lo expliques de viva voz.

Rio ronco, como acostumbraba a hacer cuando se ponía insoportable.

—Está bien, gatito lindo. Espero que te hayas colocado el audífono en la oreja.

Frunció el ceño.

—¿Me estás llamando sordo?

—Tú decides.

Exhaló y se puso de pie para rodear la mesa de su oficina. Necesitaba caminar cuando su amigo lo alteraba.

—¿Podemos empezar?

Volvió a reír, y Gato contó hasta cien.

—OK, Dick Tracy —se burló Ben—. Los resultados de las investigaciones realizadas por nuestra gente sobre los últimos episodios demuestran que, efectivamente, el enfrentamiento entre dos bandos en el sur de la isla no se trató de una guerra entre narcotraficantes.

—Es lo que sospechábamos, Ben.

—Exacto, pero faltaba verificarlo. Averiguamos los antecedentes de los muertos, dos colombianos y dos rusos, y todos los perfiles responden a criminales especializados en el contrabando no solo de objetos, sino también de personas.

Gato juró, pero se obligó a continuar con la conversación.

—¿Qué más?

—Después de eso, se produjo el intento de secuestro de la chica Podestá. Me sumé a la refriega porque el novio de la muchacha Salcedo, Miguel Olgún, luchaba bastante bien, pero no iba a poder con tantos maleantes por sí solo. Te aclaro que me sorprendió para bien el perro que aniquiló a uno de ellos en pocos segundos.

—No te desvíes.

—Y tú no me interrumpas. —Gato puso los ojos en blanco—. Cuando llegó Davis y se encargó de Podestá y de sus amigos, yo perseguí a los malditos hasta el aeropuerto, donde otro grupo de delincuentes esperaba, pero por más que intenté detenerlos, eran muchos, y, a toda velocidad, abordaron un avión privado.

—¿Eran hombres de Sebastián Araujo?

—No. Se trataba de los armenios.

Gato regresó a su asiento y arrastró las manos por su cabello hasta la nuca, donde las entrelazó.

—Entonces se ha declarado la guerra.

—Es lo que me temo.

—Y Podestá, en el medio.

Por primera vez, Ben guardó silencio durante un rato, hasta que habló de nuevo:

—Insisto, Gato: la chica no tiene ningún vínculo con el contrabando.

—Cada día me convengo más, si eso te deja tranquilo.

—En la isla la adoran, y no ha tenido contacto con nadie más que sus amigos y su nuevo noviecito.

Gato se aclaró la garganta y bebió de su café que estaba bastante frío.

—Vigíalos. Habla además con el agente Robinson, que tiene mucha gente leal a él. Explícale que necesitamos que colabore con nosotros.

—De acuerdo.

—Entonces quedamos acá.

—*Bye, Cat* —se despidió Ben.

Solo en su despacho, Gato inspiró profundo. Las cosas se estaban complicando, y temía por el futuro de la joven Podestá.

Capítulo 33

JULIÁN

Introduje las llaves en la cerradura y abrí la puerta con prisa.

—¡Cande!

Ante el silencio, coloqué las bolsas del supermercado sobre la mesa y me adelanté al ventanal. Sonreí.

En el jardín, Candela le lanzaba a Nubis un disco volador de goma. Hacía una semana que ella se había mudado a mi casa, y la rutina que se había autoimpuesto provocaba que mi perro la adorase. En el mundo de Nubis, yo casi había dejado de existir, y en sus ojos solo se percibía la devoción por Candela. Maldito traidor.

Reí con ganas porque, de todas formas, entendía a mi mascota. Candela, no bien salía del trabajo, se montaba en el coche que le había comprado el mismo día que le pedí que se viniese a vivir conmigo y se apresuraba a llegar a casa para jugar con Nubis durante horas.

Todavía recuerdo lo difícil que resultó convencerla de que yo no aceptaría un centavo de su parte por el vehículo. Discutió durante horas hasta que claudicó cuando le prometí que se lo prestaría solo hasta que pudiese adquirir uno con sus ahorros. En realidad, me importaba poco lo que hiciese con el coche porque mi solvencia económica era lo suficientemente holgada como para permitirme afrontar ese costo y muchos más. Además, la seguridad de Candela se había transformado en mi talón de Aquiles, y no cejaría en mi

intento por protegerla.

Gracias a Dios, en esos días nada preocupante ocurrió, salvo la pena de Candela porque Marina y ella todavía no habían hablado del nefasto episodio. Se veían en el trabajo, pero ninguna se animaba a abordar el tema. De todas maneras, conocía el amor que las dos se profesaban y estaba seguro de que muy pronto el diálogo se restablecería.

Por otro lado, estaba bastante tranquilo porque, durante una charla a solas con mi primo Alberto, acordamos que dos de sus hombres se convertirían en los guardaespaldas de Candela. No lo serían en el sentido estricto de la palabra, mi chica jamás los habría aceptado, pero cuidarían de ella sin que se diese cuenta.

Sonreí una vez más, como acostumbraba a suceder desde que Candela había aparecido en mi vida.

Me dirigí al refrigerador y extraje una cerveza. Bebí dos sorbos y respiré profundo, reflexionando acerca de cómo definir mi relación con ella en ese momento. Lo más exacto sería decir «en progreso». Es verdad que la belleza de Candela me dejaba absorto, pero a medida que pasaba el tiempo, descubría en ella a una joven sabia, dulce y muy generosa.

A su vez, nuestras noches eran sublimes. Después de comer, trotábamos en la playa con Nubis a nuestro lado haciendo de las suyas; luego regresábamos y nos relajábamos frente al televisor, donde veíamos alguna serie o una película. Y el postre se convertía en lo más exquisito, gracias a nuestras ganas de paladear y degustar el cuerpo del otro.

Hacíamos el amor en todos los rincones de la casa, de diferentes maneras, algunas con suavidad y otras con un salvajismo que desconocía en mí. No tenía muy claro a qué se debía tanta intensidad, pero esa muchacha de ojos sublimes me iluminaba el alma como nadie. Y se lo demostraba.

Escuché la risa ahogada de Candela entre los ladridos de Nubis y miré de nuevo a través de los ventanales. Las piernas esbeltas y los senos que se agitaban cuando corría provocaron que me ardiese la entrepierna.

Exhalé con energía y devolví la botella al cubo de reciclar. Me dirigí al baño, donde me desvestí a toda prisa y me metí bajo el chorro de agua de la ducha. Coloqué las manos sobre la pared azulejada y hundí la cabeza entre los hombros. Al percibir el vapor caliente sobre mi cuerpo, me abandoné a una leve sensación de tranquilidad y reflexión.

Contra cualquier pronóstico, Candela representaba un precioso hallazgo. En mi casa era prolija y ordenada, higiénica al extremo, y contaba con una habilidad extraordinaria para la cocina. Algo por completo diferente a mí, que era un desastre. Todas las noches me había hecho probar una delicia diferente, algunas de su país y otras de su propia inventiva. Por su parte, Nubis recibía como recompensa algunas sobras que agradecía con movimientos acompasados de la cola.

En medio de mis alegres cavilaciones, un halo de angustia alteró mi humor. Sabía de qué se trataba, pero no encontraba la forma de apaciguarlo: el fantasma de Sebastián.

Sacudí la cabeza de un lado a otro. Me abrumaba y no quería imaginar mi reacción si ese tipo llegaba a presentarse ante Candela. Toda mi civilidad desaparecería porque no iba a permitir que se apoderase de ella otra vez.

Tampoco podía descartar la otra hipótesis, es decir, que estuviese muerto. Y en ese caso, si Candela constataba su pérdida, los sentimientos que alguna vez había abrigado por ese hijo de puta podrían estallar y, sin ningún reparo, alejarla de mí.

Estaba jodido.

—¿Julián?

Levanté la cabeza y abrí la mampara de la ducha.

—Aquí, amor.

Me gustaba llamarla de esa forma, aunque Candela jamás hiciese lo mismo conmigo. Captaba su resquemor de que avanzásemos muy rápido. Pero me tenía sin cuidado porque adoraba tenerla a mi lado.

—No escuché tu regreso. ¿Has comido? —quiso saber. Sus ojos parecían

más transparentes.

—No.

—Puedo prepararte algo, si quieres.

Sonreí. Contemplarla me alejaba de los pensamientos que abarrotaban mi cabeza.

—Lo vemos. ¿Me alcanzas una toalla?

Asintió y buscó una enorme del armario del baño. Cuando regresó y estiró la mano, le aferré la muñeca con suavidad y precipité su cuerpo contra el mío.

—Pero ¿qué haces, Julián? —chilló, dejando caer la toalla, y no pudo continuar porque ya la tenía conmigo debajo de la ducha.

La abracé con fuerza y comencé a llenarla de besos. Forcejeó un poco, pero enseguida rompimos en estruendosas carcajadas, mojados y llenos de ganas de tocarnos.

Cuando profundicé el beso en su boca, levantó los brazos y los enredó detrás de mi cuello. Mis manos viajaron por el costado de su torso hasta que llegué a sus pechos, que eran mi debilidad. Me aparté y rasgué su blusa para exponer las aureolas rosadas que me llamaban a gritos. Con el agua chorreándome en la boca, me incliné y me dediqué a ellas con tesón.

Los gemidos de Candela me enardecieron y me volví de fuego. Subí el rostro y la besé con la intención de descubrir todos sus secretos. Sus palabras no eran mis aliadas, pero acudiría al principal delator: su cuerpo.

Aferrándole la nuca para que no desviase el rostro, devoré los labios jugosos. Me sumergí en una cascada de placer que me impulsaba a nadar hacia el corazón de esa chica que había transformado mi realidad con su sola presencia.

Al oír sus gemidos, caí de rodillas y, a tirones, le quité el pantalón corto y las bragas. Con la mano, le alcé una pierna para descubrir el más recóndito de sus tesoros y lo asalté sin miramiento. Permanecí adorando la cálida riqueza hasta que mi musa gritó, retorciéndose entre mis brazos con gruñidos de satisfacción.

Me miró sonriente. Antes de que me diese cuenta, estaba a cuatro patas frente a mí, con las nalgas alzadas en toda su magnificencia, y se llevó mi miembro a la boca.

Creí morir. Literal.

Cerré los ojos y me senté, embobado por la atención de Candela a mi masculinidad. Busqué ahondar el contacto con su lengua levantando la pelvis. Gruñí. Le acaricié los pechos y supe que, de no detener esa deliciosa tortura, culminaría demasiado pronto.

La ayudé a ponernos de pie. Sus mejillas encendidas me erigieron la polla aún más, si es que eso era posible, y temí volverme un verdadero desenfrenado. Candela me conectaba con mi parte más salvaje y no estaba seguro de cómo gobernarla.

La aferré de las caderas y la alcé. Sus piernas me rodearon la cintura y, como un poseso, la apoyé contra la pared para enterrarme hasta lo más hondo. Sin respiro, comencé a embestir con todas mis fuerzas hasta que unas burbujas se cruzaron por delante de mis ojos. Levanté la cabeza y descubrí un frasco de champú, cuyo contenido se desparramaba por los azulejos a causa de nuestros frenéticos movimientos. Después de estirar una mano y untarla en el líquido viscoso, embadurné cada rincón de la figura que me encendía como ninguna otra. Candela hizo lo mismo y, en un segundo, nos encontrábamos en una marea de sensualidad caliente y espumosa que nos llevó a un completo frenesí.

A la par de las ardorosas arremetidas, mi corazón palpitaba como si pretendiese abrirse camino a través de mi piel. ¿Qué me estaba ocurriendo, por Dios? Candela se estaba transformando en una necesidad, en un anhelo del que no podía prescindir. Y, en el fondo, me daba mucho miedo.

—Julián, me encantas.

«¿Cómo?», estalló la pregunta en mi cabeza. ¿Había escuchado bien?

Me detuve y le aferré las mejillas con las manos. Contemplé sus ojos insondables, las pestañas negras llenas de gotitas que hubiese muerto por lamer, y la boca entreabierta, inflamada por mis besos.

—Dilo de nuevo —susurré sobre sus labios.

Candela sonrió con sensualidad y se me hizo un nudo en la garganta. Era la primera vez que la veía en rol seductor, y me desarmó.

—Otra vez no.

Consciente de su desafío, recorrí como un sediento sus facciones y su cabellera alocada. Pero lo que me detuvo el corazón fue lo que percibí a través de sus pupilas: una calidez diferente, un fuego esperanzador, un afán que se asomaba tímido luego de haber sido castigado de la manera más cretina. Y al darme cuenta de que yo era su destinatario, me sentí perdido del todo.

Con un bramido bajo y sordo, entrelacé mis brazos por detrás de su cuello y me lancé en busca de su alma.

Capítulo 34

CANDELA

—¿Cuántos grupos tengo hoy?

Marina buscaba la respuesta en la pantalla del ordenador ubicado en la recepción del hotel. Mi amiga era multifacética en el trabajo y por eso Alarcón la cuidaba al extremo. Podía ser una eximia secretaria, contadora y recepcionista, e incluso hasta podía organizar los distintos restaurantes sin ningún inconveniente.

—Dos. Uno a las diez de la mañana y otro a las cuatro y media de la tarde.

—Gracias.

Aún me costaba mirarla a la cara después de la nefasta tarde del intento de secuestro. Me sentía tan culpable que no había tenido las agallas para hablar con ella.

Sonriendo, miró su reloj y luego a mí.

—Falta una hora para que salgas con el primer contingente. Como tengo una pausa antes de empezar a hacer un balance de contabilidad que me lleva de los pelos, te invito a desayunar.

La respiración se me detuvo, pero enseguida exhalé junto con mis palabras:

—Sé que debería haberte llamado, Marina. No te merecías mi silencio.

—Yo tampoco tomé el teléfono, Cande. Por eso necesito que tú y yo tengamos una buena conversación sin que nadie nos interrumpa.

Tragué en seco. No estaba preparada para que Marina me mandara a la

mierda. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ella se merecía todo mi respeto y lealtad.

En ese segundo, mi estómago eligió emitir un ruido sordo, que provocó que Marina riera y yo gimiera del apuro. Como Julián y yo nos habíamos quedado dormidos al amanecer a causa de la tórrida noche que pasamos, no había alcanzado a desayunar antes de salir corriendo al trabajo. Por lo tanto, la invitación resultaba ideal por ambas razones.

—De acuerdo.

La sonrisa de oreja a oreja de Marina me contagió y nos dirigimos a uno de los bares del hotel. Al ingresar, una de las camareras que nos conocía sonrió y nos llevó a la mesa.

—¿Qué van a ordenar, tesoritos?

Tanto Marina como yo encargamos un desayuno continental y jugos de diferentes frutas. Apenas la joven se retiró, mi amiga me abordó:

—Dejé pasar unos días para que las dos estuviésemos más tranquilas. — Todo rastro de alegría se me borró del rostro, y debió de ser muy evidente porque Marina se apresuró a agregar—: No es nada malo, Cande.

—Me siento muy mal por lo ocurrido. Te lo juro.

Marina estiró su mano y apretó la mía con calidez. Mis ojos se humedecieron. No era muy buena con las habilidades sociales y sentía que había fallado a uno de los seres más buenos e incondicionales que había conocido en mi vida.

—Y yo peor, porque el secuestro estaba destinado a ti, corazón.

—Esos tipos te hicieron daño y no me lo perdono. Te juro que entendí que no quisieras llamarme.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Y Marina me acompañó.

—Cielo, escúchame.

En ese momento, la camarera trajo los desayunos con una sonrisa enorme, pero al ver nuestros rostros congestionados, se apresuró a colocar las cosas sobre la mesa y se retiró en silencio.

—Dime —murmuré.

—No te voy a negar que necesitaba tiempo para ordenar mis ideas porque lo ocurrido fue muy fuerte. Y Miguel estaba enfermo de miedo.

—Dios... Comprenderé muy bien si él no acepta...

—¡Candela! Jamás le permitiría a Miguel decidir sobre nuestra amistad. Es más, lo hemos hablado y ha comprendido que ha sido bastante malvado contigo por la forma en que te trató ese día. En vez de pensar en ti, que eras la víctima del bombazo, se puso como un macho alfa para proteger a su hembra.

—Pues no hubiese esperado nada menos de él. ¡Se lo dije yo misma! —Marina asintió—. Pero además, Maru, el haberles ocultado mi verdadera identidad, de alguna forma, me hace sentir como una mentirosa.

—Fue lo que la policía estipuló y ninguno de nosotros se atrevería a juzgarte. Yo hubiese hecho exactamente lo mismo que tú, cielo. Esta charla solo tiene la finalidad de confirmar que tanto tú como yo necesitábamos tiempo para digerir lo sucedido. Pero te juro, por lo más sagrado, que yo estaré a tu lado para apoyarte en lo que sea. Pase lo que pase.

Reí entre sollozos y me soné la nariz con una de las servilletas de papel que había sobre la mesa.

—Te adoro —dije en un murmullo.

Marina me envolvió las manos con fuerza.

—Y el haberte ido a vivir con Julián habrá significado un torbellino para ti.

—Sí, pero es transitorio, porque no bien sepamos que no corro más peligro, regresaré a mi casita.

Las pupilas de Marina brillaron con intensidad.

—¡Vamos, Cande!

Apenas pronunciadas esas palabras, su sonrisa se ensanchó. No estaba segura de qué responder, pero atiné a mi sinceridad. No podría engañar a Marina nunca más.

—Pretendo ir paso a paso, aunque mi cuerpo grite lo contrario.

Me sonrojé porque me había convertido en una bocazas.

—¿Qué?

Marina me liberó las manos y aplaudió por lo bajo. Le sujeté las muñecas y se las coloqué sobre la mesa. Entre risotadas, murmuré:

—¡Sh! No me delates, por favor.

—¡Me muero de amor!

La camarera nos miró y sonrió de la misma forma al ver que nos matábamos de la risa. Sacudiendo la cabeza, se retiró a otra mesa, seguro que muy gustosa de que Marina y yo hubiésemos encontrado la paz.

—Para, te lo ruego.

—Pero es que Julián está loco por ti. ¡Lo sé! Y Miguel también lo sospecha. Encima, creí que te habías criado entre monjas, Cande. Temía por los dos. Por suerte, mis oraciones fueron escuchadas.

—Tú nunca rezas.

—Empecé a hacerlo después del episodio con esos tipos. ¡Y ha dado resultado!

Puse los ojos en blanco.

—Lo que nos une a Julián y a mí es algo que no tengo muy claro. Jamás me ha dicho una palabra de amor, salvo que le gusto. O sea que tampoco es para tirar fuegos artificiales.

—Te recuerdo que Julián ha tenido que derribar tus defensas con machetes bien afilados. Creo que está yendo despacio para darte lugar a que vayas reconociendo tus sentimientos que, a propósito, ¿cuáles son? ¿Me contarás?

Al verle la expresión de cachorro suplicante, me desarmé.

—Es difícil definir lo que hay en mi corazón.

—No me vengas con respuestas evasivas.

Sacudí la cabeza.

—Lo único que puedo garantizarte es que siento algo muy fuerte hacia él. Mi gran duda es saber si lo que alberga mi corazón se debe a que Julián me hace sentir segura o a que me importa a otro nivel.

Marina me contempló con la boca abierta.

—¿Te estás escuchando? ¡Por Dios! Si cada vez que miras a ese hombre, se te cae la baba.

—Bueno...

—¡No! Déjame decirte las cosas como yo las veo porque, al parecer, tú te empecinas en permanecer ciega. Que lo hayas estado con Sebastián no quiere decir que lo repitas con Julián. —Respiró profundo y me miró con exaltación—. Te estás enamorando de él, Candela.

Abrí los ojos como platos.

—¡Hace cuatro meses estaba a punto de casarme con Sebastián! ¿Y tú crees que ya he entregado mi corazón a otro? —Negué con la cabeza—. Es imposible, Marina.

—No lo ves porque tienes tu vida hecha un lío. Te aseguro que cuando lo de Sebastián se aclare y tu identidad real aflore otra vez por cada uno de los poros de tu piel, podrás dar rienda suelta a tus verdaderos sentimientos por Julián.

Me quedé en silencio un rato. Aquello me abrumaba.

—Pero ¿te has puesto a pensar qué ocurriría conmigo si Julián se cansase de mí?

—¿Crees que será tan ingrato?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Julián me aseguró que su contacto con las mujeres era netamente sexual, entonces, ¿qué puedo esperar cuando yo me estoy comportando de la misma forma? No quiero salir herida de nuevo.

—Lucha por lo que sientes.

Negué con énfasis.

—Te voy a decir algo muy claro, Maru. Yo no creo en eso de «luchar por alguien para que se enamore de mí». O sea, si tengo una pareja y ambos peleamos a la par por mantenerla sana y fuerte, entonces no te quepa la menor duda de que seré la mejor de las guerreras. Pero jamás me meteré en conflictos despiadados donde uno cree que la otra persona se enamorará

porque ha peleado por ella. Es que ¿contra qué debería luchar? A ver, enumeremos: ¿otras mujeres? ¿Su trabajo? ¿Sus viajes? ¿Su libertad tan deseada? ¿Él mismo? —Meneé la cabeza—. No, Marina. El amor, para mí, es algo que se da y se recibe a voluntad. Es una elección, y no quiero otra cosa de Julián. Nunca lo obligaría a estar conmigo porque yo lo ame. Si no me elige por quién soy y por lo que podemos construir juntos, entonces no hay nada por lo que pelear.

—Lo amas, Cande.

—No lo sé, Marina.

—Pues tus palabras son muy reveladoras.

La camarera se acercó con otra de sus sonrisas despampanantes.

—¿Desean algo más, chicas?

Miré el reloj y me levanté como un resorte. Apenas había tocado la comida.

—Debo buscar al grupo de turistas.

Saqué de mi pequeña mochila unos billetes y se los di a la joven.

—Sabes que esto es gratis, tesoro.

La observé, consciente de la sonrisa inquisidora de mi amiga.

—Cómprate unos ricos chocolates. —Y me dirigí hacia Marina—: Nos vemos luego.

Antes de salir del bar, la escuché exclamar:

—¡Salvada por la campana!

Capítulo 35

CANDELA

El ansioso grupo de turistas y yo nos encontrábamos parados en la puerta del hotel a la espera de la camioneta que nos llevaría a la bahía El Cove, uno de los puntos más famosos para el buceo, ubicado al sur de la isla.

Faltaban pocos minutos para las cuatro y media de la tarde, y Jaime, mi compañero, se había retrasado un poco, por lo que aproveché para sacar la libreta donde tenía registrados los nombres de las personas que vendrían.

De acuerdo con lo que había leído, todas tenían experiencia con el buceo, lo que aligeraba la aventura. Mi grupo de la mañana había estado integrado por gente que nunca había buceado, por lo que tuve que dedicar varias horas a conseguir que adquiriesen una adecuada preparación. Pero el esfuerzo valió la pena porque la experiencia en el mar resultó inolvidable.

Mientras solicitaba a los presentes la documentación requerida para confirmar sus identidades, dos muchachos me observaron con lascivia, lo cual me resultó incómodo. Casi a diario me tocaba padecer algo así, pero por suerte mi contacto con los babosos era muy escaso, debido a que nos pasábamos la mayor parte del tiempo sumergidos en el mar.

Respiré hondo y decidí empezar la marcha, pero el comentario de un pelirrojo grandote me sorprendió:

—Si hubiese sabido que íbamos a tener a una entrenadora tan bonita, entonces me hubiese puesto mi traje de buceo de gala. —Dos chicos más

rieron, pero la mayoría permaneció muda, lo cual me dio tranquilidad. Ese idiota quizás estaba borracho y no me había dado cuenta—. Y con ese par de delanteras, me ofrezco a ayudarte para que te sumerjas, amor.

«Un verdadero cavernícola», pensé. Cuando iba a responderle, otro de los turistas se detuvo frente al pelirrojo y siseó:

—Cállate, imbécil. No te sobrepases.

Puse los ojos en blanco. Si no hacía algo pronto, podría originarse una pelea. Cuando iba a llamar a Jaime por la radio, este apareció apenas los dos chicos comenzaban a empujarse.

—¿Qué pasa aquí? —gritó en voz alta.

—Este maldito no sé de qué va —chilló el pelirrojo señalando a su adversario.

—Estaba portándose como un cretino con la instructora —contestó el otro.

—Jaime. —Todos se volvieron hacia mí—. Por favor, hazte cargo de llevar al señor... —busqué su apellido en la lista— Smith hacia la salida, por comportamiento irrespetuoso.

—Bien hecho —exclamó una de las chicas. Y después lo hicieron las demás—. ¡Que se largue de aquí!

Entre Jaime y el chico que me había ayudado se llevaron a Smith, quien gritaba despotricando y forcejeando.

—Disculpen el mal momento.

—¡Faltaba más! —exclamó un joven con aspecto un poco mayor que el resto—. Si esos dos no lo hubiesen arrastrado a patadas, lo habría hecho yo con mi cinturón negro de karate.

No pude evitar reír. Todos querían ayudarme y me resultó muy agradable. A su lado, un turista sentado sobre la escalinata del hotel permanecía con la cabeza gacha mirando el teléfono móvil, ajeno a todo. Llevaba gafas de sol y un gorro por debajo del cual asomaba un cabello negro atado en una trenza, que le caía hasta los omóplatos.

Esperamos unos diez minutos hasta que mi salvador regresó.

—Ya está. El tipo estaba bebido y Jaime se encargará de él.

—Muchas gracias. Te has convertido en el héroe de la tarde.

Al terminar de decir aquello, sonreí y vi que tragaba en seco. Incliné la cabeza de inmediato. ¿Qué diablos pasaba conmigo? Atraía los problemas como moscas y no me gustaba un carajo.

De súbito, llegó la camioneta. Si bien Jaime no vendría con nosotros, tampoco sería un inconveniente. Nos habíamos sacado de encima al pelmazo y todos los asistentes tenían experiencia en buceo.

Así que, ni bien nos subimos con nuestros equipos, partimos a toda velocidad. Acomodada al lado del asiento del conductor, miré al hombre sentado frente al volante.

—Hola, mi nombre es Candelaria. ¿Eres nuevo?

El sujeto, sin apartar la mirada de la ruta, sonrió.

—Salvador Mejías a sus órdenes, señorita. El chofer se enfermó y me llamaron para reemplazarlo.

—¡Bienvenido!

Salvador sonrió. Giré el rostro y detuve la vista en el paisaje que no me cansaba de apreciar. Para mi asombro, unos cuantos kilómetros más adelante, el hombre comenzó a disminuir la velocidad hasta que, aparcando el vehículo a un lado de la ruta, se quedó mirándome en silencio a través del espejo retrovisor.

—Hay un error... —balbuceé poniéndome de pie, pero de repente, un frío ascendió por mi espalda y los vellos del cuerpo se me erizaron.

Me di la vuelta con la lentitud propia de los que no quieren enfrentarse a su destino. Pero sabía que no habría forma de eludirlo.

Contuve la respiración al contemplar al chico de la trenza, que se había acercado y permanecía de pie frente a mí. Hipnotizada, seguí el movimiento de sus manos que, de golpe, eliminaron las gafas y el gorro. Al hacerlo, pude apreciar el cabello negro y largo, que no concordaba con el color que conocía, pero que había acariciado tantas veces, y los ojos pardos que nunca olvidé.

Con un nudo en la garganta, susurré:
—Sebastián.

Capítulo 36

CANDELA

—Me ha llevado demasiado tiempo encontrarte. —Sebastián se acercó más y me señaló con el dedo—. No fue fácil ubicarte. Tu nuevo nombre, la cabellera diferente y los ojos verdes más hermosos que conozco escondidos tras esas lentillas oscuras me dificultaron la tarea.

Dentro de mí se libró una batalla entre lo que debía y lo que quería hacer, y, al final, retrocedí unos pasos. Al ver mi reacción, la mirada de Sebastián reflejó vulnerabilidad.

—Candela, soy yo —murmuró.

Mis lágrimas, intrépidas, se desbordaron por mis mejillas. Con el dorso de la mano las enjuagué, consciente de que muy pronto serían reemplazadas por otras. La presencia de Sebastián me había tomado por sorpresa, y un maremoto de sentimientos amenazaba con estallar. Y no sabía de lo que sería capaz.

Levanté la mano.

—¿Y crees que eso es suficiente? —pregunté alzando la voz.

Me había olvidado por completo del resto de las personas y las busqué con la vista. Permanecían en silencio observando el drama que se desarrollaba frente a ellas. Pero lo que terminó por liquidarme fue lo que escuché a continuación:

—No te preocupes. Todos responden a mí.

Abrí los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que tú has preparado todo esto?

El semblante que tanto había adorado se ensombreció, y los demás, incluso Salvador, asintieron en silencio.

—¿Smith también?

Sebastián sonrió apenas.

—Había que quitar a Jaime del medio.

—O sea que la pelea...

—Cuando algo me importa, no escatimo esfuerzos.

El corazón comenzó a atronar en mi pecho. El hombre al que había amado con locura, pero que también había destrozado mi vida como nadie, se encontraba delante, y yo no sabía qué mierda hacer. No estaba preparada para ese momento. De verdad que no.

—¿Y qué esperas obtener, Sebastián?

Respiró hondo. Sabía que se estaba cabreando, pero no me importaba. Yo comenzaba a sentirme como un volcán a punto de estallar.

—Candela, he regresado.

Parpadeé. Al hacerlo, otro torrente de lágrimas se derramó y algunas de ellas se introdujeron en mi boca entreabierta.

—Te estoy viendo, créeme.

Contempló mi mano izquierda con el ceño fruncido.

—¿Qué has hecho con el anillo?

—¿A ti qué te parece?

Movió la mandíbula de un lado a otro en tanto una vena le palpitaba en la frente. No contestó, sino que se limitó a mirar a las demás personas. No sé qué hizo, pero, de repente, todos se bajaron del vehículo y se retiraron en silencio entre la espesura.

—¿A dónde van? —exigí saber.

—No importa.

Era insólito, pero ese chico con quien había dormido como un angelito, segura y feliz, se había transformado en la causa del terror que sentía en ese

instante. El disfraz del Sebastián al que conocía había sido eliminado para enfrentarme a un completo desconocido.

—Dios... —murmuré.

Me contempló con una mezcla de recelo y adoración.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Llévame de regreso al hotel.

Negó con la cabeza.

—Imposible.

—Cuando el personal se dé cuenta de que no he vuelto, saldrán a buscarme.

Se precipitó hacia mí y me asió de los brazos, sin hacerme daño.

—Me importa un carajo, Cande. Tú te vienes conmigo.

Estaba sola y no tenía posibilidad de escapatoria. Jamás podría luchar y salir vencedora contra la fuerza brutal de Sebastián, por lo que no me quedaba otra alternativa que escuchar lo que tenía que decirme. Y si lo pensaba mejor, era lo que en verdad necesitaba.

—¿Qué quieres?

No respondió. En su lugar me obligó, con delicadeza, a sentarme otra vez al lado del asiento del conductor, mientras él se ponía frente al volante. De súbito, apreciar su rostro aniñado disminuyó mi pánico. No sabía si mi cerebro se aferraba a algún resquicio de cordura o qué, pero necesitaba controlar el palpar desenfrenado de mi corazón.

Puso en marcha el motor y desanduvo el camino que habíamos hecho. A unos doscientos metros del hotel, detuvo la camioneta y me hizo bajar.

—Ni se te ocurra escapar, Candela —me advirtió.

Suspiré. Él no sabía que yo ya había elegido permanecer a su lado porque precisaba la explicación que me debía. Asimismo, yo tendría la oportunidad de expulsar lo que tenía guardado desde hacía meses. Era la única forma en que sería capaz de continuar con mi vida.

Al pensar en Julián, el corazón se me estrujó.

—Voy contigo.

—Mejor así.

Apenas terminó de pronunciar esas palabras, me dirigió hacia un *jeep* negro metalizado aparcado a unos pocos metros y me abrió la puerta para subir.

—Descubrirán la camioneta.

—Llámalos para decirles que la aventura se terminó, que uno de los pasajeros se descompuso y que tú te vas al hospital con él.

Se me cruzó la idea de que Julián podría descubrir que el paciente y yo no habíamos estado allí, pero en el acto recordé que ese día él tenía que trabajar en la clínica de su padre.

Así que hablé con Jaime, a quien le indiqué el lugar exacto donde había quedado el vehículo. Lo convencí de que me había ido al hospital en el vehículo del enfermo y que el resto de la gente se había retirado tranquila. Le aseguré que, como no tenía otro grupo de turistas pendiente para ese día, en cuanto me dijese que el paciente se encontraba en perfectas condiciones, me marcharía a mi casa. Mi explicación le resultó convincente y nos despedimos.

Respiré hondo. Había quedado a merced de Sebastián.

Mi exnovio arrancó el *jeep* y nos dirigimos hacia la parte norte de la isla. Entretanto viajábamos en silencio, aproveché para observarlo de reojo.

Se lo veía bello como lo recordaba, aunque un poco más delgado. El pelo negro, mucho más largo que de costumbre, no le sentaba tan bien como su color miel natural, pero debía de ser parte de su camuflaje. Las pecas en las mejillas, que él tanto detestaba y que yo había adorado, continuaban dándole ese toque travieso que alguna vez me había conquistado por completo. Y la férrea mandíbula seguía tan atractiva como siempre.

Tragué en seco. Me encontraba en una vorágine de sentimientos encontrados porque había amado a Sebastián con todo mi ser y tenerlo a mi lado me daba ganas, por un lado, de besarlo, y, por el otro, de propinarle un tremendo puñetazo.

Además, estaba Julián. Si bien no tenía idea de cómo culminaría lo nuestro, él, poco a poco, había comenzado a llenar los agujeros de mi alma.

Respiré hondo. No entendía cómo Sebastián había eludido a las autoridades, pero tampoco me interesaba ahondar en ese detalle. Lo único que esperaba era que, al final de nuestra charla, me dejase ir. De otro modo, estaría metida en un verdadero lío.

A medida que avanzábamos, me di cuenta del cambio de ambiente natural. Nos acercábamos al parque regional Old Point, conocido por los manglares que deben su nombre a los árboles de Mangle. Era un lugar más tranquilo, y estaba segura de que Sebastián lo había elegido para poder dialogar.

No obstante, antes de arribar, aparcó el *jeep* en una arboleda ubicada al lado de una casa de aspecto modesto.

—Llegamos —dijo con un tono de voz más bajo de lo normal.

Descendimos del vehículo y, apenas se ubicó a mi altura, Sebastián me tomó del brazo y me dirigió hacia la vivienda. Al ingresar, abrí la boca como un pez.

El recinto estaba lleno de computadoras, papeles dispersos en todas partes, televisores de variados tamaños y teléfonos. En la pequeña cocina, se divisaban una cafetera, un refrigerador y un microondas.

Sacudí la cabeza, intentando hacerme a la idea de que no me encontraba en medio de una película. Lo que me resultó inverosímil fue que, en pleno caos, se apreciaba un jarrón de vidrio colmado de flores de colores vivos. Pensándolo bien, no me sorprendía, porque Sebastián había tenido buen gusto para el arte, y su trabajo así lo evidenciaba. ¡Qué paradoja de mierda!

—¿Vives aquí? —pregunté.

—Sí.

Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Cuánto llevas en la isla?

—Lo suficiente para encontrarte.

Entonces recordé el maldito episodio en el que Marina y yo nos habíamos visto involucradas.

—¿Fue tu gente la que intentó secuestrarme?

El semblante de Sebastián cambió. Volvía a mirarme como lo había hecho de novios. Y, sin ser capaz de impedirlo, me desarmó. Porque reconocía en ese chico al destinatario de un amor enorme que un tiempo atrás había elegido entregarle solo a él. Y sollocé.

Consciente de mi momentánea fragilidad, Sebastián se acercó a mí y, estrechándome entre sus brazos, me besó.

Mis lágrimas arreciaron.

Sus labios, que habían sido mi baluarte, mi razón de ser hasta hacía tan poco, me reclamaban otra vez, y mi cuerpo traicionero delató su confusión. Me entregué a su sabor, a su perfume y le devolví el beso con una locura atroz.

Gruñó. Alzándome en sus brazos, me llevó con urgencia hacia una habitación. No me importaba nada, salvo constatar que Sebastián, mi Sebastián, no había muerto y que estaba vivo, como, en el fondo, siempre había deseado.

Cuando me apoyó en las sábanas frescas, su mirada cálida me recorrió el rostro como si deseara imprimirlo en sus retinas para no olvidarlo jamás. Con ternura, musitó:

—Te amo, Candela.

Y volvió a besarme.

Capítulo 37

—Sebastián Araujo regresó. Está vivo.

La voz de Ben atornilló el cerebro de Gato, cuyo semblante empalideció.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—¿Cómo es posible? ¡Hay que cuidar de Candela!

El resoplido de su amigo a través del móvil provocó que cuadrara la mandíbula.

—Estamos en eso. Ha sido una negligencia de las personas encargadas de detectar en el aeropuerto a cualquier persona sospechosa de ser Araujo.

—¡Las voy a destituir!

—Cálmate, por Dios. Al menos ya estás avisado de lo que ocurre por aquí. Me tengo que ir.

Gato estaba tan enojado que no cabía en sí. Sus hombres habían cometido un error fatal y el desgraciado de Araujo se les había adelantado.

—No se te ocurra despegarte de Candela.

—Aún no he podido dar con ella.

Gato se apoltronó en el sillón, inclinó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos sobre los muslos.

—Si te has descuidado tú también, recibirás tu merecido. ¡Encuétrala ya!

La risa de Ben estuvo a punto de hacerlo estallar.

—A la orden, papá.

Capítulo 38

CANDELA

«Te amo, Candela».

Mientras mi mente repetía sus palabras, la imagen de Julián regresó a mí. Y con ella, un dique interior se resquebrajó por la fuerza con que mis abrumados sentimientos presionaban mi corazón: el dolor cuando vi el lado vacío de nuestra cama la noche que todavía intentaba tachar del almanaque de mi vida. El terror al encontrarme sola por completo. La confusión de verme en manos de la policía. La desolación por partir con otra identidad hacia un país que desconocía. La falta de amor que sentí hacia mí misma al comprobar que había sido un monigote para un maldito ingrato.

Y las compuertas estallaron. Como mi alma.

Colérica, pataleé y forcejeé hasta que logré que los labios de Sebastián se apartasen de los míos.

—¡Aléjate! —grité.

Al principio no me hizo caso, pero cuando se dio cuenta de que iba en serio, se echó hacia atrás en la cama. Aproveché ese instante para sentarme contra el respaldo, las rodillas dobladas contra mi pecho. Abracé mis piernas en un claro mensaje de no quererlo cerca.

Percibí su ira.

—¿Estás loca?

—¡No te atrevas a insultarme!

Demoró un rato, pero al final, la tristeza de su mirada me indicó que entendía mi enojo.

—Perdóname, Cande.

—¡No me llames así! Solo quiero que me expliques qué pasó, Sebastián. ¿Quién eres, por Dios? ¿Por qué yo?

La última frase la pronuncié con la voz quebrada. Y un brillo húmedo cubrió sus ojos.

—Jamás quise hacerte daño. Te lo juro.

—No busques justificarte. Por una vez en tu vida, sé un hombre y demuéstrame que has crecido.

Se levantó como un resorte de la cama y revolvió su cabello con las manos. Comenzó a caminar de un lado a otro.

—La policía te ha informado de mi trabajo.

—Sí. Pero necesito escucharlo de tu boca.

Se detuvo, angustiado.

—Soy contrabandista de obras de arte.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Dime todo, Sebastián. Merezco eso de tu parte.

Tomó una silla y, tras darla vuelta, se sentó y apoyó los brazos sobre el respaldo.

—Nunca fui bueno en la escuela, Candela. Me echaban de todas partes porque me aburría. Supongo que tendré algún problema psicológico o no sé qué. Pero mis padres, aunque lo intentaron, no lograron que fuese a un terapeuta. ¿Para qué? Yo tenía la vida que quería y lo único que precisaba era *tacklear* los escollos.

»Cuando fui haciéndome más fuerte, los profesores dejaron de expulsarme de las escuelas porque me temían. No tenía remilgo en amenazarlos, incluso a sus familias. Así que, poco a poco, fui forjando una personalidad segura y dominante. Aun cuando era un mocoso, empecé a vender ropa en el mercado negro de Mar del Plata y después me extendí a toda la República Argentina.

Como mi ambición era desmedida, al llegar a la mayoría de edad, viajé a diferentes países para contactar plazas diferentes. Comencé a importar pieles de China y de Estados Unidos y creé una cadena de comercios en Holanda, Italia y otros países europeos, donde las vendía muy fácil. Fíjate que, en los bares holandeses de hachís, las ventas eran extraordinarias.

»Hasta que un día, en uno de mis viajes, un tipo de Estambul se puso en contacto conmigo y me dijo que tenía muy buenas referencias acerca de mi forma para hacer negocios. Me ofreció contrabandear arte para él. Te imaginarás que cuando me informó el monto de dinero que ganaría, no lo dudé. Tenía veinte años y una cuenta bancaria repleta de ceros.

»De allí pasamos a Rusia y a Armenia, donde tuve graves problemas con la mafia del contrabando. En fin, creo que te aburriría si sigo relatándote mi vida. Entiendo que no he sido trigo limpio, pero nunca he matado a una persona a sangre fría. Las únicas veces que he recurrido a la violencia ha sido cuando la Interpol o el M16 han intentado atraparme, o cuando las diferentes bandas enemigas casi me matan. Estar en este mundillo exige que uno vaya un paso por delante, Candela.

Entretanto Sebastián seguía con su exposición, pensaba en lo naif que yo había sido al confiar en la persona con quien compartí seis meses de mi vida y estuve a punto de casarme.

—¿Me estás escuchando?

La pregunta me regresó al presente y balbuceé:

—¿Cómo y por qué desapareciste la noche en que me propusiste matrimonio, Sebastián?

La expresión de su rostro mostró algo que no había sospechado: mi exnovio había sufrido también.

—Mientras descansábamos, recibí un mensaje de texto. Una persona como yo, acostumbrada a jugar al gato y al ratón, duerme en estado de alerta permanente. Se trataba de un contacto que me citaba en el puerto porque aparentemente había llegado un cargamento que debía franquear a las

autoridades para su ingreso. Como tengo muchos amigos y conocidos estratégicos, era el indicado para llevar a cabo la tarea. Tú dormías como una bebé, y como supuse que regresaría pronto, ni siquiera atiné a dejarte una nota. Solo debía coimear al sujeto de turno y el problema quedaba resuelto.

»Pero poco después de arribar al lugar, hubo una refriega policial que, supongo, estaría conectada con la incursión de los agentes en nuestro apartamento. La cuestión es que mi grupo sufrió una persecución despiadada que nos llevó horas poder sortear. En el ínterin, mandé a dos de mis hombres a comprobar que te encontrabas bien, pero cuando me informaron que la policía te había arrestado, creí morir. A quien le preguntes podrá responderte que tuvieron que sedarme con una porquería que se usa para los caballos para derribarme y evitar que fuese tras de ti. Mi gente sabía que toda la organización estaba en peligro y habían decidido quitarme del juego hasta que lograra volver en mí.

—Entonces, ¿quiénes intentaron secuestrarme?

—Los tipos de una banda enemiga. Te juro que cuando los tenga delante, sufrirán en carne propia el haberse metido contigo.

Aspiré con fuerza. Esa conversación se estaba escapando por completo de mi control. Y de súbito, pregunté la cosa más estúpida del mundo, supongo que para alimentar el morbo de la cruenta situación.

—Si llevabas una vida plagada de dinero y lujos, me imagino que habrás tenido a tu disposición muchísimas mujeres. ¿Incluso cuando estábamos juntos? —Observé cómo las mejillas se le ponían coloradas y comprendí de inmediato la respuesta. Fue la gota que rebasó el vaso y exploté—: ¡Eres un hijo de puta!

Cuando me levanté de la cama, Sebastián me bloqueó el camino.

—¡Escúchame!

—¡Pervertido cabrón!

—Si me hubiese apetecido, créeme que podría haber sido dueño de un harem.

Le golpeé el pecho con ira. Había escuchado tanta insania que me sentía como cuando en los dibujos animados un coche se encuentra en un precipicio oscilando arriba y abajo, hasta que una tonta paloma se posa sobre el capó y decide su destino. El maldito harem fue la palomita que acabó con mi precario balance.

Me permitió sacudirlo un buen rato, pero al final, me envolvió con fuerza entre sus brazos y me habló con aspereza:

—¡Solo me acosté con aquellas a las que necesitaba extraerles información!

—¡No quiero saber nada más! —grité retorciéndome como una serpiente atrapada.

—Pues tendrás que oírme.

Las lágrimas volvieron a delatar mi fragilidad, y me dio mucha rabia conmigo misma.

—¡Mentiroso!

—¡No! —exclamó colérico—. Lo último que imaginé en mi vida es lo que me ocurriría cuando te conocí. Me enamoré, Cande. Te juro que sí.

Rompí en sollozos. Estaba destruida por dentro y no sabía cómo repararme.

—Has sido tan egoísta, Sebastián.

Mis palabras salieron de mi boca con tanto dolor que mi verdugo me estrechó aún más. Conocía su vigor, porque muchas veces habíamos jugado en la cama cuando éramos novios, y sabía que no lograría huir de él. Así que me resigné a llorar a lágrima viva sobre su pecho. No podía creer en la mentira en la que había vivido, ajena a la atroz realidad que se escondía por debajo de esa fachada.

Percibí su mano acariciándome las rastas.

—Sí. Lo soy. Pero te juro que cuando estaba con ellas, sentía asco. —Se le quebró la voz—. Al enterarme de que te había perdido, me prometí que jamás volvería a hacerlo. Y mi único objetivo fue encontrarte.

—¿Qué esperas de mí?

Mi voz sonaba amortiguada por la camisa, mojada por las lágrimas.

—Que aceptes volver a empezar lo nuestro desde el mismo instante en que te propuse casamiento.

Capítulo 39

CANDELA

—Es imposible, Sebastián.

Su cara de espanto me demostró que no creía en lo irreparable de nuestra situación.

—Candela, sé que no soy la persona que imaginabas que era, pero mis sentimientos son genuinos.

—No me alcanza —murmuré.

Por nada del mundo le contaría acerca de Julián, porque hacerlo significaría poner en peligro al hombre con el que estaba intentando darme una nueva oportunidad.

El rostro de Sebastián se transfiguró. Nunca imaginé presenciar la transformación de un ángel en un verdadero demonio. Pero ahí estaba, y el miedo se apoderó de mí.

—¿Estás enamorada del médico?

Me quise morir. Había subestimado a Sebastián una vez más.

—No sé de qué estás hablando.

Necesitaba ganar tiempo y si eso significaba pasar por tonta, no me importaba. Acercó la cara a unos milímetros de la mía.

—Sé que estás manteniendo una relación con Julián Davis, Candela. Todos lo saben.

—Somos amigos.

—¡Ahora no me mientas tú!

Me tomó de la muñeca y me arrastró hacia la habitación que tanto me había impactado. Traté de soltarme, pero sus dedos eran como tenazas. Con la mano libre, abrió un cajón y extrajo una carpeta bastante gorda que tiró sobre la mesa.

—¡Ábrela! —exigió a la vez que me liberaba.

Al hacerlo, me topé con un fajo de fotos en donde se nos veía a Julián y a mí riéndonos o abrazados, trotando por la playa, o besándonos como desaforados. Incluso unas cuantas con Nubis corriendo con la lengua fuera.

No sabía qué decir.

—No hace falta que expliques nada —aclaró—. Aunque ese tipo sea un cretino, entiendo que precisabas tener a alguien que te cuidase.

La rabia amenazó con apoderarse de mí de nuevo porque si había algo de lo que estaba segura, era de que yo no estaba con Julián por ese motivo. Es más, había luchado contra mis propios anhelos para evitar una confusión de esa índole. Pero debía impedir que Sebastián fuese tras él.

—Julián es un hombre que no se compromete con ninguna mujer.

Me observó durante un rato, que me resultó eterno, hasta que rompió el silencio.

—Julián Davis es agente de la Interpol, Candela.

Primero me quedé muda y después estallé en una sonora carcajada. Sebastián estaba rematadamente chiflado y recién me enteraba.

—¡Deja de embadurnar a otras personas para salvar tu propio trasero!

Entrecerró los ojos.

—Davis es médico, pero en Francia se convirtió en representante de la ley.

«Julián habla perfecto francés», recordé. Pero enseguida me obligué a apartar ese pensamiento.

—¡Vamos! ¿Y cuándo lo hizo? Julián estudió Medicina en Cambridge.

—¿Hace cuánto que se graduó?

—Siete años.

Contuve la respiración. Sebastián asintió.

—En ese tiempo, Davis alternó entre Inglaterra y Francia para culminar su residencia en ginecología y para graduarse en la policía internacional. Tiene un CI lo suficiente alto como para permitírselo.

Sacudí la cabeza, desesperada.

—No te creo.

—Ponte cómoda e investiga más —me invitó, señalando una silla con la mano.

Tragué en seco y me senté. Con el corazón desbocado, rebusqué entre las fotografías hasta que aparecieron otras en donde Julián vestía como los famosos guardias de S.W.A.T., armado hasta los dientes y camuflado.

—Lee el expediente, por favor.

Meneé la cabeza.

—¡No pienso hacerlo!

—¡Ojéalo al menos!

—Maldito embustero —susurré.

El músculo de la mandíbula de Sebastián se tensó.

—No solo yo, Cande.

Inhalé muy profundo. Después de todo, nada me haría cambiar de opinión respecto a Julián. Así que, obligándome a no temblar, comencé a pasar las hojas con la mano. En una de ellas, y en francés, se mostraban los resultados de los exámenes que se le habían tomado a Julián en diferentes disciplinas deportivas: maratón, boxeo, lucha libre y concursos de parapente. En ese instante, recordé el día en la playa con Marina y Miguel, y la gran pasión de Julián por correr.

«No puede ser», me dije.

—Podrás notar que son copias de algunos documentos conseguidos de la Interpol —aseguró Sebastián.

—¿Cómo sé que esto es verdadero?

—Si sigues leyendo, sacarás tus propias conclusiones.

Encontré una ficha con una foto de Julián, tipo de las que se usaban en los pasaportes, en donde se apreciaban los diplomas de médico y de la Interpol, obtenidos con los máximos promedios. A un lado, escrito a mano y en tinta azul, se aclaraba que, en la jerga contra la delincuencia, Julián era conocido bajo el seudónimo de Gato.

Gemí por dentro y las lágrimas comenzaron a caer otra vez por mis mejillas. Me las quité rabiosa con los dedos. Descubrí capturas de pantalla de cámaras de seguridad en las que podía verse con claridad a Julián participando en infinidad de operativos policiales.

De súbito, una especie de registro con la foto de Nubis, con medallas que colgaban de su cuello, me obligó a aferrarme a la silla para no caer. En él se afirmaba que mi amiguito era un perro policía adiestrado por el famoso Gato y que había participado en numerosos actos heroicos en la lucha contra la criminalidad.

«¿Nubis? ¿Mi Nubis?», me pregunté perpleja.

—Como verás, Cande, tampoco el can se salva.

Sollocé por lo bajo, sin comprender ese nuevo universo alternativo que se sumaba al de Sebastián.

Proseguí la tarea hasta que mi corazón se paralizó en tres imágenes. En la primera, Julián salía de su casa vestido igual que la mañana en que, después de haber hecho el amor como locos, desayunamos con Marina y Miguel, quienes nos pusieron al tanto del tiroteo acaecido en el sur de la isla. Al ver el automóvil de nuestros amigos estacionado en la puerta, se me formó un terrible nudo en la garganta.

«No, Julián, te lo ruego», susurré mientras observaba la segunda, en donde Julián se subía a su vehículo, y la tercera, en que partía hacia algún lugar.

—Permíteme mostrarte el pequeño video que nuestro hombre tomó a continuación.

Con el rostro bañado en lágrimas asentí. ¿Qué más podía hacer?

Sebastián extrajo un USB que insertó en una computadora y enseguida

comenzó la reproducción de la toma. En esta se veía el coche de Julián, que circulaba por delante de aquel en el que iba el sujeto que grababa. Al cabo de un rato, se detenía enfrente de una casa.

Recordé de inmediato que Julián, ese domingo, nos había dicho a nuestros amigos y a mí que había recibido una llamada urgente del hospital sobre una chica de dieciséis años que estaba sufriendo un aborto.

«Dios...», gemí por dentro, pero me obligué a seguir mirando el vídeo.

Del interior de la vivienda salió un rubio corpulento, quien lo recibió como si se conociesen. El hombre le informó de la confrontación entre las dos bandas acaecida en el sur de la isla la noche anterior, la cual había dejado como saldo cuatro muertos. Y la voz de Julián, nítida y clara, decidió mi destino:

«Te aseguro que esa pelea no fue producto del choque entre narcotraficantes, sino entre la gente de Sebastián Araujo y la mafia armenia. Ojalá yo estuviese tan convencido como tú, amigo, de la inocencia de Candela Podestá. Pero a medida que estreche lazos con ella, la verdad saldrá a la luz».

En ese preciso momento, me di cuenta de lo que significaba que un corazón se partiese en dos. O en cuatro. O quizás en millones de pedazos.

«Mentirosos hijos de puta», pensé sin emitir un sonido.

Me levanté y miré a Sebastián, quien sonreía abiertamente.

—¿Convencida, mi amor? —Permanecí muda—. El trabajo de ese idiota ha sido embaucarte para sacar información sobre mí y también para conocer tu posible participación en el contrabando.

—No veas la paja en el ojo ajeno, Sebastián. Él y tú están cortados por la misma tijera, aunque pertenezcan a polos diferentes.

—Yo jamás te mentí sobre mis sentimientos.

Percibía los ojos inflamados y un zumbido que me atravesaba la cabeza y taladraba mis oídos.

—Me voy —avisé, y me dirigí hacia la puerta.

Pero no llegué muy lejos porque Sebastián se interpuso en mi camino.

—No, Candela. Debes entender que el único tipo del que te tienes que alejar es Julián Davis.

Sonreí. Estaba a punto de expulsar lava de mi boca, pero necesitaba calmarme.

—Está bien. —Los ojos de Sebastián brillaron de satisfacción, y mi boca se transformó en una línea. Miré hacia la ventana y señalé con el dedo—: Hablando de Roma...

Ni bien Sebastián se giró hacia el ventanal, aproveché para tomar entre las manos el jarrón ubicado cerca de mí y, sin ningún remordimiento, se lo estrellé en la cabeza. En un reguero de agua y flores, mi exnovio cayó desmayado al suelo como un saco de patatas.

Sin perder un segundo, registré sus bolsillos hasta que encontré las llaves de su vehículo.

—Julián y tú pueden irse al mismo infierno —musité.

Salí de la vivienda y, poniendo en marcha el motor, partí a toda velocidad.

Mi vida con esos dos farsantes había culminado.

Capítulo 40

JULIÁN

El teléfono móvil comenzó a sonar sin interrupción entretanto despedía al último de mis pacientes. Desde la llamada de Ben anunciado la aparición de Sebastián me había apresurado a atender a la gente que había llegado por una emergencia, mientras que a las demás las había despachado prometiéndoles verlas otro día. Me sentía aterrado por Candela, porque ese hijo de puta de Sebastián volvía al acecho.

No bien me quedé solo, atendí.

—¿Dime que la encontraste!

—Lo siento, Gato.

Mi semblante debió de descomponerse y bramé:

—¿Qué pasó?

—Sebastián Araujo se llevó a Candela con él.

—¡No! ¡Maldición!

Grité y mi cuerpo tembló como una hoja frente a un vendaval.

—Con los dos agentes que tu primo puso a disposición, salí tras Araujo y su banda, pero cuando faltaba poco para llegar a El Cave, el exnovio de tu chica hizo salir del vehículo a su pandilla y, en el camino, no la pudimos evitar. Tuvimos un fuerte encontronazo que llevó su tiempo, máxime que éramos tres contra doce. Incluso una chica estuvo a punto de cortarme las pelotas. Nos valimos de todas nuestras habilidades para dejarlos fuera de juego, hasta que

el último cabrón en pie reveló los planes que su jefe tenía para Candela.

—Ya mismo salgo tras de ella. Seguiré las señales del microchip.

—Nos uniremos a ti cuando terminemos de atar a estos idiotas que aún continúan desmayados.

Colgué sin responder y salí corriendo hacia mi coche, como alguien que se ha prendido fuego y ansía llegar al agua a varios metros de distancia.

Llamé varias veces al teléfono de Candela, pero en cada ocasión me derivaba al buzón de voz. ¡Joder! Subí a la camioneta y, apenas la puse en marcha, busqué la *app* que detectaría la señal enviada por el dispositivo ubicado en su teléfono. Apreté el acelerador a fondo y partí a toda velocidad.

Sin aflojar la marcha, observé el radar ubicado en la consola de mi vehículo y el punto rojo que titilaba, el cual me informaba que Candela se encontraba en la zona norte de la isla. En ese segundo, sonó mi móvil y, al leer la pantalla, me di cuenta de que se trataría de una escucha del teléfono de ella.

«Entonces, ¿por qué mierda no me respondió cuando la llamé?». Quizás la explicación la encontraría en la conversación.

Al atender, oí que Candela hablaba con un hombre. Me tranquilicé de inmediato porque parecía que no había sufrido ningún daño, pero al darme cuenta de quién era su interlocutor, no me gustó un carajo.

—*Señorita Podestá, qué placer escucharla.*

—*¡Fuentes! Debo regresar con urgencia a Argentina.*

«¿QUÉ?», bramé sin emitir una palabra. Comencé a sudar a la vez que mi corazón galopaba desenfrenado.

—*Explíquese, por favor.*

—*Sebastián me ha encontrado. Está obsesionado con la idea de que volvamos a estar juntos y, como me negué, me retuvo en una casa, pero logré escapar al golpearlo con un florero en la cabeza. Supongo que seguirá desmayado.*

«Esa es mi chica», me dije con orgullo, aunque furioso porque quería irse de mi lado.

—¿Dónde se encuentra usted en este momento?

—De camino hacia mi vivienda.

—¿Cuál es la dirección de la casa donde Araujo la tenía encerrada?

—No sé, porque salí a toda prisa para apoderarme de la camioneta, pero queda a pocos kilómetros de El Cave. Saqué una foto de la fachada que le puedo enviar a través de mi teléfono.

Escribí un mensaje de texto a Ben explicándole que, con la ayuda de la foto que Candela enviase, se dirigiese con urgencia al lugar.

—La espero, señorita.

«Bien, Fuentes». Efectivo como siempre.

Se hizo un silencio, que la voz de Candela interrumpió a los pocos segundos.

—Ya está.

En el mismo instante, yo también recibí la foto.

—Gracias.

—Por favor, Fuentes, ¡sáqueme de aquí!

«¿Qué diablos te pasa, Cande?», mascullé colérico.

—Óigame bien —solicitó el comisario—. Vaya primero a la policía de ahí. Hable con gente de su confianza y después veremos qué hacer.

—¿Usted conoce a Julián Davis?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es un médico muy prestigioso de la isla.

—¿Sabe que trabaja para la Interpol? ¿El nombre «Gato» le resulta conocido?

«Joder, no», juré entrecerrando los ojos, y apreté la mandíbula con ira. Mi cabeza estaba a punto de reventar.

—Mire, joven, no puedo darle esa clase de información. Simplemente preséntese ante las autoridades y pregunte por Alberto...

—El primo de Davis. ¿Usted me cree estúpida?

—¿Cómo sabe tanto?

La respiración agitada de Candela se acopló a la mía. Me revolví el cabello, desesperado.

—*Porque Sebastián me mostró un montón de documentos confidenciales y un vídeo en el que había pruebas acerca del enigmático Gato, que resultó ser Julián Davis. Incluso su perro trabaja para la policía.*

«Tú tampoco te has salvado, amigo», reflexioné al recordar el amor que Candela y Nubis se tenían. Lleno de rabia, golpeé el volante.

—*¿Y por qué está tan enojada? Los hombres están cumpliendo con la misión de protegerla.*

—*No, Fuentes. Davis ha utilizado cualquier clase de estrategia para tratar de averiguar si yo estaba involucrada en el contrabando que Sebastián lleva a cabo.*

Si bien Candela hablaba con seguridad, la conocía y sabía que, en el fondo, estaba hecha trizas: por culpa de Sebastián y mía, que la habíamos traicionado.

—*No entiendo su malestar. Las operaciones ejercidas por las autoridades no siempre son las más misericordiosas.*

Aspiré con fuerza. Fuentes acababa de cavar mi propia fosa.

—*¿Usted también sospechaba de mí?*

—*Al principio tenía mis reservas.*

Un nuevo silencio me provocó náuseas. No estaba preparado para perder a Candela.

—*Imaginaba su respuesta. Permítame regresar a Argentina. No quiero que Sebastián me atrape de nuevo. Le suplico que hable con Alberto Robinson para que me conceda la oportunidad de tomar un avión.*

Había mucho dolor en sus palabras y el corazón se me estrujó. Su confianza en mí había desaparecido, y me dolía.

—*Comuníquese con Davis. Es lo mejor.*

—*No, Fuentes. Por lo que más quiera, déjeme regresar. Le contaré lo que Sebastián me explicó. Pero solo a usted.*

—*No soy más idóneo que Davis, señorita Podestá.*

En ese instante, escuché moquear a mi chica y me sentí el peor tipo de la Tierra. Ella lloraba y no tenía modo de explicarle que todo era una profunda equivocación.

—*Lo sé. Pero tampoco estoy enamorada de usted.*

Mi corazón se detuvo. Y, a continuación, las palabras de Fuentes me sumieron en el peor de los infiernos.

—*La autorizo a regresar, Candela.*

Capítulo 41

JULIÁN

— ¡Maldito Fuentes! —grité fuera de mí. Y lo hice no sé cuántas veces más.

Apreté el acelerador a fondo. Debía impedir, de la manera que fuese, que Candela regresase a su país. Volví a aporrear el volante porque, de no hacerlo, me volvería loco de verdad.

«Pero tampoco estoy enamorada de usted».

Esas palabras me abrieron en canal, y la única que podría cerrarme sería Candela. ¿Cómo había llegado tan lejos sin haberme dado cuenta? Era un verdadero idiota al no reconocer que Candela y yo habíamos comenzado a sentir lo mismo. Porque desde que ella había aparecido en mi vida, esta se había transformado por completo. Así y todo, no había sabido registrar las señales, o mejor dicho, había tratado de ignorarlas.

— ¡Eres un imbécil, Julián! —me reproché.

Pero no iba a renunciar a mi chica bajo ningún punto de vista. Estaba rabiosa conmigo porque debía de pensar que lo nuestro era una mentira creada por mí. Pero estaba equivocada. Lo que albergaba mi corazón era lo más genuino que en mis treinta años de existencia había sido capaz de sentir.

El sonido del móvil interrumpió mis pensamientos.

— ¿QUÉ? —rugí.

— ¿Se puede saber qué diablos ha hecho usted para que Candela Podestá me

haya llamado con urgencia con la intención de regresar a la Argentina?

—¿Y por qué aceptó? ¡Lo escuché, Fuentes!

—¡Entonces conocerá la respuesta! La chica está enamorada de usted y eso complica el caso.

—No es la primera vez que algo así sucede en una investigación.

—Es verdad, pero la ha estimulado y nunca fue la idea, Gato. Solo debía protegerla. Cuando me enviaba los informes, no me pasó desapercibido el cambio que se iba operando en usted. Entérese de que exigiré a las autoridades que me deleguen el caso a mí.

—¡NO!

—Pero ¿qué le pasa? Benoît...

—¡Ben! —bramé a ese cretino, que podía recordar el complicado nombre de mi amigo.

—¿Qué?

—¡Llámelo Ben!

—Está desquiciado, Gato. —Hizo una breve pausa y prosiguió con tono sarcástico—: Su amigo y usted seguirán trabajando con la parte que atañe a Araujo mientras que la que corresponde a Podestá la continuaré yo desde aquí.

—He dicho que no.

—Sea razonable. La joven no quiere saber nada de usted. Se siente estafada y no vale la pena presionarla. Apenas ella regrese a Argentina, nosotros la protegeremos. Además, Araujo ya apareció en la isla, y ese había sido nuestro gran objetivo. Con respecto a las sospechas sobre Podestá, todos los testimonios enviados por usted y los hechos acaecidos confirman que es inocente.

—Candela Podestá se quedará en la isla —insistí con un siseo.

—¿Estoy entendiendo bien lo que con ese desplante está sugiriendo?

—Creo que sí.

—¡Está loco!

Inhalé una bocanada de aire porque me sentía asfixiado.

—Lo sé, pero no me importa. El caso seguirá como hasta ahora. Ben se está encargando de Araujo, y yo debo evitar que Candela se me escape de las manos.

—¡Informaré a las autoridades sobre su proceder! Y más le vale que a su primo no se le ocurra apoyarlo porque promoveré un conflicto internacional.

—Haga lo que quiera, Fuentes, pero sepa que Candela Podestá es mía, y si alguien, incluido usted, osa meterse en mi camino, no dudaré en destrozarlo.

Y corté.

Capítulo 42

CANDELA

A toda prisa llegué a casa, segura de que el exceso de velocidad significaría varias multas en mi haber. Me traía sin cuidado. Estaba tan destruida que actuaba como un robot.

Abrí el guardarropa y arrojé diferentes prendas sobre la cama. Preparé una muda con varias de ellas y, sin perder un segundo en doblarlas, las metí a presión en la mochila. Corrí hacia la cómoda y del último cajón extraje el pasaporte. De ahí, me precipité hacia el refrigerador y hurgué en el interior del pequeño congelador hasta localizar la bolsita hermética con mis ahorros.

Mi móvil sonó de nuevo y, al echar una ojeada a la pantalla, constaté de que se trataba de Julián. Había intentado comunicarse conmigo no sé cuántas veces, pero ni loca volvería a hablar con él.

En cambio, debía llamar a Marina, a Alarcón y a Dania, pero de eso me encargaría apenas arribase a mi país. En ese momento, mi cuerpo respondía solo a la orden que mi cerebro le enviaba:

«Súbete al primer vuelo que encuentres a Colombia». Y es lo que pensaba hacer.

Con el cepillo de dientes en la mano y mi mochila a la espalda, salí de la casa en dirección al vehículo. Anochecía. Cuando colocaba mi equipaje en el maletero, reconocí el sonido de una bocina en el acto.

—¡Candela!

Giré el rostro y tropecé con los ojos desencajados de Julián. Frenó abruptamente a mi lado y su semblante me reveló que conocía mis intenciones. No dudé de quién se las había hecho saber.

«Fuentes. Usted también es un bocazas», mascullé, furiosa por dentro.

—¡Candela! —gritó otra vez—. ¡Escúchame, por favor!

Al ver que se bajaba a toda prisa, me subí a la camioneta sin dejar de oír cómo repetía mi nombre a viva voz. Ante la falta de autos aparcados delante, aproveché la oportunidad y partí a toda marcha. Por el espejo retrovisor, observé a Julián colocarse frente al volante y arrancar con las ruedas chirriando detrás de mí.

Furiosa y asustada, pisé el acelerador tratando de esquivar a la gente y a los automovilistas que se cruzaban en el camino. A causa del extremo calor, la mayoría de las personas se encontraba en las playas y, por lo tanto, la ruta estaba bastante despejada.

Me sentí fatal al cruzar algunos semáforos en rojo, pero Julián estaba empeñado en convertirse en mi sombra. Tenía tanto miedo que mis lágrimas parecían congeladas; sin embargo, no impidió que el instinto de supervivencia se apoderase de mí. Necesitaba llegar con urgencia al aeropuerto y, de alguna manera, sortear a mi perseguidor.

La camioneta de Julián era rápida, pero la de Sebastián un poco mejor, por lo que logré adelantarme un trecho.

En medio de la pesadilla, pensé en pedirle ayuda a Alberto Robinson, pero deseché la idea de inmediato porque lo más probable era que él también formase parte de este juego.

Mi móvil sonó de nuevo. Julián no se rendía y me resultó insoportable. Golpeando el volante, chillé con furia varias veces en un intento por descargar toda la adrenalina que circulaba frenética por mi sangre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era una chica normal tratando de esquivar a una mole de la Interpol por la cual estaba colada hasta los huesos. ¡Mierda! Incluso mi amado amiguito Nubis había sido parte del maquiavélico plan. Pero a él nunca podría odiarlo:

era inocente.

Todo lo contrario de su dueño.

Se me agarrotó la garganta cuando tres coches negros se cruzaron en mi camino y me obligaron a detenerme. Escuché otra frenada por detrás y, a través del espejo, comprobé que provenía de la camioneta de Julián.

Como si fuese testigo de una película, contemplé a los intrusos abrir las puertas de los coches para usarlas de escudos y disparar contra Julián.

El caos había comenzado.

Inmersa en el salvaje tiroteo, me abalancé sobre el tapizado con las manos cubriéndome las orejas. Con cuidado alcé la cabeza hasta divisar a Julián, que había entrado en «modo Rambo». Con las últimas pinceladas de luz en el ambiente, vislumbré la expresión de sus facciones. Y temblé.

Jamás me hubiese imaginado que Julián, en su rol de Gato, resultaría tan temible, y pese a que me daba mucha rabia reconocerlo, lo admiré. Se enfrentaba a no sé cuántos tipos, pero se manifestaba tranquilo y con una frialdad propia de los metales. Por mi parte, no tenía dudas de que los recién llegados pertenecían a la banda de Sebastián y no se detendrían hasta atraparme.

Inhalé hondo. Aunque detestaba lo que Julián había hecho conmigo, mi corazón me exigía a gritos que lo ayudase. Mis sentimientos no se habían esfumado de un plumazo, por lo que decidí intervenir.

Alguna vez había visto en YouTube un breve vídeo acerca de cómo abrir un maletero desde el interior de un coche, y me dispuse a ejecutar lo que recordaba. Con cierta dificultad, incliné los asientos traseros, lo cual me permitió localizar la tapa de registro en el centro del portón. Como no tenía un destornillador, busqué entre mis pertenencias una lima de uñas de metal. La usé para quitar la tapa y de esa manera poder accionar el mecanismo de apertura. Al levantarse el maletero, me topé con Julián, quien me observó sorprendido. Coloqué un dedo en mis labios, en un claro indicio de que no me delatase.

Sonrió. Pero poco le duró porque, no bien me deslicé de la camioneta, hui hacia el vecindario.

—¡Candela, no! —gruñó por lo bajo.

A medida que me alejaba, alcancé a advertir otros vehículos que se detenían y el ruido de puertas que se abrían y se cerraban. Y después, el estallido de nuevos disparos.

Aumenté la velocidad en dirección hacia el aeropuerto, ubicado a poco más de un kilómetro de distancia, y sin detenerme tomé mi móvil para hacer una llamada.

—Candela, ¿dónde estás?

La voz ansiosa de Alberto me demostró que estaba enterado de todo.

—Por favor, protege a Julián. Está rodeado de un montón de malhechores, en pleno tiroteo, en uno de los semáforos ubicado muy cerca del aeropuerto, del lado sur. ¡Apresúrate!

—Escucha...

—Te lo ruego, Alberto. ¡Cuídalo!

Corté la comunicación y seguí corriendo. Las lágrimas se descongelaron y arrasaron en sollozos imposibles de detener. Estaba furiosa y desilusionada, pero sobre todo, perdidamente enamorada. Y pensar en que a Julián le pudiese ocurrir algo me devastaba.

Pero no podía hacer más.

A lo lejos, vislumbré la estructura verde y amarilla del aeropuerto Gustavo Rojas Pinilla. Aceleré la marcha, hasta que una silueta negra surgió de la nada y me envolvió entre sus brazos. Quise gritar, pero una mano enguantada me cubrió la boca. Me retorcí y luché como pude, aun cuando el hombre era demasiado fuerte para mí.

—Mi amor, me duele la cabeza y tengo mi orgullo destrozado, pero jamás me separaré de ti otra vez.

Sebastián me arrastró hacia un coche que esperaba con la puerta abierta y dos sujetos a los costados. Desesperada, pataleé como una energúmena para

evitar que me introdujese en el interior.

—Deja de pelear, mi vida, o te harás daño.

—¡Quítame las manos de encima! —troné al librar mi boca.

—Nunca. ¡A ver, ustedes dos! ¡Sujétenle las piernas!

En pleno forcejeo, con mis dedos alcancé a apretar los testículos de uno de ellos, quien se dobló gimiendo como un perrito. Al mismo tiempo, le di un codazo en el hígado a Sebastián, que aflojó un poco la presión. Conseguí liberarme, pero a los pocos metros, me volvió a apresar.

—¡Te dije que me soltaras, Sebastián! —grité colérica.

Pero otra voz me susurró al oído:

—Jaque mate, Candela. El que te tiene ahora soy yo.

Capítulo 43

JULIÁN

—¡P or Dios! —me gritó iracunda—. ¿Qué les pasa a todos ustedes?

—Nos encontramos en medio de una guerra —le contesté.

La llevaba en volandas a mi camioneta, aparcada unos cuantos metros más adelante. A nuestras espaldas, se escuchaba el sonido de una pelea a puñetazos.

—¿Puedes ser tan amable de soltarme?

Sonreí. Aunque fuese paradójico, podía comprender a Sebastián, a quien escuché cuando intentaba meter a Candela en su vehículo.

—Ni loco.

—¿Y esos bramidos?

—De los chicos.

Abrió la boca como un pez que intenta respirar.

—¡Se van a aniquilar!

—No te preocupes. Están entrenados para eso.

—¿Por qué diablos te dedicas a mí y no a Sebastián? ¿No era el objetivo de tu misión?

Cuando se lo proponía, Candela podía ser tremenda, pero no iba a permitir que la ira se adueñase de mí. Perder mi equilibrio resultaría fatal para mis propósitos, por lo que preferí callar.

Apenas la apoyé en el suelo, abrí la puerta con el mando a distancia. Intentó

huir, pero de un movimiento alcancé a atraparla y la acomodé entre mis brazos. Siguió forcejeando, pero al final apoyó la nuca contra mi pecho.

—Agradezco que te hayas detenido, Cande.

—Estoy tomándome una pausa para luego ser capaz de destrozarte.

Adoraba cuando me provocaba.

—Estoy fatigado, mi amor.

—¡Ni se te ocurra llamarme de ese modo!

Comenzó a retorcerse de nuevo. La sujeté con más fuerza hasta que logré meterla en la camioneta. La escuchaba resollar de rabia, y si bien era lo último que deseaba, no me quedaba otro camino que encerrarla.

Entre sus gritos llenos de cólera, apreté el botón del control para trabar todas las puertas y corrí hacia el asiento del conductor. Destrabé y volví a cerrar no bien me senté frente al volante. Pero cuando giré la cabeza en dirección de Candela un dolor espantoso estalló en mi rostro y en el cuerpo. Con la mochila, mi chica me aporreaba como una salvaje. Me protegí con las manos, consciente de que no claudicaría.

—¡Hijo de puta! ¡Mentiroso! —gritaba.

Tenía razón, pero tenerla conmigo me consolaba porque las horas que había pasado sin ella habían sido una verdadera tortura.

En una vorágine de brazos y piernas, logré arrebatarme el arma de tela vaquera y la arrojé a los asientos traseros. Cuando Candela intentó lanzarse contra mí, levanté el dedo índice y le advertí con determinación:

—Tenemos que irnos de aquí porque no sé durante cuánto tiempo mi gente podrá seguir conteniendo a Sebastián y sus secuaces.

Como si mis palabras lo hubiesen creado, el desgraciado apareció corriendo hacia nosotros con el rostro desfigurado de ira. Candela dejó de atacarme, lo cual me permitió encender el motor y huir.

—¡Te encontraré, Cande! —fue lo último que oímos de boca del hijo de puta.

Con lágrimas en los ojos, Candela mantuvo la vista pegada en la figura de

su exnovio hasta que desapareció. Respiré hondo. El sospechar que quizás aún lo amaba me revolvió las tripas.

—¿A dónde me llevas?

Con tanta gente detrás de nosotros y una isla no demasiado grande, las posibilidades eran limitadas.

—A un lugar más seguro. Mi casa ya no es una opción.

—Déjame en el aeropuerto, Julián. Te juro que no haré más locuras y tú proseguirás con tu cometido.

Por nada del mundo apartaría la vista del camino porque hacerlo significaría enfrentarme a esos ojos verdes que tenían un efecto aplastante sobre mí.

—El objetivo de mi misión ha cambiado, Candela.

—¿Se puede saber cuál es?

Sonreí. Pero antes de poder responder, mi móvil sonó y lo atendí:

—¿Quién ganó?

La agitada respiración de Ben me reveló lo ardua que había sido la lucha.

—Araujo escapó en uno de los coches de sus hombres, Gato. Pudimos controlar a varios tipos, pero los demás huyeron.

—¿Y los agentes que mandó Alberto?

—Unos pocos desmayados y la mayor parte, colaborando con lo que sigue. A propósito, ¿a dónde te diriges?

—A la zona que tú y yo conocemos.

—Araujo te seguirá.

—Ya lo sé. Alberto que se encargue de la resaca y tú te unes a nosotros.

—Por supuesto. Adiós, gatito.

Corté y apreté el acelerador. El tiempo que ganara sería crucial.

—Estoy esperando tu respuesta.

La voz de Candela me hizo echarle una ojeada por el rabillo del ojo. Estaba más hermosa que nunca.

Suspiré y arqueé las cejas. La joven que había puesto mi mundo al revés

tenía muy buena memoria y no me iba a dejar en paz hasta que desembuchase.

—Mi nueva misión eres tú.

Sus mejillas coloradas me demostraron su turbación.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Que vas a tener que escucharme antes de condenarme.

Con un bufido, se apoltronó en el asiento y contempló el paisaje caribeño a través de la ventana.

—No quiero más explicaciones, Julián o Gato. —Sonrió con tristeza—. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Siempre he utilizado mi verdadero nombre contigo. En la Interpol es donde se me conoce como Gato.

—De todas formas, me queda claro que Sebastián y tú deben de haberse reído mucho de mí.

Fruncí el ceño.

—De tu exnovio no me voy a hacer cargo, pero en lo que a mí concierne, las cosas son muy distintas a lo que supones.

—Acéptalo, Julián. Eres un ser sin corazón. ¡Hasta hablabas de mis padres como si no supieses lo que les había ocurrido!

—No sabes cuánto lamento haberte mentado respecto a ellos. Llegué a odiarme al tener que obligarte a cambiarles el apellido.

—¿Y eso por qué?

—Me importas, Candela.

Soltó una risa seca.

—Basta de embustes.

Juré por lo bajo. Podía ser implacable en las batallas contra la delincuencia, pero convencer al corazón de Candela iba a ser la más difícil. Es más, no estaba seguro de si podría hacerme con la victoria alguna vez. Pero jamás me rendiría.

—¿Y qué mierda gano yo con mentirte ahora? —pregunté molesto—. Sebastián ya asomó la cabeza y las cosas continuarán en manos de Ben y de

Fuentes.

—¿Ben?

El nombre de mi amigo consiguió que Candela volviera su atención a mí.

—En breve lo vas a conocer.

—No me interesa, Julián. —De súbito, me di cuenta de que se ponía blanca como un fantasma—. ¿Marina y Miguel son parte de este complot?

—En absoluto.

—¿Saben del Gato?

Negué con la cabeza.

—Tampoco. Sería muy arriesgado para ambos manejar este tipo de información, y nunca se me ocurriría involucrarlos.

—Entonces, ¿no eres médico?

—Claro que sí.

Se llevó las manos a la cara y se la refregó con énfasis por unos segundos.

—¿Me estás diciendo que esa parte de tu vida es real?

—Sí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—Supongo que tu amor por los viajes tampoco era una mentira.

Candela era una olla a presión a punto de reventar, pero iba a aprovechar esos instantes de ficticia paz a mi favor. Estaba seguro de que algunas cosas de la conversación quedarían registradas en su mente y, quizás, en su corazón.

—Ni mi falta de ánimo para unirme a una chica. Mi existencia estaba llena de acertijos y desafíos peligrosos, así que no había espacio para ellas. —Tragué en seco—. Hasta que me topé contigo.

—Llegó la hora de las estupideces.

Me enfureció escucharla tan rotunda. Pero entendía que yo era un inepto a la hora de explicar con palabras lo que albergaba mi interior.

De pronto, divisé el lugar frente al mar y aparqué de inmediato. Candela miró hacia un lado y otro, desconfiada.

—Tengo un pequeño hangar donde podremos esperar a mi gente mientras

comemos algo.

—Julián, te lo suplico por última vez: llévame al aeropuerto.

Suspiré hondo.

—Es inútil, Cande.

—Candela para ti —siseó.

Sin contestar, porque sabía que era inútil, me apresuré a bajar del vehículo y rodearlo. Al abrir la puerta de Candela, me incliné y la así de la muñeca.

—Vamos, amor.

Y sonreí ante el nuevo aluvión de insultos.

Capítulo 44

CANDELA

Julián me arrastró hasta el cobertizo en medio de una sarta de improperios que salían de mi boca. Con la mano libre, sacó la llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura. Al ingresar, en un silencio incómodo, contemplé el interior que se parecía a la habitación en donde había abandonado a Sebastián con un florero partido en la cabeza.

Tomó dos sillas ubicadas frente a unos ordenadores y las dispuso alrededor de una mesa. Enseguida me hizo seña de que me sentara y así lo hice. Escapar era un imposible con tantos locos detrás de mí.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me apresuré a ocultarlas. Bajo ningún concepto le revelaría a Julián la magnitud de mis sentimientos. De todas maneras, necesitaba saber más acerca del hombre al que amaba con toda mi alma, pero que no podía tener.

—¿Por qué te empeñaste en seducirme, Julián?

Empalideció ante mi pregunta, y los ojos azules que siempre habían brillado para mí se opacaron.

—Para ganarme tu confianza. Era la única forma que tenía de averiguar tu posible participación en el contrabando y obtener la mayor cantidad de pistas para localizar a Sebastián. Al enterarnos de lo importante que eras para él, te convertiste en el medio perfecto para obligarlo a salir de su escondite. Él iba a ir por ti.

—Entonces, ¿por qué me obligaron a cambiar de identidad?

—Por los enemigos de Sebastián.

«Dios». Había sido una ignorante acerca de la dimensión del peligro donde estaba metida.

—¿Tan temerarios son? —murmuré.

Tensó la mandíbula y asintió.

—Muchos de ellos pertenecen a mafias organizadas que contrabandean no solo arte, sino también armas, mujeres y niños.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Entrecerró los ojos.

—Perdón, pero ¿nunca te has mirado en un espejo?

Tragué saliva.

—No sé qué sugieres.

—Cambiar tu nombre nos iba a dar más tiempo para poder atrapar a Sebastián y a sus adversarios. Sabíamos que tarde o temprano, alguno de ellos te descubriría y, por ende, actuarían. Pero nuestra mayor preocupación radicaba en que los perseguidores de Sebastián te considerasen válida para formar parte de la mercancía que contrabandearían.

«Virgen santa», gemí por dentro.

Julián bajó los párpados. Observé sus negras pestañas, largas y tupidas, que enmarcaban los ojos en los que me había sumido tantas veces cuando hacíamos el amor. Para mí había significado eso, en cambio para él se habría tratado solo de follarme para extraer información. Se me abrió un vacío en el estómago que me ardió de dolor.

—El día que te conocí —prosiguió—, me generaste una enorme curiosidad.

—Por favor, no vayas por ahí.

Meneó la cabeza con ahínco.

—No te adelantes. —Respiró hondo y continuó—: Es verdad que al principio te veía como el objetivo de nuestra misión. Pero, a medida que fue pasando el tiempo, no solo me di cuenta de que eras una víctima de un pobre

lunático, sino que, contra todo pronóstico, te fuiste metiendo debajo de mi piel. Vivía en una permanente puja conmigo mismo porque percibía en ti todo lo que siempre había deseado en una mujer. Hasta que ocurrió lo que no hubiese imaginado. —Me estremecí casi sin poder respirar—. Me enamoré de ti.

Ni siquiera parpadeé.

—No puede ser, Julián.

Se inclinó sobre la mesa y me tomó de las manos. Estaba tan afectada que no intenté resistirme. Las lágrimas se desbordaron imparables a través de mis mejillas.

—Es la verdad, Candela. ¡Yo mismo me sorprendí! Tenía una vida perfecta, llena de riesgos que me encantaba afrontar, rodeado de mujeres hermosas que me usaban de la misma forma en que yo a ellas, y donde el dinero no era ningún impedimento. Mi familia es maravillosa y mi perro, también. Aunque nada de ello me preparó para tu llegada a mi vida.

»Y sucedió lo que un descendiente de los mayas, una vez, me dijo en un encuentro de diferentes culturas en México: «Todo en la vida llega en el momento justo, Julián. Ni antes ni después».

»Puedo asegurarte que cuando te conocí recordé esa frase. Nunca había sentido necesidad de buscar el amor, Candela, pero este me encontró a través de ti. Primero me asombró, pero después me embebí de su fuerza.

Rescaté mis manos de entre las tuyas e intenté quitarme las lágrimas de las mejillas, pero era casi un imposible. Tenía tanto por drenar que no podía detenerlas.

Julián se levantó y, frente a mí, cayó de rodillas. Volvió a envolverme las manos y, por primera vez, observé sus ojos humedecidos.

—Te amo tanto que no sé qué mierda hacer con esta enormidad que desborda mi interior.

Nos miramos durante mucho tiempo, hasta perder el sentido de la realidad. Ese día, los dos chicos más importantes de mi vida me habían abierto sus

corazones, y yo no sabía qué hacer.

Pero no pude reflexionar más porque la puerta del hangar voló por los aires. Julián se arrojó sobre mi cuerpo y caímos al suelo, con su musculatura protegiéndome.

—¡Quítale las manos de encima a mi novia, hijo de puta!

Capítulo 45

CANDELA

El bramido me obligó a levantar la cabeza y, cuando lo hice, la expresión descompuesta del rostro de Sebastián me asustó. Observaba enfurecido a Julián, quien se irguió como un resorte y se abalanzó contra él. La Tercera Guerra Mundial, o la cuarta, ya ni sé, estalló.

—¡Julián! ¡Sebastián! ¡PAREN! —bramé, pero esos dos tenían adrenalina de sobra para machacarse.

Me quedé absorta observándolos luchar como si no hubiese un mañana. Cuando los conjuntos de tendones y músculos chocaron, fue como oír la descarga de un rayo en la habitación. Cayeron al suelo y rodaron como energúmenos mientras las secuelas comenzaban a aparecer. La nariz de Sebastián sangraba profusamente y el ojo de Julián se inflamaba de forma alarmante. Pero a ninguno parecía importarle.

—Jamás te permitiré tenerla, gato de mierda —siseó Sebastián justo cuando Julián le daba tal puñetazo que cayó despatarrado en el piso.

—Ídem, traficante de huevos de oro, que no te servirán para reemplazar a los que te arrancaré de cuajo en un instante —replicó Julián desde las alturas. Y se echó de nuevo sobre su adversario.

Suspiré y tomé una decisión, porque si no hacía algo, Julián y Sebastián se matarían de verdad. Y no quería acarrear con más culpas sobre mis espaldas.

En tanto las computadoras se estrellaban y las sillas se quebraban contra el

suelo, me apresuré hacia la cocina, donde busqué en los cajones de un aparador hasta dar con lo que necesitaba. Con una sartén y un palo de amasar en cada mano, regresé al espectáculo de *WWE Championship* que Julián y Sebastián se empeñaban en llevar a cabo.

Era difícil apuntar con certeza porque los cuerpos se movían de un lado a otro, pero pronto surgió la oportunidad. Descargué con furia y varias veces el palo de amasar contra la espalda de Julián, y la sartén sobre la cabeza de Sebastián.

—¡Auch! —gritaron enojados.

Pero logré mi objetivo de separarlos.

—Les juro que si no paran, los voy a desfigurar sin remordimiento.

Julián me observó con un reguero de sangre en su labio inferior, en tanto Sebastián se llevaba una mano a la nuca.

—Hoy estás empeñada en dejarme sin cerebro, Cande. Primero el florero y ahora la sartén. ¿Quieres parar?

—¡Los que deben detenerse son ustedes!

En ese instante, un tipo rubio de proporciones gigantescas se personó delante de la maltrecha puerta. Al observarlo bien, lo reconocí como el hombre rubio del vídeo que Sebastián me mostró.

«¿Y este qué hace aquí?», me pregunté sin emitir una sola palabra.

—Gato, ¡los armenios vienen hacia aquí! Me adelanté un par de kilómetros, pero arribarán enseguida.

—¿Y cómo descubrieron este lugar? —bramó Julián, que se incorporaba del suelo.

—Alguno los habrá seguido y después informó a los demás.

—¿Los armenios? —repetí interrumpiendo.

—Mis enemigos —contestó Sebastián limpiándose la sangre de la nariz.

—Y los nuestros —agregó Julián—. Los buitres que podrían estar yendo tras de ti.

«Los traficantes de arte y de mujeres», recordé. Comencé a sudar.

—Y usted, ¿quién es?

El sujeto rubio sonrió de oreja a oreja ante mi pregunta y se acercó.

—Benoît Feraud a sus órdenes, señorita Candela.

—¿También me conoce?

—Soy el compañero de Gato. A propósito, llámeme simplemente Ben.

El rubor cubrió mi cara al imaginar que ese hombre debía de conocer los pormenores de mi relación con Julián. Pero interrumpí mis pensamientos al prestar atención a sus movimientos. Ben se dirigió hacia la cocina y, de un saque, tomó unas servilletas de papel que entregó a Sebastián.

—Para tu nariz —explicó.

Y para mi asombro, mi exnovio las aceptó. En tanto Julián se dirigía hacia los equipos de buceo, Sebastián, presionando los orificios de la nariz con el papel, preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Deberemos escapar.

—¿Y confías en mí?

—No. Pero no conoces los puntos de buceo de la isla y te resultará imposible huir de Ben y de mí, así que te doy la oportunidad de salvar tu pellejo.

Sebastián se encogió de hombros.

—Tiene sentido.

A partir de ese instante, todos nos dedicamos a controlar que los tubos de oxígeno estuviesen en orden, así como los trajes de neopreno. Sin que nos diésemos cuenta, parecíamos un equipo de camaradas y no de personas enfrentadas.

El ruido de un móvil provocó que Ben se apresurase a contestar. Le eché un vistazo a su semblante y me pareció que lo había visto otra vez además de ese día. Pero no podía recordar dónde ni cuándo.

Apenas cortó, se dirigió a Julián:

—Apurémonos.

Julián asintió y nos ordenó alistarnos. Cuando terminamos de ponernos los trajes y los equipos, Ben nos facilitó un cuchillo de inmersión que sujetamos con dos cinchas a nuestro antebrazo.

Era noche cerrada, por lo que tuvimos que prender las linternas especiales para el agua. Corrimos hacia el mar y nos metimos a toda prisa en su interior.

Nos encontrábamos a la altura de lo que, en San Andrés, se conoce como El faro, en donde se podía realizar inmersiones de hasta doce metros de profundidad. Había ido varias veces con los grupos de turistas, por lo que lo conocía bien. Era un área repleta de erizos de mar y de una imponente diversidad de esponjas y corales, esos últimos con aspecto de chimeneas, muchas veces de gran tamaño.

Nadamos a toda prisa a través del camino que iluminaban las linternas. Julián iba por delante y me imaginé que, con la finalidad de despistar a los armenios, buscaría escondernos en una formación cavernosa que existía en el fondo. Proseguimos buceando entre langostas, tritones, morenas, cangrejos ermitaños y peces león, hasta que divisamos las cuevas.

Julián se dio vuelta y las señaló con un dedo. Sebastián, Ben y yo asentimos. Al introducirnos en sus huecos, me pareció como si fuésemos perlas protegidas por las caparazones de una ostra gigante.

No bien Julián apagó la luz de su linterna, nosotros imitamos la acción. Al quedar inmersos en una completa oscuridad, me sentí inquieta. Percibía el roce de los animales que nadaban cerca de nosotros, y mi fantasía se descontroló a tal punto que imaginé a una gran morena, con una boca colmada de dientes gigantescos y puntiagudos, que nos devoraría como a moscas.

Mi respiración se aceleró. Un sudor frío acompañó el temblor de mi cuerpo al borde de un ataque de pánico. Comencé a moverme un poco porque necesitaba conectarme a algo. Al hacerlo, alguien me tomó de la mano y, al apretármela con fuerza, me sentí mejor. La sensación de estar anclada me dio la seguridad que necesitaba para afrontar el terror que sentía.

No sé durante cuánto tiempo permanecemos a la espera de nuestro enemigo,

consciente de que tendríamos aire para unos ochenta minutos como máximo. De repente, una luz se encendió y, como si miles de soles irradiasen sobre mis pupilas, parpadeé encandilada hasta que divisé el rostro de Sebastián, que no apartaba la vista de mi mano. Al dirigir los ojos hacia ahí, me di cuenta de que quien me la sostenía era Julián. Este me soltó y nadó hacia un furioso Sebastián, que seguía empeñado en alumbrarnos.

«¡No es hora de manifestar tus celos!», pensé molesta contra mi exnovio.

Pero Julián y él ya estaban ensartados en una nueva ronda de *wrestling* bajo el agua por la posesión de la linterna. Cuando Ben iba a por ellos, otras luces se asomaron a través de la caverna.

Al darme la vuelta, mi corazón se detuvo. Ocho hombretones armados con navajas se alzaban amenazantes y, por primera vez en mis veintitrés años, supe que solo un milagro permitiría que saliésemos con vida de ese entuerto.

A partir de ese segundo, mi vida se transformó en una pantalla de cine, donde los actores éramos nosotros. Sebastián se unió a Julián y a Ben, quienes, cuchillo en mano, se lanzaron contra los armenios que nos doblaban en número. Lucharon con estilo y con salvajismo a la vez. Era raro ver cómo los hombres enredaban los cuerpos y pataleaban para poder sostenerse en el agua. Se aferraban de los brazos y giraban como remolinos para detectar puntos débiles en su oponente.

De súbito, Julián cortó de forma impecable el cable de los tubos de aire de su rival, quien comenzó a ascender a la superficie a toda prisa. Al momento siguiente, una neblina roja se diluyó en el agua, y el cuerpo del individuo que luchaba contra Ben quedó inerte.

Sentí ganas de gritar y de llorar. No soportaba ver gente muriendo a mi alrededor, pero me obligué a ayudar de alguna forma. Extraje el arma blanca de mi antebrazo y me dirigí hacia los hombres. Quedaban seis armenios activos, entretenidos con sus contrincantes. Como víboras iracundas, las figuras se entrecruzaban a mi alrededor, tratando de evitar las punzadas de las navajas que iban y venían. De improviso, el buzo que confrontaba a Sebastián

se puso de espaldas a mí y, sin dudar, corté la manguera cerca de su tubo de oxígeno. E hice lo mismo con otro más. Pero cuando nuevos chorros de sangre se extendieron a mi alrededor, me desesperé de verdad.

A toda prisa, me di la vuelta buscando a Julián. Al corroborar que seguía entero y peleando, me tranquilicé. Pero una profunda tristeza se apoderó de mí.

«Es el primero por quien te preocupas, Cande».

Tan pronto como terminé de pensar en eso, una mano enorme aferró las mangueras de mi tubo y tironeó de ellas. Presioné el regulador contra mi boca, para evitar que me lo quitase y quedarme sin aire. Pero el tipo siguió arrastrándome. Por más que me retorció y pataleaba para dificultarle la tarea, no podía contra su fuerza titánica. De la forma más humillante, me apartó del grupo que continuaba batallando. ¡Urgía hacer algo!

Era buena nadando, rápida y ágil, así que no lo dudé y, sin que el sujeto se diese cuenta, aspiré una buena bocanada de oxígeno y me desprendí del chaleco que cargaba el tubo y las mangueras. Libre, pero casi sin aire, comencé a nadar a toda velocidad hacia la superficie.

Cuando iba llegando, alguien me retuvo desde atrás. Furiosa, luché con todas mis fuerzas, pero era ridículo. Parecía una mojarrita intentando vencer a un tiburón.

Perdí un montón de aire con el esfuerzo, pero la idea de morir ahogada me aterrorizó por completo. Y me sacudí con más bravura. Sin embargo, mi captor parecía no tener la intención de que muriese, al menos no en ese instante, porque con un empujón de sus piernas fuertes nos impulsó hacia arriba. Mi corazón galopaba desenfrenado, y la única imagen que llegaba a mi mente era la de Julián batallando ahí abajo con esos perturbados.

Desesperada, me revolví de nuevo, pero era inútil. Lo único que podía ver eran los brazos musculosos y las manos enormes revestidas de guantes negros, entrelazadas debajo de mi pecho.

Escuché el estallido del agua cuando nuestras bocas tomaron contacto con el

aire e inhalé profundo varias veces, lo mismo que el extraño a mi espalda. Miré hacia todos lados. El paisaje estaba en calma y sumido en la oscuridad, salvo por el brillo de la luna que, entre las nubes, me permitía divisar unas palmeras gigantes en la costa.

Mi carcelero comenzó a caminar sin soltarme. Era una verdadera estupidez suponer que podría vencerlo, pero encontrarme al filo de la muerte provocaba que mi cerebro considerase como viable cualquier alternativa, incluso la más descabellada.

Exasperada, comencé a patear tratando de golpear en las rodillas a mi captor. Era difícil porque mis pies colgaban en el aire: era altísimo. Como Julián.

Abrí los ojos como platos.

—¡Por Dios, deja de patearme, Candela!

—¿Julián?

Me apoyó en el suelo y me volteó hacia él. Lo miré como una boba.

—¿Por qué te pusiste a pelear debajo del agua?

—Pensé que eras alguno de los armenios.

Julián se quitó con rapidez el equipo que le pesaba en la espalda.

—Casi me da un síncope cuando te vi sin el tubo de aire ni el regulador. Eres temible, ¿sabías? —Se llevó las manos a la cara y se la refregó nervioso —. Al menos los malditos que nos atacaron ya no molestarán más.

Miré hacia el mar.

—¿Dónde está Sebastián?

Su semblante se volvió temible.

—Venía de camino.

—¡Cande!

La voz de mi exnovio llamó nuestra atención. Su cabeza y la de Ben asomaban en el agua y, poco a poco, sus cuerpos se hicieron más visibles a medida que se acercaban. Cuando iba a preguntarles si se hallaban bien, otro grupo de hombres armados apareció de la nada y arremetió contra nosotros.

Capítulo 46

CANDELA

—¡Candela! —gritó Julián. Lo miré y, antes de que un terrorista llegase a él, me arrojó unas llaves que atrapé entre las manos y puse en un bolsillo—. ¡Corre!

Quizás no supiese pelear, pero tampoco era una tonta. Corrí más rápido de lo que jamás lo había hecho, hasta que llegué a la calle. Me detuve un instante para reconocer dónde estaba y enseguida me di cuenta de que la camioneta de Julián se hallaba aparcada no muy lejos de ahí. Unos pasos rápidos por detrás me obligaron a ponerme en marcha de nuevo y a aumentar la velocidad. Al mirar sobre mi hombro, distinguí a unos tipos yendo tras de mí. Pero yo conocía la isla casi a la perfección.

Tomé por unas callecitas muy concurridas y me mezclé entre el gentío que a esas horas de la noche deambulaba. Después de un rato, perdí a los maleantes, pero no descartaba que volviesen a hallarme. A toda prisa, llegué a donde estaba detenido el vehículo de Julián. Del bolsillo extraje las llaves e introduje la correcta en la puerta. Nada más abrirse, localicé mi cartera y, revolviendo en su interior, encontré mi móvil. Busqué entre mis contactos hasta dar con quien necesitaba llamar.

—Comisario Robinson, ¿en qué puedo ayudar? —escuché, y cerré los ojos.

—¡Alberto! ¡Soy Candela de nuevo!

—¡Candela!

—¡Nos están atacando! ¡El fa...!

Pero no pude continuar porque una mano me tapó la boca y unos brazos enormes me envolvieron y me obligaron a tirar el móvil. Unos bramidos en una lengua extranjera que no comprendía me demostraron que había caído en manos de los enemigos. Tres, para ser precisa.

El tipejo que me retenía me arrastró hacia un coche. Al ver la puerta abierta pensé que, apenas la traspasase, no habría nada en el mundo que pudiese detenerlos, menos aún que tuviesen piedad de mí.

«Tratantes de mujeres», recordé las palabras de Julián. ¿Iba a terminar en un harem o en algún burdel de Medio Oriente? ¡Ni loca!

Con una fuerza desconocida, logré hacer trastabillar al hombretón, quien aflojó su agarre. Pero los otros dos me sujetaron más fuerte. Grité.

En ese segundo, Julián y Sebastián, con las caras llenas de golpes, aparecieron y fueron a por mis atacantes. Julián me apartó de un manotazo antes de enfrentarse a sus adversarios.

Cuando me precipitaba hacia mi teléfono, tirado sobre la acera, vislumbré a otro hombre, quien, con una cuchilla en la mano, se lanzaba contra mí. Su mirada me dejó petrificada y su cercanía echó por tierra cualquier posibilidad de escapar. Cerré los ojos, en espera de lo inevitable.

—Candela, ¡no!

El alarido de Sebastián me obligó a apretarlos aún más. Pero nada pasó. Un gruñido me obligó a abrirlos, y lo que vi me destrozó el alma.

El cuerpo de Julián, interpuesto por delante como un escudo protector, había recibido el impacto del arma destinada a mí.

Capítulo 47

CANDELA

—¡No! —chillé cuando vi a Julián tambalearse hacia atrás.

Traté de llegar a él, pero Sebastián me tomó del brazo y me lo impidió.

—¡Quédate aquí!

Cuando intenté soltarme, el hombre del cuchillo, sediento de sangre, se impulsó hacia delante y clavó la hoja de nuevo, pero esta vez en la pierna de mi exnovio. Volví a gritar, histérica por la locura que se había desencadenado frente a mí.

En ese instante, divisé unas luces intermitentes y escuché el sonido estridente de unas sirenas que me aturdieron. Una serie de coches patrulla frenaron y se atravesaron en medio de la calle, y de su interior emergió una cuantiosa cantidad de hombres que se precipitaron sobre los armenios.

«Alberto», pensé aliviada.

Con las lágrimas cayendo por mis mejillas, corrí despavorida hacia Julián. Al llegar a su lado, su rostro estaba pálido.

—Por Dios —susurré, envolviéndole la cintura con mi brazo y colocando el hombro para que se apoyase sobre mí. Grité con todas mis fuerzas—: ¡EMERGENCIA!

Giré la cabeza hacia todos lados como una posesa y constaté que los contrabandistas, al encontrarse en minoría, no habían podido llevar a cabo una gran resistencia y se habían entregado. La policía se hallaba en plena labor de

colocarles las esposas.

—Tranquila, Candela —me consoló Julián en tanto se incorporaba con dificultad—. Ayúdame con el traje, por favor.

Asentí moqueando. Sin embargo, a medida que lo asistía en quitarse la vestimenta de neopreno, respiré más aliviada.

—Gracias a Dios.

Sonrió.

—Llevo un chaleco antibalas y anticuchillos. Así que estoy bien.

Me froté el rostro mojado con las manos. Mi pecho parecía a punto de estallar debido al cúmulo de emociones que bullían en mi interior.

—Pero no sé cómo se encuentra nuestro amigo —prosiguió.

Con un gesto de la cabeza, señaló hacia Sebastián, quien sentado en el suelo se aferraba el muslo con las manos, entretanto un médico de la policía lo revisaba.

Me acerqué a él.

—¿Cómo te encuentras?

Contrajo los músculos de la mandíbula.

—Saldré de esta, Cande, mi amor.

—Sebastián, yo...

—Lo sé —dijo apenado. Yo entrecerré los ojos, hinchados de tanto llorar—. Lo único que voy a suplicarte es que aceptes mi verdad: siempre te amé y nunca dejaré de hacerlo.

—Por favor...

—Eres y serás el gran amor de mi vida, Cande. Y siento muchísimo el profundo dolor que te ocasioné. —Bajé el rostro—. ¿Podrás perdonarme?

¿Qué podía contestarle? Los acontecimientos transcurrían a demasiada velocidad y necesitaba tiempo para procesarlos.

Alcé la mirada y ver la expresión de la suya me desarmó. Sebastián iría a la cárcel, pero parecía que los años que pasaría encerrado no eran tan importantes como lograr que yo lo disculpase. ¿Cómo decir la verdad?

—Algún día lo lograré, Sebastián. Y cuando eso ocurra, te prometo que te lo haré saber.

Su semblante empalideció un poco, pero, enseguida, una leve sonrisa se le dibujó en la cara.

—Gracias.

Antes de poder decir algo más, el médico culminó con la desinfección y la colocación del vendaje en la herida.

—Listo —dijo con voz gruesa, y se puso de pie—. Ahora ponga las manos hacia atrás para que nuestros hombres procedan.

El alma se me estrujó y sollocé más fuerte. Unos dedos cálidos me tomaron de los hombros mientras Sebastián era esposado y un agente le enumeraba sus derechos. Yo estaba tan deshecha que a lo único que atiné fue a aceptar ese contacto.

Sebastián, muy serio, dijo a la persona que permanecía detrás de mí:

—Me gustaría hablar contigo. A solas.

Por un instante, el silencio que se alzó me resultó frío y cortante. Pero la voz de Julián entibió el ambiente:

—Está bien.

Me soltó y pasó a mi lado para ayudar a Sebastián a levantarse del suelo. Julián le dijo algo a los agentes, quienes asintieron y retrocedieron para aguardar nuevas instrucciones. Julián y Sebastián se apartaron hacia un lado, a suficiente distancia como para que yo no los oyese.

Meneé la cabeza, consciente de que atravesaba la peor pesadilla de mi vida.

Capítulo 48

JULIÁN

—Pues aquí estamos —dije, y miré con dureza al tipo que no solo había ocasionado tanto daño a Candela, sino que, además, había pretendido quitármela.

—No creas que has ganado todavía, Gato.

Una ira interior ascendió por mis pulmones. Tenía ganas de darle otros buenos puñetazos.

—Dime qué quieres y terminemos con esta conversación antes de que te destroce la cara.

Sebastián acercó su rostro a dos centímetros del mío. Y siseó:

—Más te vale que la cuides.

Fruncí el cejo, furioso.

—No he hecho otra cosa más que protegerla de tu persona y de tus estúpidos enemigos.

Percibí una cierta vulnerabilidad en la expresión de sus ojos, que enseguida cubrió con otra de rabia.

—Pero no de ti.

Sus palabras fueron como un puñetazo en medio de mi estómago.

—¡Cállate!

—No te lo hará fácil, Julián.

—Tampoco pienso rendirme, Sebastián.

Inhaló profundo.

—Lo mejor, en realidad, sería que tú y yo la dejásemos en paz.

Sus palabras me sacudieron porque más de una vez lo había pensado, pero cuando un sujeto como yo conocía por fin el amor de verdad, no tenía escrúpulos.

—Tengo mi propia visión de las cosas y en ella no existe esa posibilidad. Soy egoísta y no me molesta admitirlo.

La carcajada de Sebastián provocó que frunciere la boca. Iba a molerlo a golpes si no se detenía.

—Tú y yo, en otras circunstancias, quizás hubiésemos sido amigos. Tenemos varias cosas en común, incluso el hecho de amar a la misma mujer.

Me erguí como un pavo real.

—Jamás te concederé ventaja sobre ella, Sebastián.

—Voy a la cárcel, Gato.

—¿Y qué? Eres un grano en el culo de todas maneras.

Sebastián volvió a carcajear. De pronto, me sentí más liviano frente a él. Cuando culminó de reír, endureció la expresión de sus ojos.

—Yo no pude llegar a tiempo para salvar su vida, pero tú sí. Y esos malditos segundos decidieron nuestro futuro. Venciste, aunque, como dije, no del todo.

—Lucharé por ella hasta mi último aliento.

—Mis enemigos pueden continuar con sus afrentas contra Cande para vengarse de mí.

Se me estrujó el corazón porque temía lo mismo. De todas maneras, el que Sebastián fuese a la cárcel apaciguaría los ánimos de sus rivales.

—Nunca lo permitiré.

Ladeó la cabeza con un mohín de preocupación en la boca.

—¿Por qué crees que intentaron matarla?

Negué con la cabeza, sin saber bien qué responder. De todas maneras, me aventuré a decir:

—Los fulanos estaban cayendo y quizás tenían órdenes de acabar con ella si la misión fracasaba. Sabían que era tu talón de Aquiles y matarla significaba una buena opción para destruirte.

Sebastián bajó la mirada, perturbado.

—Hubiese muerto junto con ella.

En ese momento, me di cuenta de que el tipo frente a mí estaba enamorado con toda su alma de mi chica. Si tenía alguna duda, acababa de erradicarla por completo.

Me miró.

—Te advierto una última cosa —prosiguió—: si me entero de que la has lastimado de alguna forma, entonces no existirán guardias ni barrotes, tampoco los muros de ladrillo de cualquier cárcel en el mundo, que eviten que vaya a por ti y te mate.

Esta vez, el que se acercó casi hasta rozar la punta de su nariz fui yo.

—Pues también te aclaro que cuando salgas de prisión, ni se te ocurra acercarte a Candela, porque entonces seré yo el que no se detendrá hasta hacerte desaparecer de nuestras vidas.

Nos quedamos observándonos como dos fieras a punto de hacerse pedazos. Hasta que una voz nos interrumpió:

—Julián.

Inhalé profundo y me volví.

—Alberto.

Mi primo hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres y a Ben. Mi amigo, como de costumbre, se encontraba en perfectas condiciones, salvo por algunas manchas de sangre en su traje de neopreno, que, estaba seguro, no eran de él. Los dos aferraron a Sebastián de los brazos.

—Dale las gracias a tu novia porque, gracias a su llamada telefónica, mis hombres y yo pudimos llegar para socorrerlos. Cuando intentó decirme el nombre del lugar, alguien se lo impidió, pero recordé que en su móvil llevaba el rastreador que Ben alguna vez le había colocado. Así que dar con ustedes

fue solo una cuestión de tiempo.

Me llené de orgullo por mi Candela. Era increíble.

—¿Por qué crees que me tiene tan loco?

Alberto sonrió, pero enseguida cambió el semblante al mirar a Sebastián.

—¡Llévenselo!

Cuando Ben y el agente comenzaban a hacerlo, Sebastián se volvió y, arqueando una ceja, expresó:

—Si puedes, Gato, intercede por mí ante los jueces.

Puse los ojos en blanco. Ese tipejo persistiría siendo un manipulador durante toda su vida.

—Cállate y anda, maldito maricón —siseó Ben.

—¡Ey! —exclamó Sebastián—. ¿Qué te pasa, grandote?

Pero no me quedé para continuar escuchando a aquel idiota. En cambio, busqué con ansias la figura de Candela, y cuando la divisé, respiré aliviado. Se encontraba sentada en la escalinata de la vereda que daba a la playa, tomando una taza de café que, con seguridad, algún policía le habría suministrado.

Me acerqué y me senté a su lado.

—¿Cómo estás? —susurré.

Mi corazón latía a toda prisa porque esa mujer tenía mi vida en sus manos. Conocía su orgullo, y me obligaría a que jugase mis cartas solo para ganar. Una mano fallida tendría como precio el acabose de mi existencia. Porque sin su amor, me convertiría en un ente.

Se encogió de hombros mientras contemplaba el mar, que parecía un espejo plateado con el resplandor de la luna.

—Hay muchas cosas que debería decirte, Candela —proseguí.

Negó con la cabeza.

—Por favor, no puedo asimilar nada más, Julián. Estoy repleta de malos tragos y necesito paz.

Exhalé con fuerza el aire de mis pulmones. Tenía razón. Pero yo era un tonto

enamorado y rematado que no podía detenerse.

—Te amo —murmuré—. Con toda mi alma.

Dejó la taza a un lado e, inclinándose hacia delante, se aferró las piernas con los brazos.

—¿Cómo puedo creerte?

—Probándome.

Permaneció en silencio durante lo que me resultó una eternidad.

—¿Estás seguro?

—Sí, Candela.

—Entonces voy a pedirte algo.

—Lo que quieras —contesté con un nudo en la garganta.

—Déjame ir.

Me erguí para evitar ahogarme.

—Candela, no...

—Entonces lo que dijiste no es verdad.

Me levanté como un resorte y, bajando los tres escalones a la arena, me puse frente a ella.

—¡Te amo! ¡Pero no lo dije para perderte! Quiero permanecer a tu lado para...

—¡No, Julián!

Los ojos se me humedecieron. No podía ser.

—Ahora te pregunto yo, Candela. ¿Me amas?

Sus lágrimas cayeron como un manantial.

—Sí.

—Entonces, no me pidas eso, Candela, por favor —supliqué con el corazón galopando.

—¿Es que no te das cuenta? Necesito tiempo.

La tomé de los hombros con fuerza, pero sin hacerle daño.

—Ese tiempo que solicitas puedes pasarlo conmigo. Te ayudaré a reconstruirte, a creer otra vez en mí, a...

—Solo puedo hacerlo si acepto que mi vida ya no es lo que creía. ¡Debo reconciliarme conmigo misma, Julián!

—¡Pero si no has hecho nada malo! Tu único error fue que dos tipos jodidos y egoístas te amásemos como a nada en el mundo.

Sonrió apenas.

—Sabes que no se trata de eso. Debo encontrar a Candela Podestá de nuevo. Esta, la que está enfrente de ti, no sabe quién es ni adónde va.

Al verla tan vulnerable, me incliné y, alzándola entre mis brazos, la estreché con fuerza. No me importaba si me pegaba o me gritaba, pero no soportaba pasar un segundo más alejado de ella.

Pero en vez de reaccionar con cólera, me devolvió el abrazo y sollozó contra mi pecho. Y no pude contener mis propias lágrimas. ¡Joder!

—Descubrámosla juntos, mi amor —musité con la frente apoyada en su hombro.

—No puedo, Julián.

Cerré los ojos y las lágrimas se desbordaron de mis pestañas con fuerza. La mantuve apretada contra mí, laxa y liviana, con la calidez que solo ella era capaz de transmitirle a mi corazón. Era la primera vez en mi puta existencia que me enfrentaba al espantoso dolor que significaba dejar ir a la mujer por la que todo mi ser clamaba.

«¡Paradoja de mierda!».

Pero nada impediría que la priorizase a ella.

—Prometo dejarte en paz todo lo que necesites, mi amor. —Me aparté un poco para mirarla a los ojos y para que ella pudiese ver mi honestidad a través de los míos—. Pero permíteme solicitarte una sola cosa. —Candela asintió enjugándose las lágrimas con los dedos—. Cuando estés lista, te suplico que me avises.

Sonrió y, al hacerlo, unas lágrimas se introdujeron en su boca.

—¿Y si jamás lo hago?

Apreté los músculos de mi mandíbula con fuerza.

—Te esperaré, Candela. Para siempre.

Capítulo 49

JULIÁN

Isla de San Andrés

Ocho meses después

Me senté en mi despacho y contemplé las fotografías y el periódico que Ben me había hecho llegar con un gesto adusto. Desde la noche en que me obligué a separarme de Candela, mi existencia se había transformado en un verdadero infierno.

El comisario Fuentes, que tenía a Candela en alta estima, ni bien se había enterado de lo ocurrido, me llamó, y yo aproveché esa comunicación para informarle de que Candela regresaba a Argentina y le exigí el máximo cuidado a su persona. Fuentes, con su habitual tono desafiante, me advirtió de que no era necesaria mi prepotencia para que él considerase el bienestar de Candela como de absoluta prioridad. Para eso, se había asegurado de que apenas llegase a Mar del Plata, ella ingresara a la policía como buceadora profesional, precisamente dentro de su grupo de gente.

Sacudí la cabeza. Estaba seguro de que mi chica había entibiado el corazón de Fuentes, lo cual no me sorprendía.

Pero con el paso de los días, mi anhelo por ella se había hecho insoportable, y al final había decidido ir tras sus pasos con el firme propósito de protegerla. Cuando Ben se enteró de mi partida, se presentó en mi despacho

para recordarme la petición de Candela de dejarla ir. Ante mi desesperación, Ben se ofreció a ocupar mi lugar. Así, a los pocos días de que Candela abandonase San Andrés, él la siguió, no sin antes prometerme de que me mantendría informado.

Me quedé sin respiración al observar una foto en la que Candela se reía junto a unos tipos vestidos de buceo, suponía que compañeros de su nuevo trabajo. No pude evitar que unos celos espantosos ascendiesen por mi espalda, pero, de todas formas, notarla más relajada me generaba felicidad.

El periódico mostraba la exposición que Candela había celebrado en una galería de arte de Mar del Plata con fotos submarinas obtenidas durante su paso por San Andrés. Mi chica había regresado a su pasión y me llenaba de orgullo.

Me obligué a llenar de aire los pulmones entretanto, abrumado, apretaba mi tabique nasal con dos dedos. Esos ocho meses se me antojaban como si hubiese transcurrido una vida entera. Infinidad de veces quise cortarme los dedos para evitar llamar a Candela, o las piernas para no ir a buscarla corriendo. El esfuerzo de la espera era terrible y comenzaba a pasarme factura. Porque nada ni nadie podía asegurarme que ella regresaría. Ni siquiera yo. Y como no estaba dispuesto a perderla, continuaría aguardando el tiempo que hiciera falta hasta escuchar su voz.

Miguel y Marina, por su parte, me habían ayudado mucho, en especial ella, debido a que mantenía contacto con Candela a pesar de la distancia. Hablaban vía Skype o por WhatsApp, y, de a poco, Marina me enviaba señales de que Candela comenzaba a recobrase de lo sucedido con Sebastián y conmigo, aunque nunca se pronunciaba acerca de su posible regreso a mí.

Inhalé profundo. Moría por obtener un vestigio de esperanza. Para consolarme, me había dedicado a mi trabajo con todas mis energías. Renuncié a la Interpol y permanecí en la isla como médico, para gran satisfacción de mis padres, pero, sobre todo, porque estaba seguro de que eso sería lo que Candela hubiese deseado.

Incluso Nubis había captado más mi atención. Candela lo amaba, y yo, en el fondo de mi alma, albergaba la esperanza de que, como se había marchado sin despedirse de nuestro amigo canino, algún día regresaría a saludarlo. Eran conjeturas estúpidas, pero las únicas que me mantenían cuerdo.

El teléfono sonó y lo atendí con urgencia, como se había vuelto costumbre.

—¿Cómo está?

—Mira, Gato...

El corazón se me detuvo y las mejillas me ardieron de la ira.

—¿Qué ocurrió?

Oí el resoplido de Ben y me preocupé de verdad.

—Me descuidé un día y, de repente, desapareció.

—¿CÓMO? ¡Voy a matarte!

—¿Puedes esperar un poco antes de amenazarme de esa forma?

Estaba tan colérico que tenía miedo de explotar en llamas.

—¡Encuéntrala!

—Dios mío, Gato, eres un incordio cuando te pones mandón.

—Si le llega a ocurrir algo...

En ese instante, me percaté de que por el otro móvil Miguel me llamaba con insistencia.

—Si en media hora no me tienes un reporte completo del paradero de Candela, te asesino, Ben. ¡Te lo juro!

El ruido del otro teléfono me volvía loco, por lo que atendí a los gritos con la mano desocupada.

—¡QUÉ!

—Ven a casa de inmediato, Julián.

—¡NO PUEDO!

—¡Te digo que vengas, joder!

Y el muy idiota de Miguel colgó.

—¡Ben!

—Ya te oí —me contestó bostezando—. Parece que no cejarás de gritar a

todos.

Me revolví la cabellera. Si hubiese estado en Mar del Plata en ese instante, el cerebro de Ben habría terminado achicharrado de un balazo.

—¡MEDIA HORA! ¡NO MÁS!

Corté y me llevé una mano a la frente, desesperado. ¿Dónde diablos estaba Candela?

Un mensaje de texto surgió en la pantalla de mi móvil.

«A casa ya mismo, Julián. Es urgente. Miguel».

Lleno de ira, salí de mi oficina a toda prisa. En treinta minutos, me comunicaría con Ben y más le valía que tuviese datos del paradero de Candela. Percibí un vacío en el estómago que amenazaba con volverme loco. Había sobrevivido todos esos meses porque en ningún instante había dejado de tener noticias de ella, pero saber que había desaparecido me estaba quitando la cordura. Si Ben no conseguía localizarla, entonces partiría esa misma noche a Colombia y, desde allí, tomaría el primer vuelo a Buenos Aires.

Cuando puse el pie en la acera, me subí al coche y partí a toda velocidad. En el camino, la locura comenzó a dar paso a la razón y me pregunté si Miguel no tendría alguna novedad sobre Candela.

«¡Claro!», me dije. Seguro que Marina tenía información sobre ella, y ese sería un buen punto de partida para dar con su paradero. Esperanzado, apreté el acelerador y, en pocos minutos, llegué al edificio donde vivían Miguel y Marina. En la entrada, se erguía mi amigo con cara de preocupación.

—Aquí estoy, Miguel.

—Sube conmigo. Marina no sabe nada.

Lo miré perplejo. ¿A qué se refería Miguel? Sin darme tiempo a contestar, casi corrimos por la escalera hasta llegar al apartamento. Cuando iba a tomar el picaporte, se volvió hacia mí:

—Ni se te ocurra abrir la boca.

—Pero ¿qué te...?

Chistó y puso un dedo en sus labios para avisarme de que me callase. Abrió la puerta despacio, y cuando ingresamos, me di cuenta de que Marina hablaba con otra persona en su cuarto. Y el timbre de esa voz me cortó la respiración.

—¿Estás segura, Cande? —escuché que preguntaba Marina.

—Sí. Ahora sí.

Y un silencio, seguido de unos movimientos, me devolvió a la realidad de que Candela, mi Candela, se encontraba a pocos metros de mí.

Cuando la vi aparecer, creí que soñaba. Marina y ella se detuvieron y me observaron con la boca abierta.

—Candela —susurré.

Marina frunció el ceño y, sin desviar la vista de su novio, exclamó:

—¡Miguel!

—No podía esperar más, amor. Este zopenco me tenía las pelotas llenas. — Nos observó a Candela y a mí—. Me llevo a Marina a comer y después a un hotel, así que, por favor, resuelvan sus pullas, que para eso les dejamos el apartamento hasta mañana. Marina, nos vamos.

—Pero, Miguel...

—¡Marina! Te suplico que tengas piedad de mí. Estos ocho meses han sido un infierno aguantando las penurias de este tío.

Marina arqueó las cejas, pero Candela intervino:

—Ve con Miguel, cielo. Julián y yo estaremos bien.

Con un suspiro, Marina asintió y, cargando su cartera al hombro, se aferró al brazo de Miguel, quien le pasó un brazo por la cintura.

Cuando nos dejaron solos, me detuve en el rostro de la mujer a la que amaba con locura y me obligué a no abalanzarme sobre ella. Estaba más hermosa que nunca. Las rastas habían desaparecido y, en su lugar, su cabello ondulado de color miel, sedoso y brillante, la volvía más radiante ante mis ojos. Odiaba reconocerlo, pero esos meses, por lo visto, le habían hecho bien, y me daba mucha rabia. Yo, en cambio, estaba acabado.

—Candela...

Ella me sonrió apenas, y cuando lo hizo, mi corazón pareció renacer.

—Hola, Julián.

Su voz me erizó el vello de la piel y mi entrepierna se puso dura.

«Contrólate», me llamé al orden.

—¿Cuándo llegaste?

Ben, por lo visto, no sabía que ella había viajado hacia aquí.

—Hace una hora. Parece que Miguel te avisó enseguida.

Asentí perplejo.

—¿Has venido a visitar a Marina?

Sabía que era un idiota por preguntar semejante estupidez, pero no quería llenarme de ilusiones vacías. Después de tanto tiempo padeciendo, no me atrevía a expresar lo que en verdad quería saber.

Candela se encogió de hombros.

—También.

Respiré hondo, consciente de que ningún diploma de médico o de policía me había preparado para mi fuga mental ante esa chica. Había curado casos imposibles y quebrado a delincuentes internacionales, pero frente a ella parecía un adolescente.

—Yo... he cumplido con lo que me pediste.

—Te lo agradezco mucho.

«Y a Ben», pensé sin expresarlo de viva voz.

Los ojos verdes de Candela brillaron y, en ese instante, supe que, de no decir algo, terminaría gritando y llorando a sus pies.

—Ha sido la tarea más ardua de mi vida.

Tomó aire y susurró:

—He necesitado de estos meses para mí, Julián.

—Lo sé.

—Habían sucedido demasiadas cosas y debía poner en paz mi corazón. —
Tragué saliva para aliviar mi agarrotada garganta—. Por eso, necesito que hablemos.

Asentí. Y recordé las palabras de Sebastián:

«No te lo hará fácil».

Nos sentamos en el sofá de la sala. Contemplé el vestido fresco de tirantes que se amoldaba a las preciosas curvas de Candela. Las había anhelado tanto que me obligué a desviar la mirada.

Candela se recostó contra el respaldo y yo hice lo mismo.

—Pregunta lo que quieras —dije—. Esta vez no habrá secretos entre nosotros.

Ladeó la cabeza y, al hacerlo, su larga cabellera rozó mi brazo. Contuve el aliento.

—Me gustaría que me contases sobre tu doble vida cuando estábamos juntos. ¿Por qué te eligieron a ti para la misión?

Respiré hondo.

—La elección decantó por sí misma. Ben y yo manejábamos diferentes casos de tráfico de arte, armas y personas en diferentes partes de mundo. Hacía muchos años que íbamos tras Sebastián, pero constantemente se las había ingeniado para escabullirse. Cuando nos enteramos de que había desaparecido, buscamos la manera de dar con él. No teníamos la seguridad de que estuviese muerto, por lo que al enterarnos de la existencia de una novia de la cual estaba profundamente enamorado, no tuvimos dudas de que sería un buen lugar por donde comenzar.

»A su vez, como la policía marplatense a cargo de Fuentes también intervino en el caso, decidimos relacionarnos con ella. Llamé a Fuentes por teléfono, y cuando me contó que te había enviado a la isla de San Andrés para protegerte, me di cuenta de que el mejor agente para seguirte los pasos era yo, pues había nacido aquí. Y Ben me acompañó.

»Fuentes, casi de inmediato, apostó por tu inocencia. Es un hombre de gran intuición y, por lo visto, fue mucho más avezado que yo con respecto a ti. Por más que él insistía en que tú eras una víctima de Sebastián, yo necesitaba comprobar que eso fuese cierto. Entonces mi misión consistió en acercarme a

ti y en entablar algún tipo de relación.

—¿Dónde vivías tú?

—En Francia, igual que Ben. Mi carrera como agente la estaba desarrollando ahí, pero apenas me avisaron de tu arribo a la isla, partí hacia aquí y no se me ocurrió mejor idea que asumir el rol de doctor para formar parte activa de esta sociedad. Ben, por su parte, llegó a la isla poco después que yo. Manteníamos una comunicación permanente, aunque eran pocas las ocasiones en que nos encontrábamos cara a cara. Yo debía abrirme paso entre los profesionales de la salud de aquí, y cuando no trabajaba en el hospital o en la clínica de mi padre, me instalaba en la oficina clandestina que conociste. Ahí recopilaba los datos necesarios para poder dar con los malhechores y, además, para investigarte.

»Así, cuando Ben y yo estuvimos instalados aquí, no tuvimos dudas de los roles que nos corresponderían a cada uno. Yo sería la persona encargada de extraerte información —al decir esto, se me hizo un nudo en la garganta al ver la expresión de tristeza en Candela—, y Ben controlaría el posible arribo de Sebastián y de los armenios a la isla. Eso significó que debíamos mantenerte vigilada de forma permanente. No sé si te acuerdas, pero el día de la playa, hubo una persona con la cual chocaste.

—Un chico al que no pude verle el rostro con claridad.

—Exacto. Era Ben. —Los ojos de Candela se agrandaron como platos—. Colocó un chip en tu teléfono, que nos permitió llevar a cabo escuchas de las charlas que mantenías con la gente. Suponíamos que si estabas conectada a Sebastián, te comunicarías con él.

—O sea que querían hacerme caer como a un buen pescado.

Percibí que mi piel empalidecía, pero me obligué a continuar con la verdad:

—Sí, aunque te confieso que Ben, igual que Fuentes, casi desde el principio insistió en tu inocencia. De todas maneras, agradezco que nunca quitásemos el chip de tu aparato porque, gracias a este, cuando llamaste a Alberto la noche del enfrentamiento, pudo ubicarnos de inmediato. Nos salvaste a todos,

Candela.

Arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Qué es lo que te llevó a pertenecer a la Interpol, Julián?

Me encogí de hombros.

—Tengo un CI muy elevado y mi carrera médica, a veces, no me resultaba suficiente.

—Pero ayudar a las personas es una tarea maravillosa.

—¡Claro que sí! Sin embargo, siempre necesitaba de algo más. Un día conocí a un paciente que trabajaba en la policía internacional, nos hicimos amigos y, en poco tiempo, me convenció de que pertenecer a sus filas me resultaría fascinante. Supongo que podrás adivinar quién era ese sujeto.

Candela entornó los párpados.

—¿Ben?

Asentí y ella imitó mi gesto.

—Dios, ese hombre está en todos lados. —Me hizo gracia su reflexión y sonreí—. ¿Y cómo compaginabas el trabajo de agente con el de doctor en San Andrés?

—Hacía varios años que yo no vivía en la isla, pero, gracias a que mi padre es un médico muy conocido aquí, pude entrar por la puerta grande de inmediato. La gente tanto del hospital como de la clínica me acogieron muy bien y nadie discutió mi posición. Como soy bueno en lo que hago, conseguí muy pronto que confiaran en mí.

—Por todo lo que has dicho, me imagino que ejercías la medicina en Francia, ¿no?

Afirmé con la cabeza y agregué:

—En la Interpol también.

—¿Como ginecólogo?

Sonreí.

—No sabes todos los casos que se me han presentado debido al tráfico de mujeres y niñas.

—Dios...

—Y cuando contaba con períodos libres de trabajo en la policía, cubría una infinidad de guardias en diferentes hospitales y clínicas de París.

Candela se quedó en silencio con la vista clavada en el piso. Parecía pensar en algo.

—Lárgalo, Cande —le pedí, y me miró.

—El día que nos conocimos, ¿ya habías asumido tu papel?

—Sí —respondí con un nudo en la garganta—. Mientras encontraba una manera de contactarte, llegaste al hospital en busca de un ginecólogo. Ese día, Ben y yo creímos en los milagros. Si bien nadie había predicho tu arribo, apenas nos informaron de tu ingreso al hospital, me apresuré a atenderte. Lo demás ya lo conoces.

—¿Y Nubis?

Arqueeé las cejas.

—Es el perro policía que he entrenado para combatir la delincuencia. Hace seis años que vive conmigo.

—Y si te retirases, ¿qué pasaría con él?

—Supongo que debería pagar al estado una indemnización para mantenerlo conmigo y evitar que siga sirviendo a su patria.

Volvió a quedarse en silencio, y mis nervios me hicieron sudar.

—¿Cuándo te diste cuenta de mi inocencia?

Respiré muy profundo.

—El día que te quitaste las lentillas. Nunca olvidaré la desnudez de tu alma y, en ese segundo, supe que eras por completo inocente.

El silencio volvió a instalarse, y mi corazón galopó.

—Sigo amándote, Candela.

Lo había dicho después de todo. Y hacerlo me hizo sentir más liviano.

—Julián...

Había empezado y me daba cuenta de que no quería detenerme:

—Cada segundo desde que te fuiste no he hecho más que pensar en ti.

Añorarte. Desearte. Llorarte como un crío. Hasta el maldito de Nubis te extraña como un loco. Cada vez que entra a nuestra habitación, primero olfatea el lado de la cama donde dormías, pero cuando descubre que no estás, recién ahí decide ir hacia mí. Parece que supiese que yo fui el causante de que te perdiésemos. —Aclaré la garganta y suspiré—. Lo nuestro empezó mal porque los objetivos eran diferentes. Jamás sospeché que me iba a enamorar de ti, y menos, que sería de esta forma tan profunda. No imaginé que existía eso tan sorprendente llamado «amor» ni que experimentarlo iba a convertirse en el motor de mi existencia. ¿En qué manual o en qué libro de cualquier escuela, universidad o donde mierda sea, se puede enseñar algo tan único y, al mismo tiempo, tan difícil de entender? En ninguna de las materias que cursé en mis dos carreras se me advirtió de cómo enfrentar un sentimiento tan profundo. Por lo tanto, desde que te fuiste, mi vida sufrió un cambio rotundo. Un agujero interior no ha dejado de devorar mis entrañas. Pero ¿qué podía hacer yo, salvo respetar tu deseo? ¿Ser otro Sebastián y manipularte? —Sacudí la cabeza con énfasis—. No, Candela. No lo iba a permitir. Ya habías tenido suficiente con los dos.

Los iris verdes de Candela refulgieron.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

Arrastré las manos por mi cabellera.

—Después de todos estos meses, que me han parecido siglos, ¿tienes una respuesta para mí?

Cerré los ojos sabiendo que acababa de cagarla de lo lindo. Mi enorme boca no podía dejar de exigir. «Miserable idiota», me reprendí.

—Julián.

La voz suave de Candela provocó que la contemplase como un enajenado. Cada rincón de su tersa piel me dejaba sin aliento.

—Dime —murmuré.

—En este período, he pasado por todos los estados anímicos que se te puedan ocurrir. Primero mucha tristeza, después, una ira espantosa y,

finalmente, la paz. Cuando alcancé ese punto, recién pude empezar a vislumbrar la realidad de lo que me ocurría. A Sebastián lo recuerdo con una profunda alegría y también con una gran desilusión. Es un hecho del pasado que debo seguir depurando hasta extirparlo por entero. Y me siento bien así. Pero cuando se trata de ti, las cosas son diferentes.

Respiré hondo, preparándome para que el cadalso cayera sobre mi cabeza.

—Le he permitido a mi corazón expresar lo que en verdad siente hacia ti — prosiguió—. Sin remilgos, sin disfraces. Solo la verdad. Y siempre ocurría lo mismo.

—¿Qué, Candela?

—Te extrañaba. —«¡Dios!», susurré por dentro, y tragué en seco—. Demasiado. Y cuando logré aceptarlo, empecé a reconocermelo de nuevo. Igual que tú, había asumido una identidad diferente, más allá de que la razón fuese justificable o no. Había elegido hacerlo, por lo que tenía que acatar las consecuencias. Pero en todo momento, los sentimientos que mi alma albergaba hacia cada uno de ustedes eran genuinos. Cuando fui capaz de registrar en mi mente y en mi alma lo que eso significaba, toda mi rabia y mi dolor hacia ti desaparecieron. Las circunstancias te habían llevado a elegir lo mismo. Por ende, ¿quién era yo para ser tu juez y tu jurado? ¿No resultaría más saludable intentar ser honestos y decidir juntos lo que en verdad anhelábamos?

—¿Entonces...? —balbuceé, deseando con todo mi ser que el milagro se produjese.

—¿Existe la posibilidad de que tú y yo intentemos sanar lo que tuvimos, y veamos qué nos depara el futuro?

Parpadeé y una lágrima cayó por mi mejilla.

—¡Sí! ¡Por Dios, sí! —contesté con la voz quebrada.

Me acerqué a Candela y, abriendo las fosas nasales para llenarme del perfume de su tez, la abracé con fuerza. Apoyé la barbilla sobre su hombro y me quedé en silencio. No podía emitir una sola palabra más. En cambio, sollocé como nunca. Me importaba un carajo eso de que «los hombres no

lloran», así que, por mí, el que había creado esa estúpida frase podía irse al mismísimo infierno.

Mi cuerpo convulsionó contra el de Candela, quien me acariciaba la espalda y el cabello. Me susurraba algo, pero estaba tan conmovido por su valentía y su generosidad que no tenía capacidad para identificar lo que decía. Lo único que me importaba era sentirla a ella. Su calor. Su amor.

La abracé con mayor vigor y Candela hizo lo propio. No sé cuánto tiempo estuvimos así, perdidos en uno y en el otro. No quería apartarme de su abrigo, que comenzaba a nutrir mi alma.

—Te amo, mi dulce. Te amo —susurré varias veces, necesitando que me creyese.

Me separé con la nariz chorreando, sin que me importase un comino. Con la camisa, me limpié los mocos y las lágrimas.

—A partir de este momento, no haré otra cosa más que demostrarte lo que significas para mí.

—Pues empezaste a hacerlo cuando respetaste mi petición de que me dejases ir. Tu silencio me ayudó mucho, Julián.

—Pero tuve pánico de que te olvidases de mí.

Se limpió la humedad de sus mejillas con el dorso de las manos.

—Si hubieses aparecido, me habría dado mucha rabia. Porque necesitaba comprender lo que en realidad me ocurría.

Le acaricié la cabellera con ternura. Estaba acostumbrado a sus rastas, por lo que la nueva sedosidad de su pelo me abrumaba.

—Solicité la baja en las fuerzas de la Interpol para dedicarme a la medicina.

Candela arqueó las cejas.

—Tu naturaleza no es así, Julián. Amas ese trabajo. ¿O me equivoco?

Inhalé profundo.

—No te equivocas. Pero, a partir de ahora, mi mayor prioridad será formar una familia contigo, Cande. ¿Estarías dispuesta?

Me detuve lleno de temor. Me envolvió las manos con las suyas y nos quedamos mirando durante un largo rato. Mi corazón corría peligro de explotar.

Sonrió.

—Te amo, Julián.

Le aparté un mechón de cabello de la cara y, con las yemas de los dedos, acaricié su rostro. Sonreí también y la boca se me llenó de lágrimas. De pronto, Candela se inclinó sobre mis labios y, con los ojos entornados, susurró:

—Bésame, mi amor.

Epílogo

CANDELA

Adoraba cómo me besaba. Sus labios degustaban los míos con fruición, con esa entrega propia de los que aman.

—Me vuelves loco —resolló Julián en mi oído, y sus embestidas me obligaron a levantar las caderas para sentirlo más dentro de mí, si es que eso era posible.

—Y tú a mí, mi amor —contesté agotada, con el sudor cayéndome por el rostro y entre los pechos. Inhalé y me llené de su aroma a pino silvestre, que me enardecía.

Julián volvió a abrazarme con vigor y, a horcajadas, apoyé la cabeza contra su pecho mojado. Podía escuchar el palpitar de su corazón golpeando a toda velocidad.

Con ternura, me tomó de las mejillas y elevó mi cara para precipitar su boca contra la mía, como si intentase engullirme. Le respondí de la misma forma porque el sexo entre Julián y yo nos transportaba a planos en los que nos transformábamos en una unidad. No sabía cómo explicarlo, pero así lo sentíamos.

Apenas me liberó, inclinó la cabeza y se llevó un seno al interior de la boca. Con la lengua, dedicó una esmerada atención a mi pezón, que se volvió rígido como un diamante, en tanto su mano se engolosinaba con mi otro pecho. Gimiendo, arqueé la espalda para regalarle más de mí.

—Amo tus tetas, Cande —murmuró.

Sonreí. Sabía que era así porque no perdía oportunidad de acariciarlas cada vez que tenía ocasión. Y yo se lo agradecía con creces.

—Son tuyas, Juli.

Sin dejar de succionarlas con ganas, gimió y envolvió mi cabellera húmeda en un puño para tirar de mi cabeza hacia atrás. Envalentonado, subió y me atacó la boca otra vez, como si no hubiese un mañana.

Nos desplomamos sobre el colchón y como dos locos rodamos hasta que, como en otras ocasiones, caímos al suelo, donde continuamos con nuestra pasión desenfadada sobre la alfombra.

Entre risas y suspiros, Julián aumentó el ritmo de las acometidas y, de pronto, se me borró la sonrisa de la cara. Un calor inusitado ascendió por mi columna y tensó mis músculos.

—Sí, mi amor —susurró contra mi garganta—, déjalo que venga.

Pellizqué sus nalgas firmes con las uñas, lo que provocó que me empalase con más fuerza. Cuando entrelacé mis brazos alrededor de su cuello, me besó con una fiereza casi desconocida, sin dejar de acariciar mis senos, y volví a elevar las caderas.

—¡Julián! —gemí.

—Sí, Cande. ¡Ven! ¡Ven, por Dios!

Y como dos enloquecidos, dimos la bienvenida al estallido de nuestros cuerpos, con gritos de deleite y luces de colores que brillaron por detrás de nuestros párpados.

No sé por cuánto tiempo sollozamos o gemimos, ni sabía cómo definir aquello, pero de lo que sí estaba segura era de cómo nos sentíamos. Primero nos encontramos temblando como niños y después dedicamos una pausa a restablecernos. Había sido una verdadera maratón sexual.

—Me encanta esto de que cuando regresas de París nos amemos como enloquecidos —susurré casi sin fuerzas.

—Siempre.

—Extrañarnos pone una cuota adicional de locura.

Julián me abrazó y me llenó de besos la cara. Comencé a reírme. Adoraba su manera de mimarme. No tenía límites y jamás se agotaba.

—La insistente fuiste tú.

—No podía permitir que dejaras la Interpol, amor.

Me besó como un poseso y yo aproveché para responderle de la misma manera. Hacer el amor con Julián era el paraíso, pero cuando regresaba de sus misiones en el país francés, era el nirvana.

Después de un rato, me alzó entre sus brazos y me depositó en la cama con suavidad. Enseguida se acostó a mi lado. Nos acomodamos de costado y nos contemplamos casi sin parpadear.

Aún no podía creer que Julián y yo, por fin, íbamos camino de cerrar nuestras heridas de forma definitiva. Había pasado poco más de un año desde nuestro encuentro en el apartamento de Marina y Miguel, donde habíamos acordado continuar con nuestra relación, y la piel todavía se me ponía de gallina al recordar cómo habíamos caídos en los brazos del otro. Nos desfogamos como dos posesos durante tantas horas que, famélicos, terminamos solicitando unas pizzas con urgencia. Y después de comer, Julián casi me obligó a mudarme a su casa.

«No pienso pasar un segundo más separado de ti», me había dicho. E iniciamos nuestro tránsito hacia la feliz pareja que éramos en la actualidad.

Cuando evoco lo acontecido, no dejo de sorprenderme por lo que Julián y yo debimos atravesar para comprender nuestros verdaderos sentimientos.

«Aunque ese tipo sea un cretino, entiendo que precisabas tener a alguien que te cuidase». Las palabras de Sebastián cobraron sentido en mi interior.

La figura de Julián supuso un verdadero refugio cuando había perdido todo. Por eso, marcharme significó recobrar la lealtad hacia mí misma. La identidad que había asumido no me pertenecía, pero de todas formas dirigía mis acciones y mis sentimientos al punto de confundirme. Porque ¿quién amaba a Julián? ¿Candelaria o Candela?

A su vez, volver a ver a Sebastián me había conmovido y supe con certeza que poner un cierre a su recuerdo solo sería posible si lograba disculparlo. Entonces, retornar a mi tierra para embeberme de mis raíces fue el comienzo de mi sanación.

Sin que yo lo solicitase, el comisario Fuentes intercedió con los miembros de su grupo para que yo entrase a trabajar como buceadora profesional de la policía. Según él, mis aptitudes para ese deporte debían aprovecharse, y estaba seguro de que una persona como yo sería necesaria entre sus hombres. Con la boca abierta, fui testigo de cómo estos me aceptaban sin chistar y, al hacerlo, varios de mis monstruos interiores comenzaron a desaparecer.

Como la profesionalidad de Julián era muy popular entre los secuaces de Fuentes, pronto me encontré siendo partícipe de los relatos sobre sus hazañas como agente, al menos, las que se les permitía divulgar. Además, alababan a Nubis, mi amiguito, a quien echaba de menos como una loca, y sus cuantiosos actos heroicos. Asimismo varias veces debí enfrentarme a episodios delictivos que me llevaron a entender mejor la mentalidad policial. Sin que me diese cuenta, poco a poco, la imagen de Julián cobró otra dimensión frente a mis ojos. Julián Davis empezaba a ser para mí no solo el médico, sino también el agente secreto que combatía la delincuencia.

Cuando ya habían pasado varios meses y seguía inmersa en mis reflexiones, Fuentes volvió a hacer de las suyas y se transformó en el gran catalizador de lo que sobrevino después. Su imagen fría y calculadora escondía una enorme lealtad y un corazón romántico. ¡Quién lo hubiese sospechado! En varias circunstancias, me invitó a su despacho para mostrarme fotografías de Julián y de Nubis, y en cada ocasión, aprovechaba para informarme de lo mal que Julián lo estaba pasando sin mí. Todo aquello me sumía en una profunda tristeza, pero fue una mañana en su oficina cuando sus palabras me dejaron atónita:

«Ese muchacho está sufriendo, Candela. Ha renunciado a su trabajo en Francia y ha regresado a San Andrés para abocarse a la medicina. De alguna

manera, está tratando de resarcir su imagen con usted. Y eso quiere decir solo una cosa: la ama de verdad».

En ese segundo, comprendí que debía dejar atrás mis dudas y temores, porque tanto Candelaria como Candela siempre habían amado a su Julián. Y actué.

Me levanté del asiento y, mirando a Fuentes con una enorme sonrisa en la cara, le aseguré:

«Será padrino de uno de nuestros hijos».

Y regresé a San Andrés para dar una oportunidad a lo que a Julián y a mí nos unía.

Suspiré agradeciendo a Dios porque, a partir de ahí, Julián y yo comenzamos a vivir la magia de nuestro amor.

Lo primero que le rogué a Julián fue su retorno a la Interpol. Al principio se había negado por completo, pero ante mi insistencia, terminó prometiéndome con una sonrisa de oreja a oreja que lo pensaría. A los dos días, Julián volvía a pertenecer al cuerpo policial, pero solo en el grupo de inteligencia, por lo que, si bien abandonaría el campo de batalla, al menos la institución podría seguir beneficiándose de su excepcional cerebro y de su experiencia.

Eso implicó que mi chico debiera quedarse en Francia unos pocos meses al año, lo cual no representaba ninguna tragedia, y en la isla continuaba atendiendo en el hospital y en la clínica de su padre.

Por mi parte, Daniel Alarcón me recibió con los brazos abiertos y continué como buceadora en su hotel, lo que significó permanecer muy cerca de Marina, para dicha de ambas. Nuestra amistad sería para toda la vida, así como la de Julián y Miguel.

También había llevado a cabo varias exposiciones de mis fotografías, que resultaron un verdadero éxito. La imagen que obtuve en San Andrés del mero gigantesco con la cola de un tiburón sobresaliendo de su boca había ganado varios premios, y la terminé vendiendo por una cuantiosa suma de dinero. No solo eso, sino que una de las mejores galerías de Bogotá me había invitado a

presentar mi nueva colección de escenas submarinas para el mes entrante. Me sentía plena por lo que comenzaba a lograr con mi creatividad.

Con una sonrisa bobalicona en la cara, acaricié la mejilla de Julián y susurré:

—Te amo, loquito.

—Y yo a ti, descarada.

Estallamos en una carcajada y Julián aprovechó para hacerme cosquillas. Luchamos un rato en la cama, pero al final él colocó su cuerpo sobre el mío. Era tan grandote que casi me dejó sin respiración.

—Me parece que estás engordando, Juli.

—¿Qué? —exclamó estupefacto—. Nunca he estado más fibroso, con la cantidad de ejercicios que tú y yo hacemos. Además, los paseos con Nubis nos llevan horas.

—Adoras la comida que te hago.

—Bueno, eso es verdad.

Nos besamos un poco más, hasta que me aparté un poco.

—A propósito, ¿qué hora es?

—Las once.

Abrí los ojos como platos.

—¡Tenemos que ir a la casa de tus padres!

Una de las cosas más lindas que me habían pasado en ese año fue conocer a la familia de Julián. Sus padres y sus hermanos me recibieron con enorme entusiasmo y, casi de inmediato, me transformé en un miembro más. Y sabía a la perfección lo que los domingos significaban para todos ellos.

Lo empujé varias veces, hasta que se desplazó un poco. Me erguí en la cama y las sábanas cayeron sobre mis caderas. Julián devoró mis pechos con los ojos y, antes de que pudiese detenerlo, ya los engullía con la boca.

—Julián. ¡Espera! —gemí, pero su caricia era tan magistral que lo dejé saborearme de nuevo. Después de todo, habíamos hecho el amor toda la noche, así que un ratito más no tenía nada de malo.

Sus manos me revolviaron el pelo y suspiré. Luego de varios lengüetazos sobre mis pezones, levantó la cabeza y me contempló remolón.

—No quiero ir, Cande.

Meneé la cabeza con énfasis.

—¡Ni se te ocurra! Los almuerzos en familia de los domingos son incuestionables.

—Pero quiero comerte una vez más —aseguró, y volvió a succionar mis senos con devoción.

Nos revolcamos en las sábanas un buen rato hasta que escuchamos la puerta abrirse. El colchón se aplastó y una nariz fría comenzó a olfatearnos.

—¡Nubis! —gritó Julián—. ¡Me estás oliendo el culo!

Nos desternillamos de la risa cuando nuestro amiguito ladró. Nos unimos a su juego y los dos terminamos envolviéndonos con las sábanas a la vez que Nubis tiraba de ellas con los dientes para destaparnos. De pronto, oímos el tono de nuestros celulares, que sonaban a la vez. Julián y yo nos estiramos para tomarlos de nuestras respectivas mesitas de noche.

—Tu madre —avisé a Julián.

—Mi padre —contestó él.

Atendimos sin dejar de reír y prometimos a los dos que estaríamos llegando en media hora.

Después de darle unas cuantas caricias a Nubis, nos dirigimos al cuarto de baño, donde nos duchamos juntos sin dejar de besarnos y tocarnos.

—Necesito decirte algo —dije a Julián al oído.

—Yo también.

Lo miré sorprendida. ¿Qué se traía mi novio entre manos?

—Tú primero —dije.

Julián dibujó una amplia sonrisa mientras el agua seguía cayendo por nuestros cuerpos.

—Quiero que nos casemos.

Me quedé sin respiración. Le había asegurado a Julián que jamás me casaría

luego de la terrible experiencia con Sebastián. Pero después de un año de vivir juntos, mi novio parecía tener otros planes.

—Pues...

—Deseo que seas la señora de Julián Davis.

Lo escudriñé un rato hasta que capté una cierta vulnerabilidad en sus ojos. Mi chico había luchado mucho por ese momento y merecía mi absoluta confianza.

—Acepto.

Julián expulsó el aire de los pulmones con fuerza y me abrazó.

—Me haces el hombre más feliz.

—Y tú a mí —contesté, y le aferré las mejillas entre mis manos—. Ahora es mi turno de contarte algo, mi amor.

—A ver, mi dulce.

—Anoche me hice una prueba de embarazo y...

Me detuve ahogando una carcajada. Julián parpadeó unos segundos, hasta que, enrollando sus brazos alrededor de mi cintura, me alzó, gritando de felicidad.

—Te amo, Cande. ¡Te amo con toda mi alma!

—Y yo a ti.

Continuamos a las risotadas bajo la ducha con los ladridos de Nubis desde el dormitorio, que parecía festejar nuestra maravillosa noticia.

Por fin éramos una verdadera familia.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer infinitamente a:

 Mi amada familia (la de aquí, la de allá y la que está por llegar).

 Mi queridísima Lola Gude y todo el equipo de Selecta, de Penguin Random House.

 Mi mágica Érika Gael.

 Mis queridísimos lectores.

Nota de autora

¡Muchas gracias por haber leído la historia de Candela y Julián! Espero que la hayas disfrutado tanto como yo cuando la escribí.

Si quieres saber más sobre mi carrera como escritora y los libros que tengo publicados en Selección BdB y en Selecta, de Penguin Random House, me encantaría invitarte a que te pases por mi blog:
<https://chrisdewitromance.wordpress.com>

También puedes encontrarme en Facebook:

Chris de Wit: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100015193534151>

Chris de Wit Romance: <https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Y en Instagram: [@chrisdewitromance](https://www.instagram.com/chrisdewitromance)

Por último, si tienes tiempo y te apetece, me gustaría que me cuentes qué te han parecido mis historias. Tu opinión me ayudará, sin ninguna duda, a enriquecerme y a evolucionar como escritora.

Una vez más, y de verdad, muchas gracias.

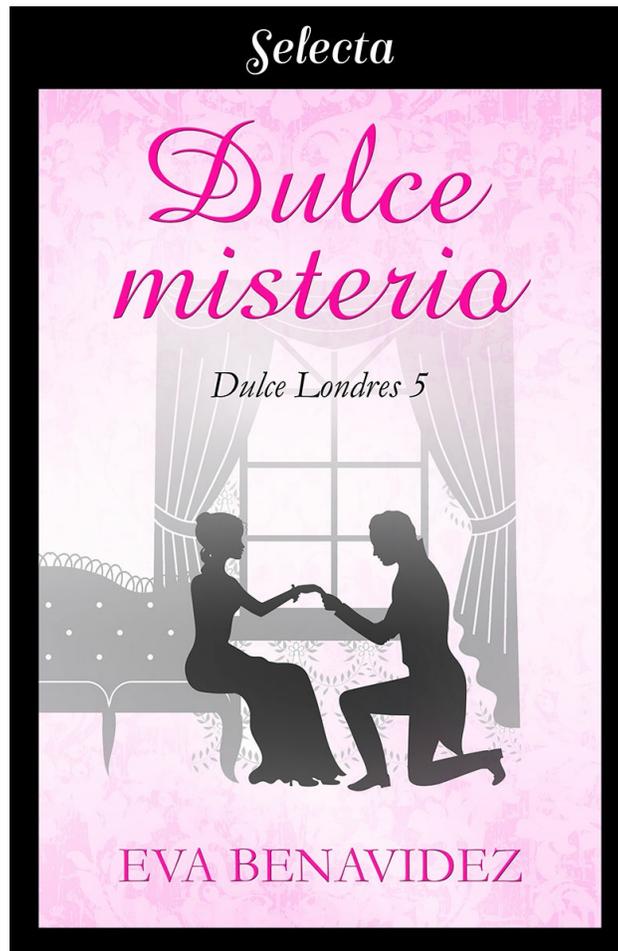
Si te ha gustado

En el momento justo

te recomendamos comenzar a leer

Dulce misterio

de *Eva Benavidez*



Prólogo

*Muerte y vida, dos caras
de la misma moneda.*

Luz y oscuridad, dos estados del mismo espacio.

Bien y mal, dos reflejos de la misma alma.

Tú y yo, dos desconocidos con el mismo destino.

Londres, febrero de 1813

Para el agente Johnson, aquella fría mañana de invierno era un día más de rutinario trabajo en Bow Street. Varios robos de carteristas y vándalos de poca monta reportados por gente acomodada, algunas denuncias de nobles sobre sustracciones de pertenencias por algún sirviente resentido y poco más. Aunque pronto, y como hacía tiempo no sucedía, uno de sus oficiales de calle apareció con una inquietante novedad.

Dos minutos después abordaba el carruaje que tenía preparado para emergencias pensando que a esto se debía su amor por aquel trabajo. La adrenalina de pasar de la monotonía a la acción en un parpadeo terminaba por convertirse en un afrodisíaco totalmente adictivo.

Y él era, hacía mucho, un adicto; tenía todos los síntomas, y por esa droga había perdido prácticamente todo lo que alguna vez le había importado. Incluso su propia alma y su conciencia.

—Es aquí, señor —le indicó la mujer mayor, quien llevaba como vestimenta solo una bata de cama de color estridente y marcas oscuras bajo los ojos, las cuales, junto con las huellas en su rostro, daban cuenta de una vida dura y repleta de excesos.

Del otro lado de la puerta astillada y pintada de color púrpura lo esperaba un cuarto mal iluminado donde dominaba el espacio una gran cama decorada con dosel y sábanas, del mismo color de las paredes carmesí, algo

desgastadas.

Había algunas botellas vacías de licor esparcidas por el suelo de alfombra gris manchada, y sobre una banqueta un bulto de ropa pulcramente doblado. Sin embargo, su mirada quedó fija en el hombre que yacía sobre el colchón, desnudo y con aspecto de no haberse movido en varias horas, de complexión robusta y denso cabello oscuro. No era de edad avanzada, sino madura, poco más de cincuenta años.

—Está muerto —dijo la dueña de la casa desde su posición, junto a la entrada. Su voz no sonó espantada o impresionada, pues seguramente estaba acostumbrada a toparse con la parte cruda de la vida muy a menudo. Johnson no contestó, sino que sacó su libreta y comenzó a detallar todo lo que veía.

No era necesario responder, el cuadro que tenían delante hablaba por sí mismo: la inmovilidad del hombre, la línea negra en su cuello, el color ceniciento de su piel, y el olor. El aroma a descomposición cadavérica, que se mezclaba con el perfume barato que flotaba en todo el lugar.

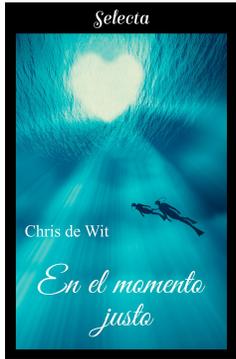
—¿Sabe la identidad de la víctima? —preguntó, una vez que comprobó que en las manos rígidas del cuerpo no había ningún anillo que lo identificase, ni tampoco un papel o tarjeta en los bolsillos de su ropa, la cual era de excelente calidad y, por el material de la tela, se trataba de una persona de buen pasar.

—Sí, señor. Era un cliente asiduo —informó la madame, moviendo su mano cubierta de anillos para señalar al hombre—. Es uno de esos ricachones. Un duque, de hecho —agregó, pareciendo más entusiasmada que horrorizada por tener el cuerpo muerto de un aristócrata importante en su local.

Él se volvió a mirarla con las cejas alzadas al oír su aseveración de que podría tratarse de un noble de tal rango y le hizo un gesto impaciente para que terminara de hablar.

—Es el duque de Riverdan.

En la vida todo llega en el momento justo. Ni antes ni después



Candela Podestá es una joven fotógrafa submarina que, tras un terrible desengaño amoroso y un enfrentamiento con la policía, debe realizar un cambio rotundo en su vida y comenzar de nuevo.

Huyendo de su pasado, Candela llega a la colombiana isla de San Andrés, donde, en compañía de nuevos amigos y un prometedor trabajo, intentará sanar sus heridas y, quizás,

volver a ser feliz.

Ahí conoce a Julián Davis, un médico muy atractivo y reconocido, quien se siente atraído por Candela apenas la ve. Pero Julián es un donjuán empedernido, que no quiere involucrarse con ninguna mujer, porque está dedicado a su profesión y a viajar por el mundo sin ningún tipo de ataduras. Por eso, cuando se topa con Candela, queda asombrado del poder que ejerce sobre él.

El gran problema surge cuando el maltrecho corazón de Candela comienza a sucumbir al encanto de Julián, y corre el enorme riesgo de volver a salir lastimado. Al mismo tiempo, el pasado regresa y la confrontará con sus peores temores: luchar por un amor y atreverse a confiar en un hombre una vez más.

Chris de Wit. Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Chris de Wit

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-39-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 9

[1] Universidad Argentina de la Empresa.

Índice

En el momento justo

Nota editorial

Prólogo. Candela

Capítulo 1. Candela

Capítulo 2. Candela

Capítulo 3

Capítulo 4. Candela

Capítulo 5. Candela

Capítulo 6. Candela

Capítulo 7. Candela

Capítulo 8. Candela

Capítulo 9. Candela

Capítulo 10. Candela

Capítulo 11

Capítulo 12. Julián

Capítulo 13. Candela

Capítulo 14. Candela

Capítulo 15. Julián

Capítulo 16. Candela

Capítulo 17. Candela

Capítulo 18. Candela

Capítulo 19. Julián

Capítulo 20

Capítulo 21. Candela

Capítulo 22. Julián

Capítulo 23

Capítulo 24. Candela
Capítulo 25. Julián
Capítulo 26. Candela
Capítulo 27. Candela
Capítulo 28. Candela
Capítulo 29. Candela
Capítulo 30. Candela
Capítulo 31. Julián
Capítulo 32
Capítulo 33. Julián
Capítulo 34. Candela
Capítulo 35. Candela
Capítulo 36. Candela
Capítulo 37
Capítulo 38. Candela
Capítulo 39. Candela
Capítulo 40. Julián
Capítulo 41. Julián
Capítulo 42. Candela
Capítulo 43. Julián
Capítulo 44. Candela
Capítulo 45. Candela
Capítulo 46. Candela
Capítulo 47. Candela
Capítulo 48. Julián
Capítulo 49. Julián
Epílogo. Candela
Agradecimientos
Nota de autora

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Chris de Wit](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)